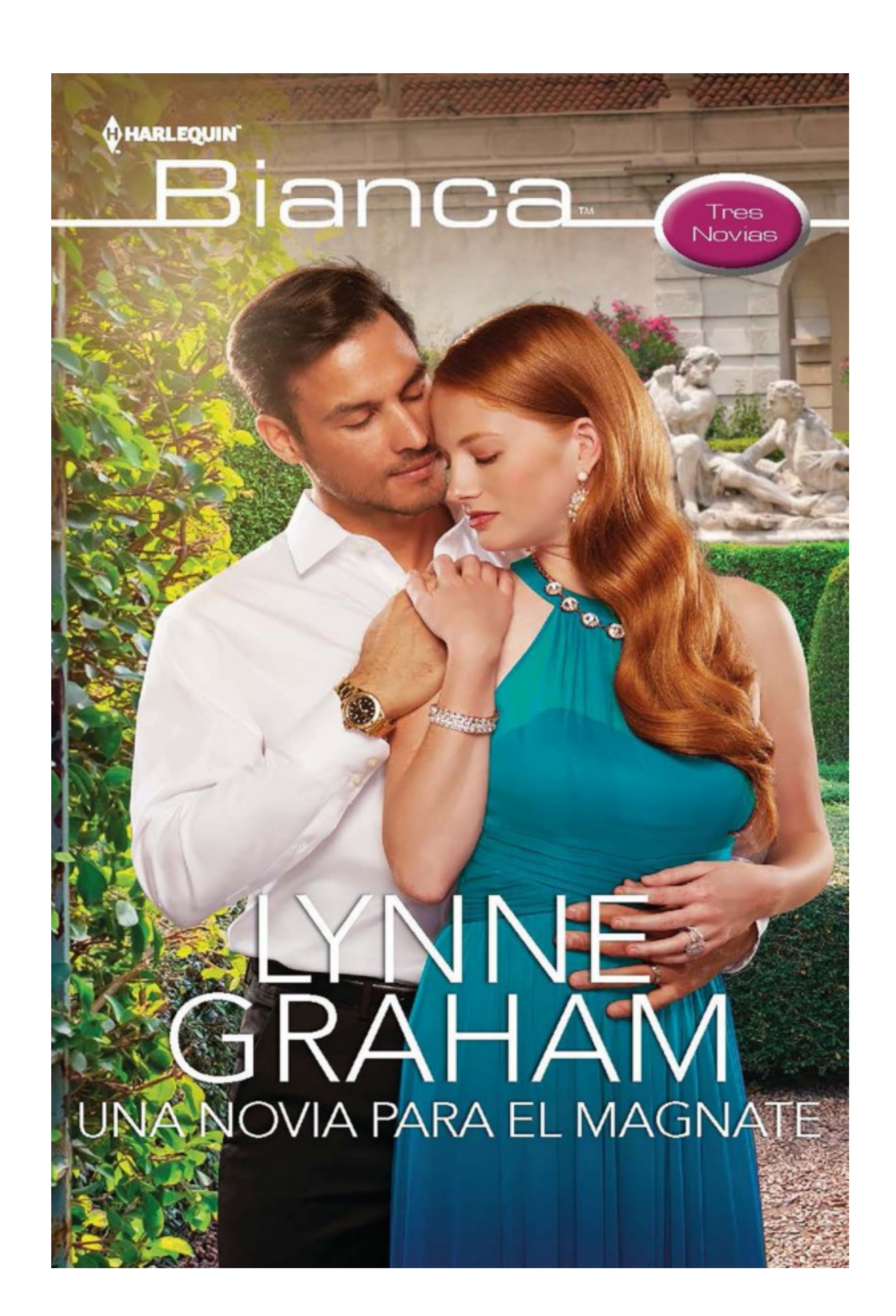

HARLEQUIN
Bianca
Tres Novias
LYNNE GRAHAM
UNA NOVIA PARA EL MAGNATE

Bianca™

UNA NOVIA PARA EL MAGNATE

Lynne Graham



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una novia para el magnate, n.º 153 - 13.6.19
Título original: The Italian Demands His Heirs
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1307-839-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

STAMBOULAS Fotakis miró malhumorado el dosier que tenía sobre su mesa, frente a él. Al lado de este había una carpeta mucho menos gruesa. Contenía un informe de un detective privado sobre su presa, Raffaele di Mancini, la pesadilla de su sobrina Vivi, el hombre que había manchado su reputación sin motivo.

Otro canalla bien parecido, se dijo irritado al abrir la carpeta y encontrarse con una fotografía de perfil de Mancini. Sus rasgos, tan perfectos que parecían los de una estatua, no desmerecían a los de un modelo.

Era evidente que sus tres nietas sentían debilidad por los hombres atractivos. Pero bueno, ya había resuelto los problemas de la mayor, Winnie, aunque las cosas no hubieran salido exactamente como había planeado, pues había escogido seguir casada con el padre de su hijo.

Vivi, en cambio, la inteligente e impetuosa Vivi, sería un hueso mucho más duro de roer que Winnie, que era más dócil. De hecho, había tenido una fuerte discusión con Vivi en la fiesta de su setenta y cinco cumpleaños, y era algo nuevo para él, habituado a que lo trataran con temor y que lo adularan.

Siendo como era un hombre rico e influyente, a lo que estaba acostumbrado era a que todo el mundo lo obedeciera, pero Vivi no. Vivi no le tenía ningún miedo, no vacilaba en decirle lo que pensaba y precisamente por eso la respetaba aún más, por su fortaleza interior y la confianza que tenía en sí misma.

Por suerte para él, sin embargo, Vivi despreciaba a Raffaele di Mancini por el modo en que había arruinado su vida. Dos años atrás había manchado su reputación para asegurarse de que su caprichosa

hermana pequeña, Arianna, no se viera salpicada por cierto escándalo.

Vivi había sido acusada no solo de ser una prostituta, sino también de haber convencido a Arianna con engaños para que posara ligera de ropa y trabajara como señorita de compañía para una sórdida empresa disfrazada de agencia de modelos.

No, era poco probable que Vivi pudiera llegar a enamorarse de Mancini, se dijo Stam con una sonrisa divertida. Pero de los tres posibles maridos en los que había pensado para restaurar la buena reputación de sus nietas, Raffaele di Mancini era sin duda el más peligroso además de ser del que menos sabía.

Raffaele, banquero multimillonario y célebre filántropo, pertenecía a una larguísima estirpe aristocrática que se remontaba al siglo décimo. Era un genio de las finanzas, un hombre conservador que llevaba una vida extraordinariamente discreta y jamás buscaba la atención de los medios. Por eso a Stam le costaba tanto entender por qué había roto con esa discreción que lo había caracterizado toda su vida y le había colgado a la pobre Vivi la etiqueta de «señorita de compañía» sin prueba alguna.

Tal vez hubiera pensado que, usándola de parapeto, protegería a su hermana pequeña, Arianna, para que no se la asociara al sórdido negocio en el que las dos jóvenes se habían visto envueltas sin saber en qué se estaban metiendo.

En cualquier caso, las razones daban igual, porque el daño ya estaba hecho. El problema, para él, era que Mancini era demasiado listo como para hacerlo caer en las trampas habituales, y demasiado rico y virtuoso como para sobornarlo. Por eso, para intentar persuadirlo, no le quedaba otro remedio que recurrir a una táctica que detestaba. Sobre todo cuando el informe del detective revelaba que Mancini había pasado su vida adulta luchando por proteger a su caprichosa hermana de sus errores y de las consecuencias de esos errores.

Y era encomiable que se hubiera tomado tantas molestias teniendo en cuenta que en realidad no era su hermana, sino solo su hermanastra, y que su madrastra había sido una drogadicta a la que despreciaba. Mancini, sin embargo, se merecía lo que le tenía preparado por haber destruido la autoestima de la pobre Vivi, se dijo con firmeza.

Raffaele di Mancini estaba intranquilo y no sabía por qué, cosa que le irritaba porque siempre se fiaba de su instinto. No tenía ningún problema en ese momento. En su vida todo iba bien; su día a día era como un engranaje perfectamente engrasado, desde que se levantaba a las seis de la mañana y se tomaba el delicioso desayuno que le tenían preparado, hasta que se metía en la cama al final de la jornada.

En su círculo familiar también estaba todo tranquilo. Su hermana pequeña, Arianna, que durante mucho tiempo lo había tenido preocupado, por fin había sentado la cabeza e iba a casarse con su prometido, con el que estaba viviendo en Florencia. Por tanto, no podía decirse que tuviera preocupación alguna, ni ningún problema espinoso con el que lidiar.

En esos momentos él se encontraba en Londres para intervenir en un congreso sobre banca, y le había sorprendido recibir una llamada de Stamboulas Fotakis, conocido por su carácter huraño, para pedirle que se reuniera con él en su palaciega residencia londinense, un edificio de varias plantas. Fotakis era uno de los hombres más ricos del mundo, pero Raffaele nunca había coincidido con él, y tenía curiosidad por averiguar qué había motivado su invitación. Y también sentía curiosidad por el propio Fotakis. Se habían escrito ríos de tinta sobre Stam Fotakis, y aunque la mitad de lo que se había publicado sobre él probablemente no eran más que tonterías, sus éxitos habían alcanzado la categoría de leyenda.

Impaciente, Raffaele se pasó una mano por el corto cabello negro y miró su reloj. No estaba acostumbrado a que lo hicieran esperar. De hecho, lo habían educado en la creencia de que los buenos modales eran esenciales para los negocios. Frunció el ceño y sus ojos, negros como el carbón, refulgieron de irritación. Fotakis llegaba tarde, y él estaba ansioso por volver a casa y relajarse. El día se le había hecho muy largo en el congreso de banca, donde se había visto obligado a contestar preguntas estúpidas y a mostrarse sociable todo el tiempo.

Le resultaba muy difícil tolerar a los necios. Había sido considerado un superdotado desde niño por sus dotes intelectuales, era extremadamente organizado, impaciente, y solo estaba contento

cuando seguía un horario preciso.

La secretaria de Fotakis, una atractiva rubia, entró en la sala de espera y lo condujo al ascensor, donde intentó iniciar una conversación y se puso flirtear con él, echándose el pelo hacia atrás, pestañeando con coquetería y mirándole largamente. Exasperado, Raffaele se puso tenso y se comportó como quien aparta con la mano a una mosca.

Las mujeres siempre andaban insinuándosele, cosa que por lo general le irritaba. Impedía tener una conversación normal y, cuando la situación se daba en un entorno laboral, desvirtuaba la atmósfera profesional que debería haber. De hecho, si aquella mujer trabajase para él, la despediría en el acto por ese comportamiento.

Y no era que las mujeres no tuvieran cabida en su vida, por supuesto que no. Tenía sangre en las venas, como cualquier otro hombre de treinta años, pero era infinitamente más discreto que la mayoría. Escogía a sus parejas cuidadosamente, y sus idilios nunca duraban más de unas pocas semanas.

Y había una buena razón para que fueran tan breves: había llegado a la conclusión de que, cuanto más tiempo pasaba con una mujer, más dependiente, ambiciosa e indiscreta se volvía esta. Y como no tenía intención de casarse hasta que cumpliera los cuarenta y fuera lo bastante maduro como para elegir sabiamente, por el momento prefería disfrutar del sexo sin ataduras.

Cuando salieron del ascensor, la secretaria lo hizo pasar a un despacho de una magnificencia casi victoriana, con las paredes revestidas de madera. Al fondo se abrió otra puerta y entró un hombre bajo, con barba y pelo blanco al que reconoció de inmediato: era Stam Fotakis. Tomó una gruesa carpeta que había sobre el escritorio y se la tendió.

–Señor Mancini –lo saludó en un tono inexpresivo.

Aunque no tenía interés en perder tiempo en formalidades, le desconcertó un poco que su anfitrión prescindiera de las cortesías habituales.

–Señor Fotakis –respondió él, antes de tomar la carpeta y sentarse donde Fotakis le indicó.

–Dígame qué le parece –le pidió este.

Mientras Raffaele hojeaba el contenido –increíblemente detallado– de la carpeta con creciente espanto, inspiró lenta y

profundamente para calmarse. Era como si todos y cada uno de los errores de Arianna estuviesen incluidos en aquella carpeta, y había hasta uno o dos que hasta ese momento había ignorado. Aquel turbio dosier sobre las actividades de su hermana en el pasado lo dejó tan descolocado que tuvo que tragar saliva antes de hablar.

–¿Qué pretende hacer con esta información?

Raffaele se había esforzado por emplear un tono civilizado al preguntar porque estaba enfadado, muy enfadado, y sabía que tenía que controlarse.

Su anfitrión lo miró sin parpadear.

–Eso depende mucho de usted. La filtraré a la prensa sensacionalista… pero solo si me decepciona –le contestó quedamente.

–No puedo creer que me esté amenazando –masculló Raffaele–. ¿Acaso le ha ocasionado algún daño mi hermana?

–Deje que le explique –le pidió Stam, imperturbable–. Es la historia de dos jóvenes. Una es de alta cuna, criada en un mundo de riquezas y privilegios, su hermana.

–¿Y la otra? –inquirió Raffaele con impaciencia.

–La otra nació en la pobreza y se crio sin esa clase de privilegios, pero se convirtió en una joven trabajadora, culta y respetable. Y es mi nieta.

–¿Su nieta? –repitió Raffaele sin comprender. Aún estaba intentando dilucidar qué pretendía conseguir Stam Fotakis de él con sus amenazas.

–Sí, mi nieta, Vivien Mardas, más conocida como «Vivi» –respondió Stam–. Durante un tiempo fue amiga de su hermana.

Raffaele se puso rígido al establecer el nexo de unión entre las dos y comprender a qué se refería.

–La recuerdo –dijo con aspereza–. ¿Y dice que es su nieta?

–Así es –asintió Stam, con idéntica aspereza–. Tengo una actitud tan protectora hacia ella como usted hacia su hermana, y estoy decidido a reparar las injusticias que ha sufrido.

Raffaele optó por un silencio diplomático, porque la ira se estaba apoderando de él ahora que había atado cabos. Cuando conoció a Vivi, no tenía ni idea de que estuviera emparentada con un hombre tan rico y poderoso. Y seguramente ella había mentido sobre los detalles menos «presentables» de su pasado en un esfuerzo

por taparlos.

–¿Injusticias? –repitió.

–Arruinó su reputación al referirse a ella como una prostituta. Como los artículos en los que la calumnió de esa manera siguen circulando por Internet, a Vivi le ha resultado imposible encontrar un trabajo acorde a su preparación –le dijo Stam–. Ha sufrido mucho, siendo como era inocente, y no había hecho nada. Sus amistades le dieron de lado, todo el mundo chismorreaba sobre ella. Fue objeto de burlas, de desprecios, y se vio obligada a dejar un trabajo tras otro hasta que al final tuvo que cambiarse el apellido para ocultar ese ignominioso episodio. Ahora emplea el nombre de Vivien Fox.

A Raffaele no lo conmovió en absoluto ese trágico relato sobre los infortunios de Vivi. Claro que él no era un anciano, como Fotakis, inclinado a pensar bien de su nieta. Él era un hombre templado, que se guiaba por la lógica, crítico y suspicaz por naturaleza, y más en lo referente a etiquetar de «inocente» a una mujer. Todavía estaba por cruzarse en su camino con una mujer inocente de verdad.

Recordaba muy bien a Vivi. Su cabello brillaba como el cobre a la luz del sol y era suave como la seda. Era una pelirroja alta y muy hermosa que estaba elegante llevase lo que llevase, aunque fueran unos vaqueros. Su piel parecía de porcelana, y sus ojos eran de un azul intenso, como el cielo de Italia en un día de verano.

También recordaba lo cerca que había estado de sucumbir a sus encantos, aunque no era su tipo. Había escapado por los pelos de caer en sus redes, cosa por la que aún se sentía aliviado, y no lamentaba nada de lo que había dicho, aunque hubiera ofendido a Stam Fotakis.

Solo que sí lo lamentaría si Fotakis cumpliera sus amenazas e hiciera daño a su hermana, reconoció a regañadientes. Y no había duda de que podría hacerle mucho daño si entregase aquel dosier a la prensa porque la familia de su prometido, Tomasso, era muy convencional, y lo presionarían para que rompiera con ella. Y eso la destrozaría y haría que volviera al errático comportamiento que había dejado atrás al enamorarse de Tomasso.

–No sé qué es lo que quiere de mí –le dijo Raffaele–, pero no puedo creerle capaz de hacer daño a una joven ingenua como mi

hermana. Arianna nació con problemas.

Stam levantó una mano para imponerle silencio.

–Sé que nació con problemas porque su madre era toxicómana y que le cuesta controlar sus impulsos. Sé que no es muy inteligente y que se muestra demasiado confiada con los desconocidos, pero usted es responsable de ella –le señaló con calma–. En compensación por los daños que le causó, quiero que se case con Vivi y le dé su ilustre apellido.

–¿Que me case con ella? –exclamó Raffaele entre incrédulo y enfadado.

De hecho, tuvo que morderse la lengua para no hacer algún comentario desafortunado acerca de la tan cacareada inocencia de Vivi.

–Será un matrimonio únicamente sobre el papel, que deberá recibir la publicidad suficiente como para devolverle el estatus social que merece –añadió Stam, como si estuvieran hablando del tiempo–. Es lo único que pido. Después de la boda se apartará de ella y a continuación firmará el divorcio. Ni siquiera tendrá que pagarle una compensación económica. Como ve es una petición modesta.

–¿Modesta? –repitió Raffaele, incrédulo.

–Sí. No tengo la menor duda de que se cree muy por encima de mi nieta por su linaje y su educación –le dijo Stam con aspereza–. Y no se lo reprocho, pero debería darme las gracias: solo le estoy pidiendo un pequeño favor a cambio de ese dosier, un dosier que podría dar al traste con los planes de boda de su hermana.

Parecía que Fotakis estaba al tanto de todo lo referente a su familia y él. Y, por más que le indignara la exigencia del magnate griego de que se casase con Vivi, sabía que no le quedaba otro remedio que considerarlo. Tenía que proteger a Arianna, pensar en su estabilidad y seguridad.

Cuando muchos otros hombres habrían huido de ella como alma que lleva el diablo, a Tomasso lo habían cautivado el carácter impulsivo y algo inmaduro de su hermana. Y tampoco estaba con ella porque tuviera dinero. Tomasso, sensato y equilibrado, al contrario que Arianna, era el hombre perfecto para su hermana. Y lo más importante: Arianna lo quería.

No podía quedarse a un lado y permitir que perdiera lo más

importante que tenía por incidentes tan triviales como haberse bañado desnuda en una famosa fuente o que la hubieran arrestado por error, creyendo que había robado en una tienda. Claro que, por desgracia, aquel dosier contenía otros episodios más escandalosos, como la vez que había pasado una noche con dos hombres porque sus «amigas» la habían retado a hacerlo.

–Lo odié –le había dicho Arianna, llena de culpabilidad y horrorizada de que se hubiera enterado–. Pero es que… todas mis amigas habían hecho cosas así, y yo quería sentirme parte del grupo… quería caerles bien.

Después de aquello se había visto obligado a prohibirle que volviera a ver a esas «amistades». Su hermana era demasiado vulnerable e ingenua como para dejarla a merced de gente dispuesta a aprovecharse de ella y divertirse burlándose de ella.

–Imagino que ya habrá hablado de esto con Vivi –le dijo a Fotakis con brusquedad–. Y que ella, por supuesto, está encantada con la idea.

–¿Encantada? –repitió Fotakis con desdén. Y, para su sorpresa, soltó una carcajada–. ¡Vivi lo detesta! ¡No quiere casarse con usted ni a tiros! De hecho, me temo que tendrá que ser usted quien afronte el reto de convencerla para que pase por el altar.

–¿De verdad espera que me crea que ella no está de acuerdo en esto que me está proponiendo? –inquirió Raffaele.

–Por supuesto que no. Vivi no se rige por la lógica; se deja llevar demasiado por sus emociones. Es más, cuando le… sugerí que se casara con usted, se puso hecha una furia, pero estoy seguro de que será perfectamente capaz de transformar la opinión que tiene de usted –le contestó Fotakis. Un brillo divertido relumbró en sus ojos entornados–. Si no quiere que haga público el contenido de ese dosier, tendrá que conseguir llevar a Vivi al altar.

–De modo que ese es mi castigo, ¿no? –masculló Raffaele.

–Si es así como quiere verlo… –le dijo Fotakis–. Para mí es irrelevante. Solo tiene que casarse con ella. Pero mantendrá sus manos lejos de ella –le advirtió sin ambages–. ¿Lo ha entendido?

Raffaele enrojeció de ira y apretó la mandíbula. No podía creer lo que estaba oyendo.

–Jamás he tocado a ninguna mujer en contra de su voluntad –le espetó con gélida altivez.

–Bueno, en el caso de mi nieta, si lo intentara, sería totalmente en contra de su voluntad –le respondió Fotakis con satisfacción–. Seguro que es algo a lo que no está acostumbrado… Aunque no picó el anzuelo cuando mi secretaria flirteó con usted en el ascensor.

–¿Me había tendido una trampa? –murmuró Raffaele atónito.

–Me gusta conocer el carácter de los hombres con los que trato. Ha pasado la prueba: ahora sé que no es un donjuán –le contestó Stam Fotakis–. Soy muy protector en lo que respecta a mi nieta.

Raffaele habría querido espetarle que en la única ocasión en la que había tenido a Vivi entre sus brazos, ella no había mostrado precisamente rechazo hacia él, pero se mordió la lengua. Quizá fuera mejor, después de todo, que hubiese algunas cosas que el abuelo de Vivi no supiera.

Y ahora tenía que decidir qué iba a hacer, se dijo Raffaele minutos después, mientras regresaba a su casa de Londres en su limusina. Resultaba irónico que siempre hubiese creído que el ser muy, muy rico podría protegerle, cuando en ese momento se sentía impotente ante la situación en la que se encontraba.

Claro que su fortuna no había protegido a Arianna del infortunio que le había acarreado ser hija de una toxicómana, ni le había permitido impedir a Fotakis que le exigiera que pagara por un pecado que en realidad él no había cometido.

No le había dicho a la prensa que Vivi fuera una prostituta. Para empezar, Vivi había trabajado como señorita de compañía, no como prostituta, y conocía la diferencia entre una cosa y la otra porque se había encontrado con esas dos clases de mujeres hasta en los círculos más exclusivos, y había aprendido a detectarlas y evitarlas. Y que Vivi casi lo hubiese engañado aún lo enfurecía. La etiqueta de «prostituta», sin embargo, se la había sacado la prensa de la manga para conseguir titulares llamativos. Claro que esa verdad no arrancaría aquel peligroso dosier de las manos del vengativo y calculador Stam Fotakis…

Mientras se maquillaba para salir con su novio, Jude, un recuerdo desagradable acudió a la mente de Vivi. El día de la fiesta de cumpleaños de su abuelo, en casa de su hermana Winnie y su

cuñado en Grecia, había tenido una discusión monumental con él, pero no se lo había contado a sus hermanas para no preocuparlas.

–Cuando Mancini se case contigo –le había dicho su abuelo–, se olvidará por completo ese falso escándalo en el que te viste envuelta. Nadie creería que un hombre que se refirió a ti en esos términos se casaría contigo si de verdad fueras una… una mujer de mala reputación –había concluido, pronunciando esas últimas palabras con desagrado–. Quiero decir que un hombre rico, de éxito y de tan alta cuna jamás se casaría con una mujer de esa clase.

–¡Pues yo preferiría casarme con un sapo antes que con él! –le había contestado ella, furiosa, y sin poder dar crédito a lo que estaba proponiéndole–. De hecho, no quiero casarme. ¡Con nadie!

–Pero mira a Winnie; se ha casado y está muy feliz… –había insistido su abuelo.

–¡Lo que pasa es que mi hermana tiene una necesidad patológica de complacer a los demás y yo no! –le había espetado ella–. La adoro, pero lo que a ella le parece bien no tiene por qué parecérmelo a mí. Cuando me case, quiero que sea algo real, no un apaño improvisado para salvar las apariencias y el estatus.

–¿Me estás diciendo que solo te casarías con Mancini si fuera un matrimonio de verdad? –había exclamado su abuelo–. No puedo creerlo.

Ni siquiera la estaba escuchando; era como un bulldog, royendo con tenacidad un hueso muy duro. Vivi había sacudido la cabeza.

–¿Sabes qué no me puedo creer yo de ti? Lo miserable que fuiste al imponer unas condiciones inaceptables a cambio de tu generosidad para evitar que nuestros padres de acogida perdieran su casa. Se supone que somos familia, pero tú no nos tratas como cualquier persona trataría a alguien de su familia. Claro que… ¿qué sabré yo, que apenas sé lo que es tener una familia? –había murmurado, antes de quedarse callada.

–Por supuesto que somos familia, y siempre cuidaré de vosotras –le había asegurado su abuelo.

–¡Si te preocuparas por mí, no me empujarías a casarme con esa rata de Mancini! Aunque sea por poco tiempo. Y además, ¿cómo podrías convencerle de que accediera a ese matrimonio? –le había preguntado ella, suspicaz–. Porque dudo que quisiera casarse con una mujer a la que tiene por una prostituta.

Su abuelo había contraído el rostro y había suspirado.

–Digamos que le haré una propuesta a la que no podrá negarse.

–¡Como si le ofreces la luna! –le había espetado ella irritada–. ¡Para mí casarme con él sería una humillación!

–No –había replicado su abuelo–. Esta vez serías tú quien tendría la sartén por el mango, Vivi. ¿Es que no quieres saber lo que se siente al tener todo el poder? ¿No quieres que el hombre que te insultó se vea obligado a comerse sus palabras?

No, no necesitaba vengarse de él para pasar página, se dijo Vivi, apartando el recuerdo de aquella discusión. Le bastaría con no volver a ver a Raffaele Mancini para ser feliz, precisamente porque le recordaba algo que quería olvidar, algo que prefería que siguiera enterrado en el pasado.

Cuando había empezado a encariñarse con Arianna, esta le había dado de lado, sin duda a instancias del propio Raffaele. Y luego estaba la atracción que había surgido entre Raffaele y ella… Cortó ese pensamiento enfadada. Solo había sido un beso, nada más que un beso. Hasta una adolescente debería haber sabido que era ridículo hacerse ilusiones por algo tan trivial, se reprendió a sí misma.

Sin embargo, también era cierto que ella tendía a ser más vulnerable ante los hombres que otras mujeres más experimentadas y más emocionalmente estables que ella. Ella no había conocido la estabilidad hasta los catorce años, cuando John y Liz se habían convertido en sus padres de acogida y sus hermanas y ella habían vuelto a estar juntas bajo un mismo techo.

Antes de eso ella había pasado por otros hogares de acogida donde había padecido acoso, agresiones verbales y, en varias ocasiones, amenazas de agresión sexual.

Winnie, Zoe y ella habían perdido a sus padres en un accidente de coche. Vivi, que ahora tenía veintitrés años, apenas los recordaba. Su padre había dejado de hablarse con su abuelo antes de que ellas nacieran, y este ni siquiera había sabido de su existencia hasta que se habían puesto en contacto con él para pedirle su ayuda y evitar que sus padres de acogida fueran desahuciados.

Su abuelo se había mostrado muy feliz de descubrir que tenía tres nietas, pero había puesto unas condiciones indignantes a

cambio de prestarles su ayuda, exigiéndoles que se casaran con tres hombres a los que él elegiría para mejorar su estatus social.

Vivi todavía no tenía claro lo que pensaba de él. ¿No era más que un tremendo esnob? ¿O es que estaba loco? ¿O, por el contrario –cosa que le preocuparía más–, estaba obsesionado con vengarse de aquellos que les habían hecho daño a sus hermanas y a ella?

Bueno, a Winnie y a ella sí les habían hecho daño los hombres con los que quería casarlas, pero a Zoe solo le habían hecho daño las anteriores familias de acogida con las que había estado. Fuera como fuera, sabía que tenía que hacerle frente a su abuelo por el bien de Zoe, que era frágil y muy vulnerable por su extrema timidez y sus ataques de pánico y jamás se atrevería a oponerse a su abuelo.

Y por eso ella tenía que mantenerse firme. Siempre intentaba no guardar rencor por el pasado porque el rencor no llevaba a nada bueno. Y ahora Zoe y ella residían en Londres, en una casa propiedad de su abuelo, pequeña, pero con todas las comodidades. Les permitía vivir allí sin pagarle siquiera un alquiler, aunque ahora la casa parecía vacía sin el pequeñajo de Winnie, Teddy, correteando de un lado a otro.

Vivi desconfiaba de su abuelo, y se temía que cualquier día pudiera cansarse de su actitud desafiante hacia él y las pusiera de patitas en la calle, así que trataba de no tocar en lo posible el dinero que tenía ahorrado.

Y eso significaba que ese mes no podría permitirse ir a la peluquería a que le alisaran el cabello, pensó, levantando con los dedos uno de sus tirabuzones cobrizos para mirarlo con fastidio antes de dejarlo caer. Odiaba su pelo rizado y pelirrojo. Solo lo toleraba cuando se lo alisaban, y ahora mismo era una masa rebelde que le caía sobre los hombros como el pelo de una muñeca de trapo, pensó irritada, mirándose en el espejo. Aunque tampoco parecía que a Jude, su novio, le importase.

Claro que a Jude nada parecía importarle demasiado. Lo había conocido en el gimnasio, donde trabajaba como profesor de artes marciales. Era rubio, campechano, y tenía un buen cuerpo, aunque todavía no había sentido el deseo de verlo desnudo. Probablemente porque más que otra cosa eran amigos, se dijo con pesadumbre. De hecho, si no hubiera sido porque al conocer a Raffaele se había sentido atraída de inmediato por él, habría creído que en realidad

no tenía demasiado interés en el sexo.

Y la verdad era que los hombres entraban en su vida y salían de ella sin que ninguno le dejara huella. Raffaele era el único que le había hecho daño, en más de un sentido, así que intentaba no pensar demasiado en su rechazo.

De hecho, por su culpa se había visto obligada a aceptar una sucesión de trabajos de poca monta antes de acabar claudicando y cambiarse el apellido. Solo así había conseguido dejar atrás el escándalo que había hecho que perdiera un par de buenos empleos.

Y todo porque al terminar la carrera de Marketing había empezado a buscar trabajo, y su primer empleo había sido de recepcionista en una agencia de modelos, que también había resultado ser un negocio encubierto en el que muchas de las modelos trabajaban también como señoritas de compañía.

Y, por si aquello no hubiera sido ya bastante malo, también salió a la luz que en la parte trasera del edificio se había montado un burdel improvisado. Había sido en la redada que había hecho la policía cuando había saltado la tapadera de la agencia, y a ella la habían captado los fotógrafos de la prensa con sus cámaras, saliendo a toda prisa a la calle para huir de aquel embrollo.

Esa instantánea y su nombre habían aparecido en primera plana de un conocido periódico sensacionalista. Y la imagen en sí daba pie a error respecto a su identidad, porque Arianna, que había estado haciendo limpieza en su armario, le había dado unos cuantos conjuntos espectaculares, y el que había llevado puesto ese día le daba el aspecto de una mujer de lo más sofisticada.

En ese momento le vibró el móvil y lo tomó de la cómoda, rogando por que no fuera Jude llamándola para cancelar la cita, porque estaba deseando ver la película que iban a ir a ver. Pero la voz que contestó al otro lado de la línea fue una voz que había esperado no tener que volver a escuchar. Una voz profunda y aterciopelada. Raffaele… De repente no podía pensar con claridad. Jamás habría pensado que pudiera tener la osadía de intentar ponerse en contacto con ella.

–¿Vivi? Soy Raffaele. Tenemos que hablar.

Ella colgó sin decir nada y bloqueó su número de inmediato. Tal vez él estuviera dispuesto a bailar al son que les marcaba su abuelo –¡a saber qué le habría ofrecido este a cambio!–, pero ella no.

¿O debería hacerlo? Pensó en la tesitura en la que se encontraban John y Liz, y en lo mucho que sus hermanas y ella les debían por el cariño que les habían dado. Y entonces, al preguntarse cómo habría conseguido Raffaele su número de teléfono, sintió que se le revolvía el estómago. «Tenemos que hablar», le había dicho… Si no fuera porque jamás había demostrado tener sentido del humor, habría creído que estaba bromeando.

De pronto se encontró recordando el día en que lo había conocido, en una cena familiar a la que Arianna había insistido en invitarla. Su hermano la había intimidado muchísimo, quizá porque durante toda la cena no había hecho más que mirarla fijamente, con esos ojos castaños tan cautivadores. Esos ojos que hacían que los latidos de su corazón se disparasen.

Sí, no podía decirse que Raffaele se hubiese esforzado lo más mínimo por entablar conversación, y la pobre Arianna había tenido que hablar más para compensar, mientras que ella, que normalmente era muy dicharachera, se había sentido, por primera vez en su vida, como si le hubiera comido la lengua el gato.

Mientras Arianna charlaba animadamente, ella no había podido evitar mirar también a Raffaele, presa de una extraña fascinación. Había sentido como si una ola de calor la invadiera, al tiempo que iba descubriendo pequeñas cosas que no había apreciado en él a primera vista: el gesto imponente que le otorgaban sus cejas cuando fruncía el ceño, lo viril que resultaba su recia mandíbula, lo pronunciados que eran sus pómulos, el arco clásico de su nariz, y lo sensuales que eran sus labios esculpidos. También se fijó en sus modales perfectos y en sus elegantes manos.

Durante toda la cena había permanecido mirándolo embelesada, como una adolescente enamoradiza, apenas había comido, y había estado prácticamente ajena a todo lo demás, seducida por el cosquilleo de excitación que corría por sus venas como una descarga de adrenalina. Y aquello no le había hecho ningún bien, se recordó, detestándose a sí misma, y volvió al presente para terminar de maquillarse.

En la otra punta de Londres, Raffaele se guardó el móvil en el bolsillo ya que Vivi no parecía dispuesta a hablar con él. La verdad

era que no se lo había esperado, pero tenía que encontrar la manera de llegar a un trato con ella. Y, si las tácticas civilizadas y calmadas no funcionaban, tendría que imitar a su abuelo y probar a persuadirla por otros medios menos ortodoxos. Y, si eso tampoco funcionase, agotaría todas las posibilidades hasta convencer a Vivi de que necesitaba que colaborase con él por el bien de Arianna.

Esa noche no pegó ojo, algo inusual en él. Se encontró recordando lo sobrecogido que se había quedado cuando su madrastra había aparecido muerta por una sobredosis. Él tenía veinte años nada más y aún estaba estudiando. Su muerte, pocos meses después de la de su padre había tenido un fuerte impacto en su vida. De sopetón se había encontrado con que era responsable de una niña de doce años a la que apenas se había molestado en conocer, su hermanastra. Sin embargo, desde entonces se había encariñado con Arianna, y ahora le importaba hasta un punto que jamás habría creído posible, porque conocía sus defectos y sabía que era, por naturaleza, frío y analítico.

En las muchas noches que le había costado conciliar el sueño, como aquel día, se había dado cuenta de que no podía ignorar la fuerte necesidad que sentía de proteger a su vulnerable hermanastra. La drogadicción de su madre le había acarreado muchos problemas sin que ella tuviera culpa alguna, y se hacía daño a sí misma, nunca a los demás. Por eso, haría lo que tuviera que hacer para protegerla de los efectos colaterales de la desafortunada amistad que había forjado con Vivi dos años atrás.

Y en cuanto a Vivi, la taimada y sensual Vivi… tendría que hacer de tripas corazón y hacer lo que tenía que hacer por el bien de Arianna…

Capítulo 2

EL rumor que corre es que la compañía ha sido absorbida por otra –le explicó a Vivi su jefa, Janice, visiblemente nerviosa–. Ahora Hacketts Tech pertenece a un gran consorcio y ya sabes lo que eso significa.

Vivi, que no estaba acostumbrada a verla así, frunció el ceño.

–No, la verdad es que nunca había pasado por esa experiencia.

–Pues yo sí; dos veces –le dijo su jefa con pesar–. Primero los nuevos dueños te dicen que no va a haber grandes cambios, pero luego empiezan a hacer reestructuraciones, a traer a su propia gente… ¡y de pronto te encuentras sin trabajo!

Vivi contrajo el rostro.

–Espero que eso no pase. Me gusta trabajar aquí.

Cuando revisó sus correos, le sorprendió descubrir que la habían citado a las diez en un despacho de la última planta. ¿Podría ser que el rumor que le había contado Janice fuese cierto y el proceso de reestructuración de la plantilla ya hubiera empezado?, se preguntó, inquieta. Mejor no sacar conclusiones antes de tiempo.

Cuando llegó a la última planta, se acercó a la mesa de la recepcionista y le explicó que había recibido un mensaje citándola allí a esa hora.

–¿Quién es la persona a la que tengo que ver? –le preguntó.

–El nuevo dueño de la compañía. Se supone que no debo mencionar su nombre –le dijo la mujer en tono de disculpa–. Todo lo relativo a la absorción se está llevando con mucho secretismo.

Sorprendida de que el rumor que había oído Janice fuese cierto, Vivi se sintió aún más contrariada. La recepcionista la acompañó hasta la puerta del despacho, llamó con los nudillos y abrió antes de

retirarse.

El hombre que estaba frente al ventanal, de espaldas a ella, se volvió en ese momento y para su espanto vio que era Raffaele di Mancini.

–Pasa, Vivi –le ordenó en un tono gélido.

Ella se había quedado paralizada en el umbral y Raffaele debió darse cuenta, porque fue hasta ella y tiró de su mano para hacerla entrar, como a una niña vacilante, antes de cerrar la puerta.

–Y ahora vamos a hablar como adultos civilizados –le dijo.

Raffaele estaba desconcertado por los cambios que veía en ella. La melena lisa que recordaba se había transformado en una gloriosa masa de sedosos tirabuzones, como una de esas mujeres de los cuadros de los artistas prerrafaelitas. Y si a eso se le añadían la tez de porcelana, los brillantes ojos azules y los carnosos y sonrosados labios, el resultado era una mujer de innegable atractivo a pesar del desprecio que sentía hacia ella.

Claro que no era que no se hubiera percatado antes de lo deslumbrante que era –a ningún hombre podría pasarle desapercibido–, se dijo, irritado por aquellos pensamientos dispersos. A pesar de que iba vestida con mucha sencillez, con una falda negra de tubo y una blusa blanca, ambas resaltaban a la perfección su esbelta figura y sus discretas curvas. Además, medía un metro setenta y cinco, y eso le gustaba porque él, que medía uno noventa, prefería a las mujeres altas.

–No pienso quedarme. ¡Me niego a dejar que me manipules de esta manera! –exclamó Vivi, antes de girarse sobre los talones para marcharse.

–Si sales por esa puerta, haré que redacten una lista de duplicidades de cargos para empezar a hacer despidos –le dijo Raffaele.

Vivi palideció y se volvió hacia él.

–No puedes hacer eso… ¿Vas a despedir gente solo porque me niego a hablar contigo? ¡Eso sería intolerable! –protestó, incrédula.

–Soy el nuevo dueño de Hacketts Tech; puedo hacer lo que me plazca. ¿Te arrepientes ahora de no haber querido hablar conmigo anoche por teléfono? –inquirió Raffaele, enarcando una ceja. Aquel gesto albergaba tal indiferencia y sarcasmo que a Vivi le entraron ganas de pegarle un puñetazo en el estómago–. Cuando me

desafían, no me ando con chiquitas; me muestro despiadado.

Vivi se estremeció por dentro, pero se negó a dejarle entrever el efecto que sus palabras habían tenido en ella.

–¡Como si no lo supiera ya! –le espetó.

–Pues cualquiera lo diría… –apuntó Raffaele–. Siéntate, por favor –dijo señalándole una silla con un ademán.

–Prefiero quedarme de pie; no pienso quedarme mucho tiempo –le contestó Vivi, sin moverse de donde estaba, decidida a no mostrar ni un ápice de debilidad.

–¿Siempre le pones pegas a todo? –murmuró Raffaele exasperado, reprimiendo un impulso ridículo de alzarla en volandas y sentarla en la silla–. ¿O es que eres así de infantil?

Vivi rehuyó su mirada y se encogió de hombros, como despreocupada, aunque un ligero rubor asomó a sus pálidas mejillas.

–Diga lo que diga sé que pensarás lo que quieras de mí.

–¿Sabes por qué quiero hablar contigo?

–Supongo que porque mi abuelo te ha hecho una propuesta, que según él no podrías rechazar, a cambio de que te cases conmigo… pero solo sobre el papel –contestó Vivi.

Por un momento Raffaele barajó la posibilidad de decirle la verdad, que su abuelo estaba chantajeándolo, pero desechó esa idea de inmediato. ¿Por qué habría de importarle a Vivi lo que le pudiera pasar a Arianna, con la que no había tenido ningún contacto desde hacía dos años? Y, más aún, teniendo en cuenta que no podía confiar en ella, ¿sería juicioso revelarle la posición tan vulnerable en que se encontraba su hermana? ¿Y si, movida por un deseo de venganza, fuera a la prensa para exponer los secretos de Arianna? ¿Y si era tan rencorosa como su abuelo?

Vivi lo miraba en silencio, irritada consigo misma por cómo se le aceleraba el pulso cuando lo tenía cerca. Era porque la ponía nerviosa, se dijo a modo de excusa, siempre la había puesto nerviosa. ¿Cómo no iba a intimidarla un hombre con tanto poder? Y, sin embargo, seguía siendo el hombre más guapo de todos los que había conocido. Ese solo pensamiento hizo que todos sus músculos se tensaran. ¿Por qué tenía ese efecto en ella, por qué con él le costaba tanto mantener la compostura, cuando no le pasaba con otros hombres?

La culpa la tenía la simetría de sus facciones, tan perfectas como las de una escultura de Miguel Ángel, el color aceitunado de su piel, sus marcados pómulos, la nariz recta, la recia mandíbula, oscurecida por una ligera sombra de barba, los sensuales labios… Sí, seguía ejerciendo sobre ella la misma fascinación que el día que lo había conocido, pero ya no era tan ingenua como entonces; la vida le había dado unas cuantas lecciones. Apartó la vista y se sentó en la silla que había rechazado hacía solo unos momentos, solo para no tenerlo justo frente a ella.

–Respecto a esa propuesta de mi abuelo que no podrías rechazar… –añadió Vivi–: Eres rico; no creo que necesites más dinero. A menos que tus finanzas hayan sufrido un revés desde la última vez que nos vimos –sugirió levantando la barbilla en un gesto desafiante.

Raffaele la miró con incredulidad y apretó los dientes irritado porque estaba haciendo que se enfadara, y a él nadie le hacía eso. Enfadarse era perder el control y a él no le gustaba perder el control.

–No, mis finanzas gozan de buena salud –respondió, esforzándose por impedir que la insolencia de Vivi le hiciera perder los estribos.

Nadie le hablaba jamás con desprecio, nadie se había atrevido a hacerlo jamás… Apretó los puños. Podía tragarse su orgullo por Arianna, se dijo. Probablemente, hasta le vendría bien esa cura de humildad. Pero si alguna vez tenía la ocasión de tomarse la revancha, lo haría sin dudarlo por lo mucho que le enfurecía la irrespetuosa actitud de Vivi.

–¿De verdad estás dispuesto a casarte conmigo solo por dinero? –insistió ella. Le costaba creerlo.

–¿Y por qué no? –inquirió él con aspereza.

Vivi entrelazó las manos sobre el regazo. Raffaele la tenía desconcertada. Nunca hubiera imaginado que se dejase convencer por dinero. Claro que… ¿qué sabía de él en realidad? ¿Acaso no se había engañado dos años atrás cuando, creyendo conocerlo, la había humillado del modo más espantoso, haciendo creer a la opinión pública que era una prostituta? No, no sabía nada de Raffaele.

Era extremadamente rico, pero era evidente que ansiaba

enriquecerse aún más y que quisiera hacerlo a su costa le repugnaba. Si Raffaele y su abuelo habían llegado a un acuerdo, se encontraba entre la espada y la pared.

–No quiero casarme contigo –le dijo en un tono quedo, con la vista fija en la pared–. No quiero tener nada contigo.

Raffaele sintió una punzada de frustración al comprender que iba a ponerle las cosas tan difíciles como había anticipado su abuelo. Había estado muy seguro de que Vivi no dudaría en aprovechar aquella oportunidad de mejorar su estatus social y de vengarse de él. Pero en vez de eso estaba allí sentada, frente a él, tiesa como una marioneta a la que hubieran colocado sobre esa silla, negándose a reaccionar.

Decidió adoptar otra táctica.

–No hay nada vergonzoso en que trabajaras como señorita de compañía –le dijo–. El problema está en hasta dónde estuvieras dispuesta a llegar. Si a esos hombres solo les ofrecías tu compañía, no puede decirse que hubiera nada de malo.

–¡Por favor, venga ya! –exclamó Vivi, girando la cabeza hacia él. Sus ojos azules relampagueaban–. Ni tú te crees eso. ¡Estabas convencido de que vendía mi cuerpo por dinero y me trataste como si fuera basura!

–Eso no es verdad –masculló él.

–Me culpaste de las malas decisiones de tu hermana. ¡Fue ella quien accedió a posar desnuda para las fotos de ese portafolio que estaba empeñada en hacerse! Yo no tuve nada que ver –le espetó Vivi enfadada–. Y cuando le preguntaron si quería trabajar como señorita de compañía y ella también accedió… ¿qué culpa tuve yo de eso? Yo solo era la recepcionista, una humilde recepcionista. Ignoraba lo que estaba ocurriendo allí. ¡Yo no era una de esas modelos que trabajaban también como señoritas de compañía!

–¿De verdad esperas que me lo crea? –le contestó Raffaele con los dientes apretados.

¿La recepcionista? ¿Acaso lo tomaba por idiota? ¿Una recepcionista con esa belleza, con esa figura? ¡Por supuesto que había sido una de las modelos de la agencia! Lo del puesto de recepcionista no había sido más que una tapadera, un cuento que les había contado a Arianna y a él. Se sintió tentado de decirle que una humilde recepcionista no podría permitirse los carísimos

zapatos con los que la habían fotografiado el día que la policía había llevado a cabo la redada en el burdel, pero decidió que, tal y como estaba la situación, no sería buena idea irritarla aún más.

El periódico que había publicado esa fotografía había dado mucha importancia a la cara ropa de firma que llevaba, dando a entender que era una prostituta muy exclusiva.

Vivi apretó los labios. Raffaele no la creía. Era un esnob, se dijo con amargura, pues había dado por hecho todas esas cosas horribles que pensaba de ella solo porque era pobre como las ratas en comparación con su hermana y con él. ¿Qué otra razón podía tener si no para recelar tanto de ella? Porque no era como si hubiera intentado seducirle ni nada de eso. Ni siquiera tenía la suficiente experiencia con los hombres como para saber cómo flirtear con ellos.

–Ni siquiera me gustas –le espetó.

–Tu abuelo solo quiere un matrimonio sobre el papel, así que da igual que te guste o no –le contestó él exasperado.

–Pues a mí no me va nada en ese matrimonio, así que mi respuesta sigue siendo no –replicó Vivi.

En realidad sí le iba algo en ello, admitió para sus adentros, sintiéndose culpable. Tenía que pensar en John y en Liz, que aún tenían deudas pendientes. Su abuelo les había prometido a sus hermanas y a ella que los ayudaría, pero solo si ellas accedían a la condición de contraer matrimonio con los hombres que él escogiese. Si lo hacía, si se casaba con Raffaele, complacería a su abuelo, ayudaría a John y Liz y cuando el matrimonio se disolviese volvería a ser libre y podría seguir con su vida y hacer con ella lo que quisiera. Se acabarían sus preocupaciones, sí, pero… entonces le llegaría el turno a Zoe, y se le encogía el corazón de solo pensar en hacerla pasar por algo así.

–¿Y si te ofreciera dinero, o joyas…? –inquirió Raffaele, tanteando sus debilidades, porque estaba convencido de que debía tener alguna.

–¡Ah, no!, ¡eso sí que no! –lo cortó ella enfadada–. ¿Crees que puedes sobornarme? Además, no lo necesito. Mi abuelo me daría cualquier cosa que yo le pidiera…

Excepto lo que más quería, que saldase las deudas de John y Liz, añadió para sus adentros, y no lo haría si no se casaba con Raffaele.

Le hervía la sangre al pensar que su abuelo les había impuesto una condición tan humillante, solo por prestarles una suma de dinero que no era más que calderilla para él.

El marido de Winnie, Eros, había estado intentando encontrar un modo de poner fin a esos tejemanejes de su abuelo, pero hasta donde ella sabía no había obtenido resultados. Tendría que llamar a su hermana para enterarse de si había habido alguna novedad en ese frente.

–En ese caso supongo que hemos llegado a un punto muerto… por el momento –dijo Raffaele.

Se negaba a admitir que fuera incapaz de convencerla. Cuando se proponía algo, lo conseguía, y en esa ocasión también lo conseguiría. Solo necesitaba un poco de tiempo para averiguar los motivos de la reticencia de Vivi y lograr convencerla. De un modo u otro tenía que convencerla; tenía que hacerlo para proteger a Arianna.

–Esta noche cenaremos juntos –le dijo.

Vivi echó la cabeza hacia atrás, agitando sus tirabuzones cobrizos. Había un brillo desafiante en sus ojos azules.

–Ni hablar.

–Pues mañana por la noche.

Vivi apretó los labios.

–No.

–Me parece que estás olvidándote de esa lista de duplicidades de cargos que encargaré si no pones de tu parte… –le recordó Raffaele en un tono amenazador, dispuesto a hacer lo que fuera para obligarla a colaborar.

Vivi saltó de su silla con las mejillas encendidas de ira y los ojos echando chispas y le llamó algo muy grosero.

–Si no lo soy de nacimiento, desde luego sí por naturaleza –contestó él divertido, a la vez que satisfecho al ver como la había hecho saltar. Tenía un genio de mil demonios.

Y, por otra parte –¿quién lo hubiera dicho?–, acababa de descubrir, para su sorpresa, que a Vivi le importaban sus compañeros de trabajo. Parecía que no era la mercenaria inmisericorde por la que la tenía, dispuesta a aprovecharse de cualquier circunstancia para mejorar su estatus.

Claro que tampoco era que le hiciera falta con el abuelo

multimillonario que tenía, se recordó irritado.

–¡Te odio! –lo increpó Vivi.

–Cenaremos juntos mañana –le reiteró él, impasible–. Quiero que tengas tiempo para pensar en lo que hemos hablado. Mandaré a mi chófer para que pase a recogerte a las ocho.

Vivi apretó los puños, clavándose las uñas en las palmas. Estaba furiosa, pero no se atrevía a correr el riesgo de pensar que solo se estaba tirando un farol. Raffaele era banquero y un hombre implacable, y estaba segura de que su amenaza de despedir a otros empleados si no hacía lo que le decía, no era una amenaza hueca. ¿Cómo podría arriesgarse a que lo hiciera? ¿Cómo podría desafiarlo cuando el puesto de sus compañeros podría estar en peligro? ¡Por amor de Dios! ¿Qué le habría ofrecido su abuelo para que estuviera tan desesperado por convencerla?

–Está bien, a las ocho –masculló, como si le provocara dolor pronunciar esas palabras.

Y en cierto modo así era, porque ceder ante Raffaele di Mancini, aunque solo fuera un milímetro, era ir en contra de todo buen criterio y traicionarse a sí misma.

–Estoy impaciente por que llegue mañana –murmuró Raffaele con satisfacción.

Y, si Vivi hubiera tenido cerca algo que pudiera lanzarle a la cabeza, lo habría hecho.

Volvió a bajar al departamento de marketing aturdida por las emociones que la embargaban: odio, ira, resentimiento… Esas emociones le impedían pensar con claridad, se reprendió. Si hubiera logrado mantener la calma, ¿no habría sido capaz de encontrar el modo de evitar ir a cenar con él? ¿Pero cómo podría mantener la calma cuando la enfurecía de esa manera?

Recordó el día en que había conocido a Arianna. Solo llevaba una semana trabajando como recepcionista en la agencia de modelos y había salido a comprar algo para comer. En la calle se había encontrado a Arianna, a quien se le había enganchado el tacón en una rejilla de la acera. Había sacado el pie del zapato y estaba muy cómica allí agachada, a la pata coja, como una garza, tirando del zapato para intentar soltarlo. Al verla, se había parado a ayudarla.

–¡Ah, gracias! –le había dicho Arianna con una sonrisa.

Era morena, muy bonita, y más o menos de su edad. Por más que lo habían intentado, no habían conseguido liberar el zapato. Al final, cansada de tanto forcejear, Arianna se había quitado el otro, se había quedado mirándolo, como preguntándose qué iba a hacer con uno solo, antes de arrojarlo a un lado, irritada. Luego se había presentado, tendiéndole la mano. Vivi se la había estrechado, diciéndole su nombre también, y le había ofrecido las viejas deportivas que llevaba en la mochila y se ponía cada día en el trayecto al trabajo. Arianna se había mostrado tan agradecida como si le hubiera salvado la vida, y la había acompañado a la cafetería en la que pensaba comprarse un sándwich, confesándole que ella también tenía hambre.

Y así era como había empezado su amistad con Arianna: dos jóvenes que se habían conocido de un modo casual y se habían dado el teléfono mientras almorzaban. No había sido algo que ella hubiera orquestado. No se había hecho su amiga porque supiese que tenía dinero, como su hermano le había dado a entender a la prensa. De hecho, ni se había imaginado que Arianna fuese rica porque, aunque iba vestida a la moda, ella jamás habría podido permitirse esa ropa y por tanto ni siquiera sabía de qué firma era. Y con las joyas que llevaba le había pasado lo mismo: había pensado que no era más que bisutería que daba el pego.

Arianna había llegado a su vida en un momento en el que ella se sentía bastante sola, a pesar de estar viviendo con sus hermanas. Por aquel entonces Winnie estaba embarazada, tenía el corazón roto y no tenía ganas de estar con nadie. Y aunque adoraba a su otra hermana, Zoe, esta prefería quedarse en su habitación leyendo un libro a salir y conocer gente.

Arianna era una persona tan llena de vida y tan alegre que a Vivi le había caído bien de inmediato, y además había desarrollado una actitud muy protectora hacia ella al descubrir que tenía un año menos que ella y que parecía demasiado ingenua como para sobrevivir en una gran ciudad.

La primera vez que habían salido juntas de noche, Arianna le había confesado su sueño de convertirse en modelo, y la había llevado a un club nocturno muy exclusivo. Al verla pagar las bebidas con una visa oro se había sorprendido, y después de hacerle algunas preguntas con mucho tacto había comprendido que Arianna

provenía de un mundo muy distinto, lo que la había hecho sentirse un poco incómoda.

Como conocía a todos los empleados porque trabajaba en la recepción, Arianna le había pedido que hablase con el fotógrafo de la agencia para que le hiciese unas fotos con las que prepararse un portafolio, y habían acordado con él el día y la hora. Al día siguiente Arianna la había invitado a cenar con su hermano y con ella, y Raffaele la había sometido a un interrogatorio en toda regla, preguntándole por su entorno y su trabajo. Vivi se había sentido molesta y se había puesto a la defensiva.

–Solo soy una chica corriente –le había dicho–. He intentado explicarle a Arianna que la gente de vuestro estatus social no suele mezclarse con gente del mío, pero ella no lo comprende.

–No veo por qué no habríais de ser amigas –le había respondido Raffaele.

Esa respuesta había sorprendido a Vivi, que ya le había colgado la etiqueta de esnob de alta alcurnia. Claro que entonces aún no había pasado nada, se dijo con ironía. Probablemente en ese momento a Raffaele le había parecido que no podía haber ningún mal en que su hermana y ella fueran amigas.

Había sido, a la vez, una época feliz y humillante para ella, recordó, detestándose a sí misma. Estaba tan embelesada con Raffaele que se había convencido de que él también estaba interesado en ella cuando empezó a sumarse a sus salidas. En realidad, la relación entre ambos –si es que se le podía llamar «relación»–, no había durado más que un par de semanas. Ella había supuesto que no se atrevía a ir más allá porque temía estropear su amistad con Arianna. Había disculpado su comportamiento tantas veces, recordó, repugnada por lo ingenua y confiada que había sido, por haber creído que era un buen tipo que, por alguna razón, recelaba demasiado de las mujeres.

Y luego había ocurrido lo del beso, en la noche de la fiesta de Arianna, que cumplía veinte años. Ella había salido al patio a tomar un poco de aire fresco. Raffaele la había seguido fuera y se había puesto a sermonearla por salir allí sola, como si fuera otra hermana a la que tenía que educar y proteger, como Arianna. Y en medio de aquella regañina, de pronto él la había agarrado por los hombros, sobresaltándola, y la había besado.

Y aquel beso, por el que él luego se había disculpado, quitándole hierro, había sido, por irónico que resultase, el momento más erótico de su vida.

Capítulo 3

A DÓNDE diablos vas vestida así? –exclamó Zoe, mirando escandalizada a Vivi, que estaba poniéndose la gabardina en el vestíbulo.

Vivi lamentó de inmediato no haber sido más rápida, y se sonrojó avergonzada.

–Voy a cenar con Raffaele; ya te lo había dicho –le recordó.

Aunque era su hermana pequeña, no se parecía demasiado a ella, ya que era bajita y rubia.

–¿Vestida así? –exclamó Zoe con incredulidad, mirándola de arriba abajo.

Bajo la cortísima falda asomaban las largas piernas de su hermana, el top dejaba al descubierto el ombligo, adornado con un pequeño diamante, y los zapatos que llevaba tenían muchísimo tacón.

–Eso es lo que te pusiste para esa despedida de soltera a la que fuiste el invierno pasado.

–¿Y qué? –inquirió Vivi desafiante, echándose el cabello hacia atrás.

–Que vas muy provocativa –masculló Zoe, como si ella pudiera no haberse dado cuenta.

–No, qué va, es el atuendo perfecto para salir a cenar con un tío que se cree que soy una furcia –replicó Vivi, alzando la barbilla.

–¡Por amor de Dios, Vivi! –se lamentó Zoe–. Si ya ha hablado con el abuelo, debe saber que se equivocó al pensar eso de ti.

–No. Estamos hablando de Raffaele di Mancini, que jamás admite sus errores –replicó Vivi con una mirada fulminante de resentimiento.

–Pues no entiendo cómo esperas hacerle cambiar de opinión yendo así vestida a la cena.

–No estoy intentando cambiar nada –le dijo Vivi–. Simplemente voy a darle lo que espera, lo que se merece. Y disfruto pinchándole.

–Si vas a tener que tragar y pasar por eso de la boda, deberías hacer las paces con él –opinó Zoe preocupada–. Tenía la esperanza de que nuestro cuñado encontrará la manera de sacarnos de este embrollo, pero ya hemos visto que no.

Vivi frunció los labios. Antes de vestirse para la cena habían llamada a Winnie, y esta les había dicho que Eros no podía hacer nada, que por motivos legales él no podía satisfacer el pago de la hipoteca que pendía sobre la casa de sus padres de acogida; solo su abuelo. Deberían haberlo imaginado. Un hombre tan rico como Stamboulas Fotakis no era de los que dejaba nada al azar. No podrían rehuir el acuerdo al que habían llegado con él para que ayudase a John y a Liz.

–¿Y qué pasa con Jude? –le preguntó Zoe.

Vivi se puso muy seria y apretó los labios.

–Pondré fin a mi relación con él. De todos modos, lo nuestro no iba a ninguna parte. Me gusta, y creo que yo también le gusto a él, pero desde un principio sentí que faltaba algo –le confesó encogiéndose de hombros.

Una limusina la recogió, y durante el trayecto se entretuvo curioseando los lujos de que disponía el vehículo –compartimentos con bebidas, aperitivos, una pantalla de televisión…– antes de retocarse con el pintalabios. Sentía una impaciencia perversa por ver la reacción que tendría Raffaele cuando se encontrara abocado a cenar en un lugar público con ella, vestida como iba. Raffaele era muy conservador, y estaba segura de que el restaurante que había escogido sería muy exclusivo, pero también tradicional.

Sin embargo, su suposición resultó ser errónea, porque cuando la limusina se detuvo, fue delante de la casa de Raffaele, un imponente edificio veinte veces más grande que la casita en la que vivían su hermana y ella. Se alzaba en una plaza de un barrio residencial y tenía unos jardines privados.

Al darse cuenta de que iba a estar a solas con él, las manos se le pusieron sudorosas. Y, puesto que iban a cenar en privado, el atuendo que había escogido no serviría para avergonzarlo, como

había planeado.

Por alguna razón, para Raffaele el día había pasado tremendamente despacio. Normalmente se le pasaba volando, entre trabajo, reuniones…, pero ese día las horas habían avanzado a paso de tortuga, irritándole profundamente, y se había encontrado esperando la llegada de Vivi con una mezcla de sentimientos encontrados.

Esa noche lo dejaría todo solventado, se dijo. Por el bien de Arianna, haría lo que hiciera falta para convencer a Vivi de pasar por el altar. Pero, si lo tenía tan claro… ¿por qué demonios estaba tan nervioso y llevaba el día entero contando las horas?

No era que le tuviese miedo a Vivi ni nada de eso. No tenía por qué preocuparse, se dijo. Solo era una joven de veintitrés años, aunque fuera lista y tuviese mucho carácter. «Y además te desea…», añadió una vocecilla en su cabeza. ¡*Madre di Dio*…! ¿A qué había venido eso? Muchas mujeres lo deseaban, pero tenía muy claro que el noventa por ciento de ellas no tendrían el menor interés en él si no fuera por su dinero.

Era la verdad. Aunque no era menos cierto que dos años atrás había descubierto una química entre Vivi y él que había amenazado con hacerlo estallar en llamas. Nunca había experimentado una atracción tan fuerte ni tan peligrosa con ninguna otra mujer.

Dos años atrás, le había perturbado un poco que una joven, a la que entonces había creído relativamente inexperta, pudiera tener ese efecto en él sin ningún intento aparente por su parte de seducirlo. Luego, cuando se había dado cuenta de que lo había tenido engañado, se había sentido a la vez aliviado y furioso, aunque el alejarse de ella había impedido que satisficiera sus ansias de venganza.

Se había burlado de él con esas miraditas tímidas, con esas risitas, con esos ojos violetas que lo miraban largamente, con una avidez que él había interpretado como una curiosidad ingenua por el sexo.

Pero nada de eso había sido real, se recordó con aspereza. Se había hecho la inocente para que se sintiera atraído por ella, y habría caído en sus redes si no hubiera descubierto a tiempo que

era una intrigante movida por la ambición. O lo había sido, se corrigió, porque ahora que Vivi contaba con el respaldo de su multimillonario abuelo, probablemente habría cambiado su actitud. Porque desde luego ya no necesitaba perseguir a hombres ricos para mejorar sus condiciones de vida.

Al conocer a Vivi había creído que no era más que la chica corriente que aparentaba ser; debería haberse dado cuenta antes de que no era así. Al fin y al cabo, la historia de su propia familia le había enseñado una lección bastante dura. Sus padres habían estado felizmente casados, y en los primeros años de su infancia su niñez había sido idílica. Pero un día su madre había muerto repentinamente de un aneurisma y su padre se había quedado desconsolado. Había sido entonces cuando la madre de Arianna, Sofia, había entrado en sus vidas, aprovechando la debilidad de su padre. Matteo di Mancini no había sido capaz de darse cuenta de que era una cazafortunas.

La tempestuosa llegada de Sofia había puesto fin a su pacífica infancia. Su padre se había casado apresuradamente con ella, sin conocerla apenas y, en vez de reconocer su error y divorciarse de ella, había intentado sacar algo bueno de aquella mala decisión. Y probablemente había sido el estrés de aquel segundo matrimonio tan infeliz lo que lo había llevado a una muerte prematura por infarto.

Raffaele estaba en el salón de su casa, de pie junto a la chimenea y apesadumbrado por esos recuerdos, cuando oyó el timbre de la puerta, el ruido de los tacones de Vivi al entrar en el vestíbulo, y el murmullo de la voz de su viejo mayordomo, Willard, pidiéndole la gabardina para colgarla.

Poco después Vivi llegó al salón, pero se detuvo en el umbral de la puerta y a Raffaele se le cortó el aliento al verla. Dos años atrás nunca la había visto vestida de un modo tan provocativo y ahora, cuando menos se esperaba algo así de ella, se plantaba en su casa de esa guisa.

Lo tenía tan fascinado, que ni siquiera entró a plantearse qué razones podía haber tras ese repentino cambio. Sus larguísimas y perfectas piernas asomaban por debajo de la falda, que no podía ser más corta, En el ombligo llevaba un pequeño piercing con un diamante, un toque exótico. El ceñido top dejaba al descubierto la

tersa y blanca piel de su estómago y su minúscula cintura, y sus pechos, pequeños pero erguidos y bien formados, se marcaban bajo la tela. A Raffaele se le había puesto dura como una piedra, pero al menos sus neuronas volvían a funcionar.

–Buenas noches –murmuró Vivi con voz algo trémula por la intensa mirada de Raffaele, fija en ella. La incomodaba cuando la miraba de esa manera–. Se me ocurrió vestirme así para darte una sorpresa.

La verdad era que ningún hombre la incomodaba como Raffaele, incluso sin pretenderlo. Le bastaba con enarcar una ceja, o levantar la barbilla para hacerle pensar que había hecho algo mal.

Y encima, notó que se le subían los colores a la cara porque de repente se sentía horriblemente cohibida y medio desnuda. Lo que antes de salir de casa le había parecido que sería divertido, se había convertido de repente en una humillación autoinfligida.

–¿Una sorpresa? –repitió Raffaele, sin apartar los ojos de ella.

–Sí. Pensé que te merecías encontrarte con la mujer que crees que soy –le confesó ella, adentrándose en el salón para detenerse a unos pasos de él–, solo que esperaba que fuéramos a cenar a un restaurante, para así poder avergonzarte en público con este atuendo.

–No me avergüenzas –murmuró Raffaele, que tenía la boca seca.

Estaba tremendamente excitado, y también fascinado por su valor, pero desde luego no sentía vergüenza alguna.

Vivi se encogió de hombros.

–¿Por qué ibas a avergonzarte en tu propia casa? –le espetó ella.

Su decepción era tan evidente, que Raffaele estuvo a punto de reírse.

–Lástima que no tenga una barra de stripper –la picó, esforzándose por disimular cuánto lo divertía aquella situación.

Vivi sacudió la cabeza, y el movimiento agitó sus rizos cobrizos antes de que volvieran a caerle sobre los delgados hombros. Raffaele recordó cuando le había acariciado el cabello cuando lo tenía liso, y la tirantez que notaba en la entrepierna fue a peor.

–Tampoco habría sabido qué hacer con ella… –admitió Vivi.

Raffaele tomó una campanilla de una mesita alta y la hizo sonar. Al poco apareció el mayordomo.

–Tomaremos una copa de champán –le dijo Raffaele.

Cuando el sirviente se hubo retirado, Vivi se volvió hacia él.

–¿Champán? –repitió–. ¿Es que tenemos algo que celebrar?

Los ojos castaños de Raffaele se posaron en ella.

–¿Nuestra próxima boda? –sugirió él.

Vivi se sentó en una esquina del sofá y se forzó a relajarse un poco.

–Eso no va a poder ser. Te odio y no voy a claudicar solo por hacerte un favor. Sería ir en contra de mis principios –le dijo.

El mayordomo reapareció con una bandeja de plata en la que llevaba dos copas de champán y se acercó, inclinándose hacia ella para ofrecerle una. La formalidad de aquella escena no podía ser más surrealista. Creía que en la actualidad solo la familia real vivía con tanta pompa.

Tomó una de las dos copas y el mayordomo le llevó la otra a Raffaele, que permanecía de pie, antes de retirarse de nuevo.

–Te haré cambiar de opinión –le aseguró Raffaele.

–Pues no sé cómo vas a hacerlo –murmuró ella. Tomó un sorbo de champán–. No es fácil hacerme cambiar de opinión.

De lo contrario, el tener a Raffaele a solo unos metros, tan elegante con su traje a medida, sí correría el peligro de cambiar de opinión sin necesidad de que él le insistiera demasiado. No era justo que siguiera siendo tan atractivo, que en esos dos años no hubiese envejecido ni pizca, que no hubiese echado barriga ni le hubiesen salido entradas. No, estaba allí en toda su magnificencia, igual de guapo, capaz de robarle la serenidad.

Se apresuró a cruzar las piernas en un intento por ignorar el calor que estaba aflorando entre ellas, un recordatorio desconcertante del efecto que provocaba en ella tener tan cerca a Raffaele. Tomó otro sorbo de champán con la esperanza de sofocar esos calores y casi contrajo el rostro al notar que se le habían endurecido los pezones.

Ese era el efecto que tenía en ella y por suerte era el único hombre con el que le ocurría, porque detestaba esa sensación de perder el control sobre su cuerpo. Era inquietante y humillante encontrarse reaccionando ante él como una colegiala encaprichada de un chico. Esbozó una sonrisa tensa, decidida a no exteriorizar su agitación.

–Tienes un cuerpo precioso –le dijo Raffaele de un modo casi

prosaico.

–¿Por qué diablos me dices eso? –inquirió ella, poniéndose a la defensiva.

–Me imagino que querías que me fijara en tu cuerpo, o no irías enseñando tanto –observó él.

–¡Ya te lo he dicho! ¡Pretendía avergonzarte, no exhibirme ante ti! –le espetó ella irritada.

–Relájate… Eres un regalo para la vista –murmuró Raffaele con voz aterciopelada–. Ven, pasemos al comedor; la cena está esperándonos.

Vivi se levantó, aliviada, pero casi se cayó hacia atrás al tambalearse torpemente por culpa de los altísimos tacones que llevaba. Cuando Raffaele alargó el brazo y la agarró por el codo para que no perdiera el equilibrio, el calor de su mano se irradió por todo su cuerpo, un cosquilleo de deseo la recorrió, y una ola de calor afloró en su pelvis.

Al levantar la cabeza sus ojos se encontraron, y Vivi se quedó sin aliento. Se quedó mirándolo completamente en blanco, maravillada de lo largas y espesas que eran sus pestañas, y tomó otro trago de champán por hacer algo.

El comedor resultó ser tan señorial como el salón, y cuando entraron Vivi paseó la mirada con curiosidad a su alrededor. Tenía una discreta elegancia georgiana, con la chimenea de mármol y los pesados cortinajes de las ventanas. La mesa estaba preciosa, con su centro de flores frescas, sus relucientes copas de cristal y sus cubiertos de plata. El primer plato ya estaba servido.

–Esto es muy formal solo para cenar nosotros dos –masculló, aún más incómoda por el contraste entre su atuendo y la grandiosidad del comedor.

–No quería que Willard se sintiera mal.

–¿Willard?

–El mayordomo. Ya servía a mi padre, y no quiere ni pensar en jubilarse –murmuró Raffaele. Y en un tono triste añadió–: No tiene esposa, ni hijos, y en todos estos años mi hermana y yo nos hemos convertido en su familia.

–Vaya, es muy considerado por tu parte que no lo hayas obligado a jubilarse –comentó Vivi, sorprendida, mientras se sentaban.

–Fue muy bueno conmigo de niño –le confesó Raffaele–, pero sigue haciendo las cosas con la misma pompa que cuando servía a mi padre; no se da cuenta de que los tiempos han cambiado.

Vivi, que acababa de tomar la cuchara para empezar a comer, echó la cabeza hacia atrás y observó:

–¿Quién iba a decir que sabías ser amable? ¡Lástima que no lo fueras conmigo!

Raffaele apretó los dientes.

–Yo no le dije a la prensa que fueras una prostituta; fue una invención de un periódico sensacionalista para conseguir un titular llamativo. Yo no tuve nada que ver.

Vivi se encogió de hombros.

–Pero es lo que pensabas de mí –lo condenó–. Aunque habías tratado conmigo y me conocías.

–Creía que te conocía –puntualizó Raffaele.

–Sí que me conocías –insistió ella con firmeza–. Solo buscabas un chivo expiatorio.

–Yo nunca haría algo así –replicó él en un tono gélido.

Vivi puso los ojos en blanco y empezó a comer. Al acceder a cenar con él, había trazado un plan bien definido: para salvaguardar su propia autoestima, tenía que dejarle claro que no era la clase de mujer que creía que era, y obligarle a reconocer que se había equivocado con ella.

–No es verdad –le dijo–. Cuando te formas una opinión sobre algo o alguien, nunca te replanteas esa opinión.

–Soy una persona racional –contestó él.

Se fijó en que a Vivi se le habían encendido las mejillas y en que su respiración se había tornado más rápida, como dejaban entrever sus senos, que subían y bajaban bajo el top que llevaba. Se estaba enfadando.

–Solo llevaba trabajando de recepcionista en la agencia dos semanas. Era mi primer empleo, y si lo acepté fue simplemente porque en ese momento no podía encontrar nada mejor y mis hermanas y yo teníamos un alquiler que pagar –arguyó ella.

Una sonrisa irónica curvó los labios de Raffaele, que tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en la conversación e ignorar los pezones de Vivi, que se marcaban bajo el top. ¿No habría pretendido distraerlo además de avergonzarlo vistiéndose así? Al fin

y al cabo, era un hombre con sangre en las venas, como cualquier otro, y no podía negar que lo excitaba.

–No me estás escuchando –se quejó Vivi.

–Pues claro que sí –gruñó él.

–¡Pues no sé por qué te pones así! –lo increpó Vivi, apartando de sí el plato vacío–. Estoy intentando explicarme.

–Yo no te he pedido que me expliques nada –puntualizó Raffaele–. De hecho, creo que sería más sensato que no habláramos del pasado.

Vivi gimió exasperada y volvió a poner los ojos en blanco.

–¿Te importaría dejar de hacer eso? Me irrita bastante –se quejó Raffaele.

Vivi apretó los dientes.

–Como estaba diciendo…

–Sí, ya se me ha olvidado lo que estabas diciendo –la interrumpió él con socarronería.

–Eso es porque no estabas escuchándome –le espetó Vivi–. ¡Y no sé ni para qué hablo contigo cuando no me escuchas! –exclamó levantándose.

Raffaele la siguió con la mirada mientras andaba arriba y abajo con los brazos cruzados, visiblemente molesta. La corta falda se movía de un lado a otro con cada paso, acentuando su bonito trasero mientras que los tacones de los zapatos resaltaban sus piernas perfectas y sus delicados tobillos.

Resopló entre dientes, tenso y enfadado por lo mucho que lo excitaba.

–Bueno, ve al grano –la urgió con impaciencia.

Vivi se detuvo y le lanzó una mirada furibunda por encima del hombro.

–Y yo que creía que siempre te conducías como un caballero…

–Depende de con quién esté –dijo Raffaele, pero luego se obligó a guardar silencio.

Cuanto más discutiera con Vivi, más le costaría convencerla para que se casara con él.

Vivi se volvió hacia él. Sus ojos azules relampagueaban de ira.

–Claro, porque los dos sabemos qué clase de persona crees que soy…

–Sí, bueno. Me estabas hablando del puesto de trabajo que

tenías en ese burdel.

–El burdel estaba en la parte de atrás de un edificio anexo que yo nunca pisé. Hasta tenía una entrada distinta. ¿Cómo iba a saber yo que había un burdel allí? Yo trabajaba en la agencia de modelos, una agencia de modelos legal.

–¿Legal? ¿Una agencia con un fotógrafo que persuadió a Arianna de quitarse la ropa para unas fotos? –Raffaele resopló con desdén–. ¿Me tomas por imbécil?

–Arianna tomó una mala decisión, pero fue ella, no yo. Yo no sabía que el fotógrafo le iba a pedir que se desnudase; lo único que hice fue concertarle una estúpida cita con él para la sesión de fotos.

–¿Y no te llevaste una comisión del fotógrafo por llevarla engañada hasta él?

–¡Por amor de Dios, Raffaele…! ¡Era recepcionista, no una proxeneta! –exclamó ella indignada–. Yo no llevé a Arianna engañada a ninguna parte. ¿Para qué habría hecho eso?

–Porque esas fotos de ella desnuda podían reportar un buen beneficio a alguien sin escrúpulos –le contestó Raffaele muy serio–. Tuve que pagar mucho dinero por ellas por el contrato que Arianna había firmado sin leer la letra pequeña.

A Vivi la frustraba que sus explicaciones no consiguieran convencerlo de que ella no había tenido nada que ver con las desventuras que su hermana había sufrido.

–Pues lo siento, pero nada de eso es culpa mía –insistió–. Yo solo era una administrativa.

–¿Por qué no admites la verdad de una vez? –la increpó Raffaele con voz ronca–. No se lo contaré a tu abuelo, pero sé que no eras una simple recepcionista; eras una de las modelos, y también trabajabas como señorita de compañía.

–¿Modelo? –repitió Vivi, entre incrédula y enfadada, apretando los puños–. ¡No he trabajado de modelo en mi vida!

–Muy bien, pues ya que vas a seguir con esa historia… –murmuró Raffaele–… tal vez puedas explicarme cómo es que la prensa te sacó una foto, saliendo de la agencia, en la que llevabas un conjunto de un diseñador muy famoso que dijeron que costaba miles de libras. ¿Cómo puede permitirse una simple recepcionista ropa tan cara?

Vivi frunció el ceño y volvió a poner los ojos en blanco.

–La ropa no era mía, era de tu hermana. Había estado haciendo limpieza en su armario y me había dado un montón de prendas. Tenemos casi la misma talla, así que para mí fue un chollo. No tenía ropa buena, y Arianna decía que estaba harta de verme siempre con el mismo vestido cada vez que salíamos.

Raffaele había palidecido.

–No te creo.

–Llámala y pregúntale –lo urgió ella enfadada–. ¡Por Dios, Raffaele!, ¿por qué no te crees nada de lo que te digo?

–¿Que tú llevabas ropa de segunda mano? –insistió él, incrédulo.

–Compro ropa de segunda mano muy a menudo… bueno, o lo hacía, hasta hace poco –murmuró Vivi, por ser completamente sincera–. ¿Siempre has tenido tantos prejuicios con la gente más humilde que tú? ¿Y siempre piensas lo peor de ellos?

–Yo no tengo prejuicios –masculló Raffaele levantándose.

–¡Ya lo creo que sí! –le espetó ella, yendo hasta él–. Tienes un montón de prejuicios –lo acusó, clavándole el dedo en el pecho–. En tu estrecha visión del mundo los únicos que tienen principios y que se respetan a sí mismos son los ricos. Por eso pensaste mal de mí desde el principio.

–Pensé mal de ti porque tenía buenas razones –contestó él airado–. Y no vuelvas a tocarme.

–¡Oh, qué ofensa tan grave! –se burló Vivi, clavándole el dedo una y otra vez, porque no podía resistir la tentación de chincharle–. ¡Deja de ser tan estirado!, ¿quieres?

Los ojos de Raffaele echaban chispas.

–¿Quieres que te demuestre lo estirado que soy? –dijo agarrándola por los brazos y atrayéndola hacia sí.

–¡Palabras, palabras…! –lo increpó ella despectiva.

Pero cuando los labios de Raffaele descendieron sobre los suyos el mundo se tambaleó bajo sus pies y fue como si las piernas se le volvieran de gelatina. La lengua de Raffaele se deslizó dentro de su boca y desencadenó una cascada de sensaciones que hicieron que un cosquilleo se extendiera por cada centímetro de su piel.

Cerró los ojos, presa del placer que la invadía. Intentó resistirse, y por un instante hasta trató de apartarse de él, pero era como si hubiera perdido la fuerza en los brazos y en las piernas, como si su cuerpo solo quisiera que él la estrechase contra sí.

–¿Qué estamos haciendo? –susurró temblorosa, despegando sus labios de los de él para tomar aliento.

–Lo que deberíamos haber hecho en cuanto llegaste –murmuró él rodeándola con sus brazos.

Se notaba fuera de control, pero, al contrario de lo esperado, estaba disfrutando de esa sensación de estar haciendo algo arriesgado.

–¿Cuándo te convertiste en un cavernícola? –inquirió Vivi.

Pegada a él como estaba, podía sentir cada músculo de su cuerpo.

Raffaele bajó la vista a sus sensuales labios, y las voces de alerta que resonaban en su cabeza se acallaron. La deseaba. La deseaba como no había deseado a ninguna otra mujer, y no quería reprimirse. Además, con solo mirar esos ojos azules, enturbiados por la pasión, antes de bajar la cabeza para besarla de nuevo, supo que ella lo deseaba tanto como él a ella.

¡Dios, qué bien besaba!, pensó Vivi. La cabeza le daba vueltas y se moría por que la tocara. Era algo que nunca antes había experimentado, pero ahora, entre el calor que sentía entre los muslos y lo tirantes que se le habían puesto los pezones, estaba toda temblorosa por el efecto que tenía en ella.

Una explosión de calor se extendió por todo su ser mientras la besaba sensualmente, haciéndola estremecerse. Raffaele introdujo una mano por debajo de su falda, y se le cortó la respiración cuando la tocó. Contra su voluntad, sus muslos se cerraron, aprisionando entre ellos la mano de él, y jadeó cuando sus dedos comenzaron a acariciarla, volviéndola loca. Y entonces esos mismos dedos apartaron las braguitas y tocaron sus pliegues húmedos.

Vivi dio un respingo y gimió excitada.

–Eres tan sexy… –susurró Raffaele.

Vivi alzó la vista hacia él, sorprendida por aquel cumplido. Su sexo palpitaba de deseo y no podía pensar con claridad.

–Tú también… –respondió en un murmullo.

–No he deseado a otra mujer tanto como te deseo a ti –le confesó él con voz ronca.

Los ojos de Vivi brillaron de satisfacción porque lo que acababa de admitir los colocaba al mismo nivel: la deseaba tanto como ella a él, y eso le irritaba tanto como a ella. Eran iguales por primera

vez…

Capítulo 4

RAFFAELE la alzó en volandas, arrancando un gemido ahogado de sorpresa de los labios de Vivi. Su fuerza física y la seguridad en sí mismo que exhibía la excitaba tremendamente.

–¡Vaya!, sí que hay un cavernícola debajo de ese traje de ejecutivo… –susurró mientras la llevaba de regreso al salón y la depositaba sobre uno de los sofás.

Ese cavernícola que llevaba en su interior solo afloraba cuando estaba con ella, pensó él. Pero no era de la clase de hombres que tenían relaciones esporádicas. Tampoco sucumbía jamás a impulsos repentinos, ni cedía a la tentación. Y en cambio ahora que estaba allí, con Vivi entre sus brazos, no se apartaría de ella ni aunque sonara la alarma de incendios.

Además, a algunas cosas tampoco había que darles tantas vueltas, se dijo, intentando convencerse. El sexo no era más que sexo, y la atracción física que había entre ellos era muy potente. Además, tal vez podría ayudarles a llegar a un acuerdo respecto a la boda que exigía el abuelo de Vivi.

¿De verdad se creía eso? No, la verdad era que no, pero tampoco le importaba demasiado. Estaba tan excitado que en esos momentos se sentía incapaz de aplicar la lógica.

Cuando se tumbó junto a ella, Vivi se tensó. ¿Qué estaba haciendo? Raffaele, sin embargo, que al parecer era más perspicaz de lo que había creído, la tomó de la barbilla para mirarla a los ojos.

–No irás a rajarte ahora, ¿no? –le preguntó, rogando por que no fuera así.

–Yo jamás me rajo –contestó ella con orgullo, sintiéndose un

poco tonta por esa indecisión pasajera.

La verdad era que una curiosidad insana la empujaba; se moría por saber cómo sería hacer el amor con él. Si estaba utilizándola, ella también tenía derecho a utilizarlo a él, y lo bueno era que cuando se hubieran casado y divorciado no tendría que volver a verlo.

–No sabes cómo me alegra oír eso –contestó Raffaele, antes de inclinarse para tomar sus labios con otro beso ardiente.

De inmediato volvió a envolverla una llamarada de calor y todo pensamiento racional abandonó su mente cuando las manos de Raffaele comenzaron a deshacerse de las prendas que los separaban.

Lo primero que hizo fue quitarse la chaqueta, y luego le sacó el top por la cabeza para tomar sus pechos en las manos y apartó sus labios de los de ella para inclinarse sobre uno de sus pezones endurecidos. Cuando lo tomó en su boca, Vivi se sintió aún más acalorada y se revolvió debajo de él.

Una de las manos de Raffaele volvió a adentrarse entre sus muslos, y comenzó a estimular su sexo con una maestría que la hizo gemir y suspirar mientras hundía los dedos, impaciente, en su corto cabello negro.

Arqueó las caderas, tremendamente excitada, y Raffaele se abalanzó de nuevo sobre sus labios entreabiertos para darle otro profundo beso con lengua que la hizo estremecerse de la cabeza a los pies. Le tiró de la corbata, y lo habría estrangulado si él no la hubiese ayudado a desanudársela con la mano libre.

Necesitaba tocar su piel, lo ansiaba tanto que no podía esperar. Mientras seguía besándola, comenzó a desabrocharle torpemente la camisa, hasta que él se la arrancó, haciendo saltar varios botones.

–Me vuelves loco; estoy abrasándome… –dijo Raffaele con voz ronca.

Vivi plantó las manos en su pecho musculoso y bronceado y el calor de su piel la excitó aún más.

–Es verdad, estás que echas humo… –susurró con picardía.

A Raffaele no se le escapó la broma, porque de repente se dibujó una sonrisa en su rostro, pero entonces le acarició el clítoris con el pulgar, y Vivi se convulsionó debajo de él, ajena de nuevo a todo lo que los rodeaba, mientras él volvía a apoderarse de sus labios.

Quería más, más… mucho más. No podía pensar en otra cosa. La

pasión descarnada de Raffaele la había sorprendido, y la halagaba, pero en cierto modo también la abrumaba.

Raffaele se dio cuenta de que no tenía un preservativo a mano. Pero seguro que Vivi tomaba la píldora, se dijo, reacio a parar para subir a su dormitorio a por uno. Temía que, en su ausencia, la belleza impulsiva que tenía entre sus brazos cambiara de idea, ¡porque le daría algo si eso ocurriera!

Sí, seguro que tomaba la píldora, o llevaba un DIU, o utilizaba algún otro de los métodos anticonceptivos que existían, se dijo, levantando los finos muslos de Vivi para hundirse en ella con la impaciencia de un hombre que estaba a punto de perder la cordura.

A Vivi se le escapó un gritó de dolor, y cerró los ojos con fuerza, azorada. Raffaele se quedó paralizado.

–¿Te he hecho daño?

–No, claro que no –replicó ella, ansiosa por ocultarle su falta de experiencia.

Le daba vergüenza decirle que a su edad aún era virgen.

–¿Y entonces… por qué…? –comenzó a preguntarle él.

–Es que me he dejado llevar por el entusiasmo –mintió Vivi, roja como una amapola.

Hundió el rostro en el cuello de Raffaele y aspiró su sensual olor a hombre, con el leve aroma de su colonia de fondo.

–*Grazie a Dio*… –murmuró él con alivio.

Raffaele recolocó sus caderas para continuar. Ese movimiento reactivó las terminaciones nerviosas de Vivi que se habían asustado con su primera embestida, y un cosquilleo chispeante descendió por la mitad inferior de su cuerpo. Su tensión se evaporó, y fue como si un río de lava recorriera sus venas, haciendo que se sintiera ardiendo por dentro y por fuera.

Raffaele se hundió un poco más en ella y empezó a mover las caderas. Un placer delicioso empezó a despertar en su pelvis, y a cada segundo que pasaba iba a más. Raffaele exhaló un profundo gemido de satisfacción y farfulló algo en italiano antes de inclinarse para tomar sus labios de nuevo.

Por un momento Vivi pensó que Raffaele ya había llegado al orgasmo y había dado aquello por concluido, y se dijo, decepcionada, que el sexo no era tan increíble como le habían contado. Pero entonces Raffaele empezó a moverse más deprisa y

todo cambió.

Raffaele inclinó su cuerpo hacia delante, levantándole más los muslos para sacudir sus caderas contra las de ella con un ansia descontrolada. Vivi echó la cabeza hacia atrás, y el calor que sentía por dentro se liberó como una onda expansiva que ya no podía ser contenida.

El corazón le latía a toda prisa, le faltaba el aliento, y su excitación fue en aumento al tiempo que los músculos de su sexo se tensaban con fuerza en torno a él. Y entonces esa ola de calor explotó dentro de ella y sintió como si estuviera flotando. Las sacudidas de placer la hicieron convulsionarse, y le arrancaron un intenso gemido de placer antes de que se derrumbase, saciada, deleitándose en los últimos coletazos del orgasmo.

–Ha sido increíble –murmuró Raffaele, apartando un tirabuzón cobrizo de su frente sudorosa.

Su profunda voz sonaba ronca y jadeante. Se quitó de encima de ella, para no aplastarla con su peso, y se tumbó a su lado. Se hizo un incómodo silencio y, aunque le pesaban los párpados, Vivi se esforzó por mantenerlos abiertos, y al girar la cabeza hacia él vio que Raffaele estaba mirando hacia abajo con el ceño fruncido.

–Estás sangrando…

Vivi se sonrojó, llena de vergüenza, y se incorporó apresuradamente, flexionando las piernas y rodeándose las rodillas con los brazos. La melena rizada cayó sobre su espalda, cubriéndola como una capa.

–Es que… era virgen –le confesó vacilante y horriblemente incómoda–. No pensaba que fuese a san-…

–¿Que eras… virgen? –exclamó Raffaele con incredulidad, dispuesto a rebatirle.

Sin embargo, se quedó paralizado al considerar los hechos con lógica… y recordar la advertencia del abuelo de Vivi. Una advertencia de la que no había hecho ningún caso, admitió con disgusto. Y todo porque había desdeñado la opinión del anciano con respecto a su nieta porque no coincidía con la suya. De hecho, no estaba acostumbrado a descubrir de repente que estaba equivocado en algo, y en ese momento se había quedado estupefacto.

–Bueno, tampoco importa tanto –murmuró Vivi aturulladamente, encogiéndose de hombros.

Se bajó con torpeza del sofá y se puso bien la ropa.

–Para ti debía ser importante si a tu edad aún no lo habías hecho con nadie –replicó él sin vacilar.

–No, es que… bueno, hasta ahora no me había interesado demasiado el sexo –murmuró ella–. Y no me preguntes por qué contigo es distinto por qué no sabría qué responder.

–Se llama «química» –contestó él, que aún estaba aturdido. Le resultaba difícil de creer que Vivi, con su piercing en el ombligo y sus zapatos de tacón, hubiese sido virgen hasta hacía unos momentos–. Y tengo que admitir que a mí también me sorprende.

Vivi volvió a encogerse de hombros.

–Lo hecho, hecho está. Dejémoslo.

Parecía tan joven a pesar de esas palabras, que Raffaele se sintió tremendamente viejo mientras se subía la cremallera de los pantalones.

–No sé si deberíamos dejarlo estar. Me temo que, por culpa de lo atraído que me siento por ti, hace un momento he tomado una decisión precipitada. Di por hecho que estarías tomando la píldora o usando algún otro método anticonceptivo y, como no tenía un preservativo a mano, no me preocupé por eso.

–Pero… es que no estoy tomando la píldora ni nada de eso… –murmuró, y se llevó una mano a la boca, llena de ansiedad–. Y eso significa que…

–Que pase lo que pase, estaré aquí, a tu lado. Cuando cometo un error lo admito y hago lo que puedo para rectificarlo –le dijo Raffaele muy serio, mientras se ponía la camisa.

A Vivi no le hizo mucha gracia que etiquetara lo ocurrido de «error».

–Pues este no lo puedes rectificar.

Raffaele esbozó una media sonrisa.

–De nada sirve angustiarnos por algo que no podemos cambiar. Por suerte no somos un par de adolescentes asustados.

–Eh… Sí, eso es cierto –concedió ella a regañadientes–. Pero no puedo creerme que decidieras pasar ese riesgo por alto.

–Ahora, a toro pasado… la verdad es que yo tampoco. Di por hecho que no habría ningún riesgo, lo cual fue irracional por mi parte.

–Yo creía que nunca hacías cosas irracionales –le dijo Vivi, sin

poder aguantarse.

–No te burles –la increpó Raffaele–. A mí también me sorprende. Espera… ¿por qué estás poniéndote los zapatos?

Vivi levantó la cabeza y parpadeó.

–Pues… para irme a casa.

Raffaele frunció el ceño.

–Ni hablar, te quedas a pasar la noche.

Vivi, que se había sentado en el sofá para calzarse, lo miró aturdida.

–Pero es que mi hermana se preocupará si no vuelvo.

–Pues llámala –la aconsejó Raffaele.

Tenía que aprovechar la ventaja que le daba que Vivi estuviera con la guardia baja. No quería que volviera a ponerse a la defensiva.

Vivi vaciló un momento antes de sacar el móvil de su bolso. Hacerlo en el sofá era lo que habrían hecho un par de adolescentes; pasar la noche juntos le parecía más adulto, más aceptable.

Todavía no se creía que lo hubieran hecho, y no sabía cómo había ocurrido, cosa que le inquietaba, pero tampoco quería verlo como un error. Mejor aceptarlo como una experiencia más en la vida, se dijo con firmeza. ¿Por qué hacer una montaña de un grano de arena o sentirse culpable por algo tan normal y cotidiano como el sexo?

–No volveré a casa hasta mañana por la mañana –le dijo a su hermana cuando contestó el teléfono–. He tomado mucho champán… demasiado champán –añadió. Y frunció el ceño al oírse decir eso, porque lo cierto era que ella no solía beber.

–¿Has estado bebiendo champán con Mancini? –exclamó Zoe con incredulidad.

–Es que era un champán buenísimo –mintió Vivi.

Tras despedirse de su hermana y colgar, se volvió hacia Raffaele. Su camisa, aún desabrochada, dejaba entrever su pecho bronceado y los marcados músculos de su abdomen.

–No suelo beber mucho, pero sí que debo haber bebido de más –murmuró.

–¡Venga ya! –la contradijo Raffaele–. Además, yo jamás lo haría con una mujer borracha. Deja de buscar excusas. Acepta que ha sido lo que ha sido y ya está.

El problema era que ella no sabía qué había sido lo que acababa de pasar. No era que se hubiese mantenido virgen por una razón específica. Años atrás, cuando había sido más joven y menos cínica, había soñado con que su primera vez fuera con un hombre del que estuviera enamorada. Sin embargo, un padre de acogida había intentado propasarse con ella, y esa experiencia había hecho que sintiera un rechazo hacia el sexo que le había costado superar. Además, nunca se había enamorado y, aunque su hermana mayor, Winnie, sí había encontrado el amor, que su historia hubiera tenido un final feliz no había sido para ella un camino de rosas.

De hecho, ella había dejado de soñar con encontrar el amor cuando había comprendido que a veces el amor iba acompañado de dolor y decepción.

Amar implicaba volverse vulnerable y, si podía evitarlo, no quería volver a sentirse tan vulnerable como en su niñez. De niña muchas veces había estado a merced de adultos que habían insistido en que sabían lo que era mejor para ella, aunque no fuera así y acabaran haciéndola sufrir. Por eso le costaba tanto confiar en nadie aparte de sus hermanas.

–¿Que acepte que ha sido lo que ha sido? –repitió–. ¿Y qué se supone que ha sido lo que acaba de pasar?

–Es igual –decretó Raffaele, antes de inclinarse para tomarla en volandas.

Seguir con esa conversación solo los llevaría de nuevo a adentrarse en aguas revueltas.

–¿Pero qué haces? –exclamó Vivi.

–Voy a llevarte arriba, para que puedas darte una ducha, y duermas un poco –le explicó Raffaele.

La verdad era que el plan no podía antojársele más atractivo a Vivi, que dejó que la llevara arriba, maravillada de lo cariñoso que estaba con ella de repente. Sin duda por el sexo, claro. Pero eso no sería ningún consuelo si pasadas unas semanas se encontraba con que estaba embarazada, pensó preocupada. A Winnie le había ocurrido; había pasado por un embarazo no deseado. Y como entonces aún había estado viviendo con Zoe y con ella, Vivi conocía todas las incomodidades que un embarazo traía consigo y la carga que suponían las constantes exigencias de un bebé. Por eso tenía muy claro que no quería seguir los pasos de su hermana.

Vivi acababa de demostrarle lo equivocado que había estado en todos los aspectos respecto a ella, y todavía estaba aturdido por haber descubierto que no se le daba tan bien como había creído hasta entonces juzgar el carácter de las personas.

Había acabado por comprender que Vivi sí podía haber sido, como ella le había dicho una y otra vez, una simple recepcionista, y que parecía lógico que no se lo hubiera parecido con esa ropa prestada por su hermana. Si eso era así, la había juzgado mal. Y un error de ese tamaño era algo difícil de digerir.

–Sigo odiándote, ¿sabes? –le advirtió Vivi cuando llegaron al cuarto de baño, fabuloso y moderno, y la dejó en el suelo.

–Podré soportarlo y vivir con ello –le aseguró él.

Era normal que lo odiase, después del daño que le había causado. No había dicho de ella que fuera una prostituta, pero tampoco había salido en su defensa en aquella ocasión porque la culpaba de los errores de su hermana y porque su empeño había sido asegurarse de que Arianna no se viera arrastrada también por aquel escándalo.

Cuando cerró la puerta y la dejó a solas, Vivi volvió a respirar. Todavía le costaba aceptar lo que había ocurrido entre ellos. Había hecho el amor con Raffaele di Mancini, un hombre al que detestaba con todas sus fuerzas. ¿Qué sentido tenía aquello? Claro que nada de todo lo que había pasado aquella noche tenía ningún sentido.

Ella se había comportado como una idiota, él también, y además le había sorprendido al reconocerlo. Se quitó la ropa y se metió en la ducha, pero al ver que era una ducha de hidromasaje, de esas que lanzaban varios chorros de agua en todas las direcciones, volvió a salir. No quería mojarse el pelo, ni tenía ganas de ponerse a averiguar para qué servía cada botón del panel de control. Fue hasta la bañera, puso el tapón y abrió el grifo. Cuando empezó a llenarse se sumergió en el agua caliente y contrajo el rostro cuando notó una ligera molestia entre las piernas.

Sí, había sido su primera vez y, ahora, en retrospectiva, debería habérselo advertido a Raffaele para que atemperara un poco su ímpetu. Se llevó las manos a las mejillas, que le ardían, aturdida todavía por haber cedido, como había hecho, a la tentación. Pero lo que Raffaele había dicho sobre la increíble química que había entre

ellos era verdad. El deseo que había despertado en ella era tan potente, que había sido incapaz de resistirse. Cuando había empezado a tocarla había dado por perdida la batalla, rindiéndose a ese deseo que había despertado en ella.

Se lavó, se secó y se puso un albornoz. Cuando salió del cuarto de baño, se encontró con que el dormitorio, iluminado por las lámparas de las dos mesillas de noche a ambos lados de la cama, estaba vacío.

Se sintió culpable al pensar que había hecho el amor con otro hombre a pesar de tener un novio. Daba igual que no hubiese química alguna entre Jude y ella. Se suponía que uno debía ser leal a su pareja y ella, que siempre había valorado la lealtad, le había engañado. Al día siguiente pondría fin a su relación con él. En esas circunstancias lo mejor que podía hacer era ser sincera.

Estaba empezando a acusar el cansancio, exacerbado –sospechaba– por el champán que había tomado y los sentimientos encontrados que la asaltaban. Lo mejor sería que se metiese en la cama y se durmiese, se dijo.

Raffaele se quedó mirando a Vivi, que yacía dormida en su cama, con la melena desparramada sobre los blancos almohadones. Tenía los labios ligeramente hinchados por sus besos, sus delicadas facciones estaban completamente relajadas, y a él lo tenía hipnotizado. ¿Por qué tenía que ser tan hermosa?

¿Y por qué cada vez que la tenía cerca le costaba pensar con claridad? Al principio de la velada había tenido un objetivo muy claro: persuadir a Vivi, por cualquier medio, de que se casara con él.

¿Qué había sido de ese objetivo? ¿Y por qué la había llevado a su dormitorio, en vez de a una de las habitaciones para invitados? Jamás había perdido el control de esa manera con una mujer; jamás había corrido esa clase de riesgos.

Esos pensamientos, tan inusuales en él, provocaron en él una sensación de fracaso y de desprecio a sí mismo. En vez de centrarse en lo que tenía que hacer para proteger a su hermana, se había dado un revolcón con Vivi. Peor aún: aquello no haría sino complicar más la situación, ya de por sí espinosa y haría más difícil

que llegaran a un acuerdo, se lamentó, y salió, cerrando la puerta tras de sí. Se fue a dormir a la habitación de invitados junto a la suya.

Su móvil sonó al alba, cuando ya estaba despierto. Seguía en la cama, observando cómo iba alzándose el sol en el firmamento a través de las ventanas. Pensando que pudiera tratarse de una emergencia, porque muy poca gente tenía su número privado, contestó de inmediato.

–¿Diga?

–Soy Stam Fotakis. Llamaba para informarle de que la boda se celebrará dentro de tres semanas, el día veinticinco.

Raffaele frunció el ceño.

–Pero… –comenzó a protestar.

–¡Nada de peros! ¡No me discuta! –lo cortó Fotakis enfadado–. Mi nieta ha pasado la noche con usted y la fecha de la boda está fijada. Se lo advertí. Enviaré a la prensa este fin de semana el dosier sobre su hermana a menos que confirme la fecha que le he dado.

A los pocos minutos, en la habitación contigua, Vivi recibió también una llamada a su móvil.

–¿Abuelo? –contestó adormilada. Le costaba abrir los ojos–. ¿No te parece que es un poco temprano para llamar?

–Has pasado la noche con Mancini. Te casarás con él el día veinticinco de este mes, ¡y no quiero oír ni una queja al respecto! ¿Lo has entendido?

Vivi se incorporó como un resorte, con las mejillas ardiendo.

–¿Cómo sabes dónde he pasado la noche? –inquirió aturdida.

–Por tus guardaespaldas –le contestó su abuelo con aspereza–. No discutiremos más de este asunto.

Vivi se vistió a toda prisa, irritada por tener que volver a ponerse la ropa del día anterior. Aquel conjunto, que al salir de casa le había parecido una buena idea para avergonzar a Raffaele, ahora la avergonzaba a ella. ¿Habría interpretado Raffaele que estaba insinuándose con ese atuendo? Claro que tampoco era que ya importara mucho. Había perdido el control, había sido incapaz de detenerlo a tiempo. Había ignorado a la voz de su conciencia, que le había advertido que seguir adelante sería un error monumental.

No podía echarle la culpa al champán, ni a Raffaele, que probablemente no era muy distinto de otros hombres, que no desaprovecharían la ocasión cuando una mujer se lo ponía en bandeja. No, no podía culpar a nadie más que a ella misma.

Parecía un castigo divino que ahora tuviese que salir a hurtadillas de la casa y pasar toda la vergüenza del mundo andando por la calle de esa guisa. Pero el peor castigo era lo humillante que resultaba que su abuelo se hubiera enterado de que había pasado la noche con Raffaele.

Vivi estaba ya a mitad de la escalera, pisando con el mayor sigilo posible, cuando vio a Raffaele salir del comedor. Se puso roja como una amapola y apretó los labios, tensa. Estaba guapísimo, con un traje gris oscuro a medida que resaltaba su musculosa figura y su extraordinario porte. Emanaba una apabullante seguridad en sí mismo que la exasperó porque ella, en cambio, se sentía atormentada e insegura.

–¿A ti también te ha despertado el teléfono? –inquirió Raffaele.

–La verdad es que tengo un poco de prisa. No puedo pararme ahora a charlar.

–¿Prisa por qué? Si es sábado por la mañana… Ven a desayunar –le dijo él, antes de volver a entrar en el comedor.

Vivi lo siguió, pero se detuvo en el umbral de la puerta.

–Eh… gracias, pero no creo que deba. Si me dices dónde está mi gabardina…

–Venga, siéntate; te llevaré a casa cuando hayamos acabado de desayunar.

Aquel hábito de Raffaele hacía que le entraran ganas de chillar y tirarse de los pelos. Ni siquiera la escuchaba; él seguía a lo suyo.

–He dicho que no, gracias –repitió Vivi con aspereza.

Raffaele apartó una silla de la mesa para que se sentara y la miró expectante.

–Sé razonable, *cara*.

Vivi se sentía como una niña a la que hubieran pillado intentando escaparse para evitar un castigo, una analogía demasiado humillante. Aún más tensa, avanzó con paso rígido y se sentó.

–No tengo nada más que decirte.

–*Non importa*. Yo sí que tengo unas cuantas cosas que decirte –

replicó él con esa voz aterciopelada.

En ese momento apareció el mayordomo y le preguntó a Vivi si prefería té, café o chocolate caliente. Como necesitaba algo dulce para levantarse un poco la moral, se decantó por el chocolate.

Cuando el mayordomo se hubo retirado, Raffaele le dijo:

–Según tu abuelo, nos casamos el día veinticinco.

–Me da igual lo que haya dicho. No puede darme órdenes –replicó ella, mientras untaba mantequilla en una tostada.

Intentó no pensar en las consecuencias que su negativa podría acarrear a sus padres de acogida. Claro que Winnie había pasado por el aro y se había casado con Eros, aunque en aquel momento era lo último que habría querido hacer. ¿Por qué habría de tasar más alto su orgullo que el de Winnie? ¿Por qué no podía interpretar su papel para evitar la confrontación con su abuelo, como había hecho Winnie?

Quizá porque en su infancia y su adolescencia la habían privado demasiadas veces de la posibilidad de elegir. Y ahora que se le estaba ordenando que hiciera algo con lo que no estaba de acuerdo, solo podía pensar en rebelarse.

–¿Recuerdas de los despidos que te mencioné que estaba pensando en hacer? No es ningún secreto que sobra personal… –apuntó él con frialdad.

–¿Me estás chantajeando?

–Así es –asintió Raffaele.

Desesperada, Vivi pensó en John y en Liz, en que no podía permitir que perdieran su hogar, donde aún continuaban acogiendo y ayudando a adolescentes con problemas. Estaba en deuda con ellos por la ayuda que le habían prestado a ella. Cuando la habían acogido bajo su cuidado, era una niña irascible, desconfiada y temerosa, y eso solo había hecho del mundo un lugar aún más aterrador.

¿Y qué pasaría con sus compañeros de trabajo? La gente tenía hipotecas y alquileres que pagar, préstamos que devolver, reservas hechas para las vacaciones, hijos a los que criar… Perder su empleo podría destrozarles la vida y el estrés resultante también podría destruir sus relaciones personales.

Raffaele estaba depositando una gran responsabilidad en sus manos, y lo detestaba por ello, porque difícilmente podría ignorar

esa responsabilidad y decir no a esa boda que su abuelo y él estaban decididos a que se escenificase.

–Y si dijera que sí… ¿qué pasaría? –inquirió–. ¿No habría despidos?

–Podría posponerlos por un tiempo.

–De manera permanente –regateó Vivi.

No podía creerse que estuviese accediendo a esa boda a la que tanto se había resistido.

–No puedo comprometerme a eso –contestó Raffaele–. Un empresario tiene que pensar en el negocio y en los beneficios.

–Pues eso no va conmigo. ¡Para mí lo importante son las personas! –replicó Vivi con ardor.

–Podría paralizar los despidos por un año –ofreció Raffaele.

–Tres años –sugirió Vivi.

Raffaele frunció el ceño.

–Es demasiado tiempo. En tres años Hacketts Tech podría irse a pique –le advirtió él.

Sus palabras dejaron consternada a Vivi, que no había considerado la posibilidad de que la supervivencia de la empresa estuviese en juego.

–Entonces… dieciocho meses –regateó desesperada–. Y deberás avisar con suficiente antelación a los empleados de lo que se avecina.

Raffaele se echó hacia atrás en su asiento. Sus ojos negros brillaban como un cielo estrellado.

–Muy bien, dieciocho meses y transparencia –claudicó–. Y el día veinticinco nos casamos.

–Solo sobre el papel –le recordó ella con aspereza.

–A menos que estés embarazada, porque, si fuera así, la cosa cambiaría por completo –murmuró Raffaele.

–Eso sería una pesadilla –dijo Vivi. La idea de pasar por un embarazo y ser madre le daba pavor–. Pero es poco probable, ¿no?

Raffaele se encogió de hombros.

–No querría hacer predicciones. La verdad es que nunca me había encontrado en esta situación. ¿Cuándo podrás saber si lo estás o no?

A Vivi se le encendieron las mejillas e hizo un cálculo rápido.

–Dentro de unos diez días.

–Pediré cita a un médico e iremos juntos –decretó Raffaele–. Así sabremos a qué atenernos.

–Eso no es necesario; puedo hacerme una prueba de embarazo en casa.

–Me fío más de un médico si queremos estar seguros al cien por cien –replicó él sin vacilar.

Vivi inspiró profundamente para no perder los estribos, apretó los dientes y se concentró en su tostada, aunque con lo irritada que estaba le supo a serrín.

¿Cómo había podido hacerlo con un hombre que la ponía así de furiosa? Cada vez que se ponía en plan autoritario le entraban ganas de pegarle un puñetazo. ¿Tan acostumbrado estaba a que todo el mundo hiciera siempre lo que ordenaba? ¿Es que nadie se había atrevido a intentar bajarle nunca los humos? ¿Por qué siempre creía que tenía razón?

Claro que nada de eso importaba ahora que no le había quedado más remedio que claudicar. Su conciencia la había obligado a aceptar sus condiciones. La había chantajeado sin la menor pizca de vergüenza o compasión.

¿Cómo habría podido quedarse callada cuando la había amenazado con despedir a compañeros de su empresa, cuando tenía la posibilidad de minimizar ese daño? Eso habría sido terriblemente insensible por su parte.

Lo malo era que las repercusiones de su decisión de capitular se extenderían como las ondas que se formaban al arrojar una piedra al agua. Zoe se encontraría entre la espada y la pared cuando su abuelo la presionase para que ella también se casase.

Por lo menos su abuelo estaría satisfecho de saber que había claudicado, aunque no se le pasaría el enfado, pensó recordando su llamada de esa mañana, sintiendo como se le subían los colores a la cara. La llenaba de vergüenza que su abuelo estuviera al tanto de su error de cálculo.

¿Error de cálculo?, se preguntó a sí misma, profundamente irritada. No podía llamarse así porque no era algo que ella hubiese hecho con premeditación. De hecho, la pasión, una pasión que jamás habría esperado sentir, había desplazado a la razón y al autocontrol. Una pasión que ahora, en retrospectiva, se le antojaba aterradora. Había intentado excusarse a sí misma echándole la

culpa al champán, pero no había bebido tanto.

Raffaele la miraba como un halcón, observando las fugaces expresiones que cruzaban su rostro, preguntándose qué estaría pensando. También se preguntaba por qué no se sentía triunfante cuando había conseguido evitar la amenaza de Fotakis de destruir la felicidad de su hermana. En vez de eso se sentía enfadado, más enfadado de lo que jamás había pensado que podría llegar a sentirse.

Estaba furioso con Fotakis por sus tácticas chantajistas, pero más aún por el hecho de que Vivi lo hubiese obligado a rebajarse al nivel de su abuelo y chantajearla también. Era la primera vez en su vida que había hecho algo así.

¿Y qué pasaría si estaba embarazada? Resopló entre dientes, negando para sus adentros que eso pudiera ocurrir. ¿Qué posibilidades había? Intentó imaginarse con un bebé a su cargo, y le vino a la mente el recuerdo de Arianna, berreando a pleno pulmón el día de su bautizo, en brazos de su madrastra mientras su padre, a su lado, se esforzaba valerosamente por comportarse como si fuese normal que su esposa estuviera colocada hasta las cejas.

Entonces él no había tenido más que ocho años, y era la única vez que había tenido cerca un bebé. Debería haberse comportado de un modo más responsable con Vivi. Había sido muy descuidado, dejándose llevar por ese deseo que había sido incapaz de refrenar. Sin embargo, de inmediato se reprendió por esos pensamientos tan negativos y por estar poniéndose en lo peor. El destino lo había hecho muy afortunado en los negocios. ¿Por qué no habría de ser afortunado también en lo personal?

Capítulo 5

QUE no está en casa?! –exclamó Raffaele.

Zoe Mardas, la hermana de Vivi, una rubia bajita y delicada como una muñeca, se quedó mirándolo asustada por el ímpetu con que había repetido sus palabras.

–¿No te dijo que iba a salir? –musitó ella.

Raffaele omitió el hecho de que no había hablado con Vivi desde el día en que había claudicado en lo la boda. Estaba seguro de que había bloqueado su número en el móvil porque la había llamado varias veces y ella no había contestado. No le había dejado otra opción más que presentarse en su casa sin avisar. Y era imperativo que hablase con ella antes del día de la boda. No podía mantener la boda en secreto, y eso suponía que todos sus parientes asistirían a la ceremonia y se verían envueltos en aquella farsa con él.

–¿Sabes dónde ha ido? –le preguntó. Parecía muy cándida, y confiaba en poder sonsacarle esa información–. Podría ir allí y hablar con ella.

Zoe se sonrojó y levantó un pie y luego el otro, nerviosa, como un gato al que hubieran obligado a pasar por encima de unas brasas.

–Me temo que eso no sería muy apropiado.

Raffaele frunció el ceño, y su rostro se ensombreció.

–¿Por qué no?

–Porque está con su novio –balbució Zoe mirándolo angustiada, como si temiera que fuera a ponerse hecho una furia con ella.

–¿Con su novio? –repitió él tratando de mantener cara de póquer–. Entonces la esperaré aquí.

–Pero… es que no sé si es lo que ella espera que hagas… –

murmuró Zoe nerviosa.

Precisamente por eso era lo que iba a hacer. Porque no esperaría encontrarlo allí. Pasó al salón y se volvió hacia la joven con una sonrisa para calmarla.

–Tú ponte a hacer tus cosas –le dijo–; olvídate de que estoy aquí.

–¿Te apetece un café… o algo? –musitó su reticente anfitriona.

Saltaba a la vista que preferiría que se fuera, pero era demasiado miedosa como para atreverse a discutir con él.

–No, no quiero nada, gracias –respondió Raffaele, yendo hasta la ventana para mirar la calle.

Era curioso lo distintas que eran las dos hermanas, pensó cuando Zoe abandonó el salón, dejándolo solo. Si Fotakis lo hubiese chantajeado para que se casase con la pequeña, todo habría sido mucho más fácil.

Pero la verdad era –y le sorprendió descubrir que pensaba de ese modo– que respetaba el valor de Vivi y su fuerte carácter. Era un hueso duro de roer. Y ahora se enteraba de que tenía un novio, cosa que no le había mencionado, y resultaba que seguía viéndose con él cuando solo faltaban dos semanas para la boda.

¿Cómo se suponía que debía sentirse al respecto? Vivi no había tenido relaciones hasta hacía una semana, cuando había perdido la virginidad, entregándose a él. Y, al menos para él, eso lo había cambiado todo. ¿Habría decidido practicar con ese su novio lo que había aprendido con él? ¿Y por qué le había ocultado que tenía un novio?

Pero… ¿y qué si también estaba acostándose con su novio? ¿Por qué habría de importarle? Sin embargo, el solo imaginarla con otro hombre hacía que una furia ciega se revolviera dentro de él. Se había vuelto muy posesivo con respecto a Vivi desde que había descubierto que su primera vez había sido con él. Y era la primera vez que una mujer lo hacía reaccionar así.

Apretó los dientes. Él nunca había sido celoso. Para él el sexo siempre había sido algo sin ataduras. No le gustaba sentirse atado, ni que las mujeres con las que se acostaba se formasen expectativas con respecto a él.

Pero desde aquella noche no había estado con ninguna otra mujer, ni lo haría, porque, de alguna manera, le había parecido que estaría mal ahora que Vivi y él iban a casarse, aunque solo fuese

sobre el papel. Sin embargo, estaba claro que ella no tenía esos dilemas morales.

Además, no había sido sincera con él, y eso le enfurecía. Por no mencionar que había cortado toda comunicación desde aquel día, dos semanas atrás. Y ahora que había ido a hablar con ella se encontraba con que estaba viéndose con otro hombre y que lo había mantenido en secreto. Normal que no se fiara de ella. ¿Cómo iba a confiar en ella con cosas así?

Vivi recibió un mensaje de Zoe advirtiéndole de la «visita» de Raffaele a mitad de la difícil tarde que estaba haciéndole pasar Jude. Este acababa de regresar del extranjero, de un torneo internacional de artes marciales en el que había ganado una medalla, y estaba de tan buen humor que le había dicho que tenían que salir a tomar una copa para celebrarlo.

En cuanto vio la ocasión, Vivi se sinceró con él y le dio la excusa que había decidido que era mejor dadas las circunstancias: que había estado viéndose con otra persona en su ausencia. Jude parecía habérselo tomado bien, pero cada vez que ella había intentado decirle educadamente que tenía que irse, él había impedido que se marchara, insistiendo en que podían seguir siendo amigos.

Y ella, como se sentía culpable, había accedido a quedarse un rato más. Además, la idea de tener que enfrentarse a Raffaele al llegar a casa hacía que le entrasen sudores fríos. De hecho, desde que se había marchado de casa de Raffaele aquella mañana después de desayunar con él, había estado evitándolos a su abuelo y a él.

Sin embargo, había ido a una boutique y había comprado un vestido de novia carísimo con todos sus accesorios con cargo a su abuelo. Interpretaría su papel en la boda y ahí acabaría todo. No tenía sentido darle más vueltas cuando no tenía elección.

Winnie se había mostrado de acuerdo con ella en que no le serviría de nada, y le había parecido excesivo que Raffaele la hubiese chantajeado como había hecho para obligarla a claudicar.

Cuando por fin volvió a casa, iba pensando con amargura en lo triste que era hasta dónde estaba dispuesto a llegar Raffaele por sacarle dinero a su abuelo.

Al entrar en el salón vio que estaba de pie frente a la ventana. En cuanto posó sus ojos en ella la recorrió un cosquilleo. La sombra de barba en su rostro resaltaba la sensual forma de sus labios, y al recordar cómo habían abrasado los suyos, sintió que el valle entre sus senos se perlaba de sudor.

–¿Dónde estabas? –le preguntó Raffaele, y la miró de arriba abajo.

–No es asunto tuyo –contestó ella, alzando la barbilla–. Accedí a casarme contigo, no a tenerte informado de cada uno de mis movimientos.

Raffaele echó los hombros hacia atrás y frunció el ceño.

–Se te olvidó mencionar que tienes novio.

Zoe debía haberle contado lo de Jude. No habría estado de más que también la hubiera avisado de eso en el mensaje que le había mandado, pensó. Pero dejó a un lado su inquietud y echó la cabeza hacia atrás, haciendo que sus rizos cobrizos rebotaran contra sus hombros y sus mejillas.

–¿Y eso es asunto tuyo?

–Nos casamos dentro de dos semanas.

–Sí, pero no es una boda de verdad –le recordó ella–. Y hasta entonces soy libre de hacer lo que me plazca.

–No cuando puede que estés embarazada de mí –le espetó Raffaele enfadado–. ¡Aunque solo fuera por eso deberías mantenerte lejos de otros hombres!

Los ojos de Vivi relampagueaban de ira. ¿Por qué se creía con derecho a decirle lo que podía o no hacer?, se preguntó furiosa. Y, sin embargo, era incapaz de apartar los ojos de él, y eso no hacía sino enfurecerla aún más.

–Es muy poco probable que lo esté, y pienso seguir saliendo con quien me dé la gana –le contestó ella, desafiante–. No te pertenezco. ¡No te comportes como si fuera de tu propiedad!

–No he hecho nada de eso –replicó Raffaele, sus apuestas facciones rígidas como el granito–. Pero ahora mismo no estás en posición de andar yendo con otros hombres.

–¿Por qué?, ¿porque lo digas tú? –le espetó Vivi.

La tensión entre los dos se palpaba en el ambiente. Había un brillo amenazante en los ojos de Raffaele, pero una parte de ella ansiaba acercarse más, acariciar sus labios para borrar la rigidez

que había en ellos, inspirar su aroma, sentir su calor…

¿Cómo podía estar pensando en esas cosas? Después del modo en que la había tratado, del modo en que la había chantajeado… ¿Por qué seguía teniendo ese efecto en ella? La única manera que tenía de protegerse era mantenerlo a distancia. Y, si eso hacía que se enfadara, que así fuera.

–¿De verdad necesitas que te explique por qué?

–Pues me temo que sí, porque no acabo de entenderlo –admitió ella temblorosa–. No veo por qué nada de lo que haga o deje de hacer tendría que ser asunto tuyo antes o después de esa estúpida boda. No tenemos una relación ni nada de eso.

–*Che diavolo*! –exclamó él con ira contenida, andando arriba y abajo, como un volcán a punto de entrar en erupción–. Si resulta que estás embarazada, ¿por qué tendría que creer que el hijo es mío y no de algún otro?

Sus palabras fueron como una bofetada para Vivi, que sintió que el odio y la rabia que sentía hacia él la envolvían, como una enorme llamarada. ¿Creía que después de hacerlo con él había ido corriendo a meterse en la cama de otro hombre?, ¿que era una ramera y no podía esperar de ella que se comportase con decencia? Incrédula ante semejante insulto, abandonó el salón y se dirigió al vestíbulo.

–¿Adónde vas? –la increpó Raffaele, yendo tras ella.

Lívida de ira, Vivi abrió la puerta de par en par, se volvió hacia él y se quedó mirándolo expectante.

–Estoy esperando a que te marches.

–No pienso hacerlo.

–O te vas, o llamo a la policía para que te echen de aquí –le advirtió Vivi con fiereza–. Eres un hombre odioso, arrogante e insensible, ¡y no quiero nada contigo! ¡Fuera!

–Solo he dicho la verdad. He dicho en voz alta lo que cualquier hombre en mi lugar pensaría –se defendió Raffaele.

–¡He dicho fuera! –repitió Vivi–. No sé cómo te atreves a insultarme, a sugerir que después de cometer ese error contigo iría a repetirlo con otro. ¿Quién diablos te crees que eres? Y, si esperas que después de esto me case contigo, ¡estás muy equivocado!

–Vivi… –murmuró él, levantando las manos en un ademán apaciguador.

Era inútil; el rostro de Vivi era una máscara impasible y sus ojos

echaban chispas.

–¡Fuera! –le gritó con impaciencia.

Raffaele se marchó, rojo de ira y con un profundo descontento. Habría querido saber quién era ese novio suyo, cuánto tiempo llevaba con él y dónde habían estado esa tarde, pero, por inexplicable que fuera, no le había hecho ninguna de esas preguntas. ¿Por qué?

Probablemente porque, como estaba furioso porque sospechaba que se estaba acostando con ese hombre, era incapaz de pensar en otra cosa. Pero, aparte de eso, y de lo que implicaría si se hubiera quedado embarazada, ¿por qué estaba tan enfadado?

No podía ser que estuviera celoso. Nunca había sido celoso; jamás había sentido celos de nadie. Siempre mantenía sus emociones bajo control e ignoraba todo lo negativo, se recordó. Sin embargo, había perdido el desapego que tanto valoraba, y había conseguido ofender a Vivi hasta el punto de que ahora se negaba a casarse.

Pero seguro que no lo había dicho en serio, se dijo, intentando convencerse. Seguro que no. No cuando las personas que le importaban tenían tanto que perder…

A la mañana siguiente Vivi estaba metiendo ropa en una bolsa de viaje cuando Zoe se asomó a la puerta abierta de su dormitorio.

–Te oí discutiendo anoche con Raffaele, cuando llegaste a casa –murmuró–. Y te oí decirle que no ibas a casarte con él.

–Sí, y se negaba a escucharme –masculló Vivi furiosa, entre dientes–. Nunca escucha lo que no le interesa oír. Pues pronto descubrirá que hablaba en serio.

–¿Adónde te vas?

–Me voy unos días a casa de John y Liz. Necesito un respiro y todavía me quedaban días de vacaciones. Si me doy prisa, podré tomar el primer tren –apuntó Vivi. Alzó la vista y miró preocupada a su hermana pequeña–. ¿Estarás bien aquí sola?

–Pues claro –le aseguró Zoe. Le quitó de las manos un top que estaba todo arrugado, lo dobló bien y lo metió en la bolsa de viaje–. Si no te casas con él… ¿qué pasará con John y Liz?

Vivi tragó saliva y palideció al pensar en las posibles

consecuencias de su negativa a casarse con Raffaele.

–No lo sé. Ya pensaré en algo –le prometió.

Raffaele siempre se había enorgullecido de sus nervios de acero, pero como solo faltaban cuarenta y ocho horas para la boda y Vivi aún no había regresado, se decidió a ir de nuevo a su casa para preguntarle a su hermana si sabía dónde estaba.

–En casa de nuestros padres de acogida –le dijo Zoe–. Creía que lo sabías.

Raffaele apretó los dientes, le pidió la dirección e hizo las gestiones necesarias para que su piloto lo llevara allí en helicóptero. No sabía qué le diría cuando la viera.

Se planteó la posibilidad de contarle la verdad, hablarle del dosier sobre Arianna con el que lo estaba chantajeando su abuelo, pero eso sería como destapar la caja de Pandora y temía qué pudiera pasar. ¿Le importaría siquiera a Vivi que su abuelo estuviera amenazándolo con destruir la felicidad de su hermana?

¿Y si el contarle lo que estaba pasando causaba problemas entre su abuelo y ella? Si así fuera, dudaba que el viejo se diera por vencido, y temía que cumpliera sus amenazas hacia Arianna. Como no tenía respuesta a esas preguntas, decidió que tendría que diseñar su estrategia después de haber hablado con ella.

Estaba siendo una mañana muy difícil para Vivi. Llevaba diez días en la hogareña y bulliciosa granja de sus padres de acogida. Las cosas no habían cambiado mucho por allí. Cada mañana el ritual seguía siendo el mismo entre sus habitantes: cola para usar el único cuarto de baño que había en la casa, golpes en la puerta de este, voces, riñas, carreras escaleras arriba y abajo…

Solo cuando oyó la camioneta de John, alejándose para llevar a los chicos al colegio, se decidió a salir de la habitación de la buhardilla en la que dormía. Se oía un ruido de platos en la cocina, donde estaba Liz, recogiendo el desayuno. Bajó las escaleras de puntillas y entró en el baño, que por fin se había quedado vacío.

Tenía el corazón en un puño cuando abrió la caja de la prueba de embarazo que había comprado el día anterior. Se le estaba

retrasando la regla, cosa que nunca le había pasado porque era regular como un reloj.

Además, lo que había creído que eran molestias premenstruales se habían intensificado en los últimos días sin que le bajara la regla. Había esperado y esperado, confiado y rezado, pero lo sensibles que se notaba los pechos, las náuseas que sentía de vez en cuando, y otros cambios inusuales que estaba experimentando la tenían preocupada.

No podía ser verdad, no podía ser verdad…, pensaba mientras se hacía la prueba con manos temblorosas y se sentaba a esperar el resultado. No podía estar embarazada de un hombre al que odiaba… El destino no podía ser tan cruel…, se dijo entrelazando las manos y apretando la una contra la otra. Sin embargo, lo habían hecho sin preservativo; se merecería lo que pudiera pasar por haber actuado de un modo tan imprudente.

No era una ignorante; conocía los riesgos tan bien como cualquier otra mujer. Pero por desgracia el sentido común no la había acompañado en esa ocasión y ahora empezaba a darse cuenta de que la pasión podía ser más peligrosa de lo que había pensado, y de que la pasión descontrolada podía acarrear consecuencias que podrían cambiarle la vida.

Al escuchar por la ventana el irritante ruido de un helicóptero contrajo el rostro. Le dolía la cabeza; es noche había dormido fatal. Resultaba irónico haber huido en busca de paz al lugar que una vez había sido su hogar y descubrir que no la encontraría en ningún sitio porque no podía huir de las repercusiones de su decisión de negarse a casarse con Raffaele.

Incluso en ese momento, cuando ya era tarde para echarse atrás, se encontró enumerándolas mentalmente una vez más: la terrible posibilidad de que Liz y John perdieran su hogar, el trastorno que supondría para los chicos que dependían de ellos, que ya no contarían con esa seguridad…

Y sabía cuál era el precio que pagarían; sabía mejor que nadie cuál era el precio de cambiar constantemente de hogar de acogida, se recordó angustiada. Y luego estaban todas las personas que podrían perder su empleo en Hacketts Tech; tantas vidas quedarían destrozadas…

Por no mencionar que su abuelo probablemente jamás la

perdonaría por haberlo desafiado, aunque tampoco era como si ansiara su cariño ni su buena opinión.

En resumen, había llegado a la conclusión de que era tremendamente egoísta por negarse a llevar a cabo aquella farsa de casarse con Raffaele. Por su arrebato se encontraba ahora en un callejón sin salida y se despreciaba a sí misma.

Al acordarse de la prueba de embarazo, dejó a un lado esos pensamientos tan desalentadores y miró su reloj de pulsera antes de levantarse para comprobar cuál había sido el resultado. Cuando lo vio sintió mareos. Con la boca seca, se sentó en el borde de la bañera porque tenía la sensación de que no podría mantenerse en pie mucho más.

El pánico se apoderó de ella. Un bebé… iba a ser madre de un bebé… Aquel surrealista concepto terminó por desbaratar su compostura. Cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos, pero el resultado de la prueba seguía siendo el mismo.

Pensó en su sobrino, Teddy, y sus facciones se relajaron un poco porque lo adoraba. Si iba a tener un pequeño como él lo querría con todo su corazón y se esforzaría por ser una buena madre. Tenía mucho amor que dar, a pesar de que en ese momento la agobiara el pensar en todas las dificultades que tenía por delante.

Por un instante se planteó la posibilidad de no tener ese hijo, pero la rechazó de inmediato. No sería capaz de abortar; estaba segura de que si lo hiciera el sentimiento de culpa la perseguiría toda la vida.

Si su hermana Winnie hubiera tomado ese camino, Teddy no existiría, y la idea de que podría no haber conocido a su sobrinito la espantaba. No, tendría a aquel bebé, fueran cuales fueran las consecuencias. Aunque su embarazo supusiera una decepción para sus padres de acogida, que habrían esperado de ella que hubiera sido más responsable. Y respecto a su decisión de no casarse con Raffaele, se mantendría en sus trece, aunque se expusiera a la ira de su abuelo y angustiase a sus hermanas por negarse a hacer lo que se suponía que tenía que hacer.

–¡Vivi! –oyó que la llamaba Liz desde el piso de abajo.

Preguntándose cuánto tiempo llevaría allí sentada, aturdida, pensando en cómo había cambiado de repente su futuro, Vivi se puso de pie y se deshizo de la prueba de embarazo antes de bajar

las escaleras.

Cuando entró en la cocina se paró en seco al ver a Raffaele sentado en la mesa con una taza de café.

–Vivi… tienes visita –le dijo Liz con una sonrisa–. ¿Cómo es que no nos habías dicho nada?

–¿Nada de qué? –inquirió Vivi desconcertada.

–Pues que según parece ibais a casaros pasado mañana, pero Raffaele y tú tuvisteis una fuerte discusión y tú has decidido cancelar la boda –contestó Liz con tristeza–. Tenía la sensación de que había algo que no iba bien, pero pensé que, cuando te sintieras preparada para contármelo, lo harías.

Al saber que Raffaele se lo había contado todo a Liz, Vivi se tensó aún más. ¿Qué diablos estaba haciendo allí? ¿Y cómo había averiguado dónde estaba?

Raffaele, ajeno a la consternación y la vergüenza que sentía en ese momento, se levantó de la silla y la miró de arriba abajo. Vivi iba vestida con ropa informal, con una camiseta verde de manga larga, unos vaqueros y unos botines, y no llevaba maquillaje alguno. Se había recogido el cabello con una pinza, y algunos rizos sueltos caían en torno a su rostro. Sus bonitos ojos azules estaban sombríos, su palidez hacía resaltar las pequeñas pecas de sus mejillas, y tenía los labios apretados en una fina línea.

–Confiaba en que pudiéramos hablar ahora que has tenido ocasión de pensar con tranquilidad –le dijo en un tono quedo.

Una mezcla de arrepentimiento y desprecio a sí misma asaltó a Vivi. Se le saltaron las lágrimas, pero parpadeó para contenerlas. ¿Cómo podían haberse torcido las cosas de esa manera? Raffaele era el padre del hijo que llevaba en su vientre, y no solo no la amaba, sino que además no le importaba lo más mínimo. La llenaba de vergüenza haberse entregado a él.

Dos años atrás se había encaprichado de él y había acabado detestándolo. Siempre le había resultado difícil perder a las personas que quería y lidiar con el rechazo. Aunque apenas recordaba a sus padres porque habían muerto cuando ella era muy pequeña, los echaba muchísimo de menos. También le había costado tener que abandonar algunos hogares de acogida en los que había estado contenta. Cada vez que había pasado se había preguntado constantemente si habría algo malo en ella, algún

motivo por el que no le gustaba a la gente, y eso había minado la poca confianza que tenía en sí misma.

Cuando Raffaele había reaparecido en su vida, habían vuelto a aflorar toda una serie de sentimientos encontrados, porque le había hecho mucho daño cuando le había dado la espalda después de aquel escándalo de la falsa agencia de modelos.

Siempre le había costado relegar al olvido las cosas malas que le pasaban, y su autoestima había quedado hecha pedazos cuando había descubierto que el hombre por el que había empezado a sentir algo había estado presto a creer que era una prostituta. Una y otra vez había analizado su comportamiento con él, preguntándose si habría hecho o dicho algo equivocado que hubiera podido darle una impresión tan errónea de ella.

–¿Quieres desayunar, Vivi? –le preguntó Liz.

–No, gracias.

La sola idea de comer nada hacía que le entraran náuseas. Tuvo que hacer un esfuerzo para no quedarse mirando a Raffaele. Estaba tan guapo, tan elegante con el traje que llevaba, aunque desentonara un poco allí de pie, en la vieja cocina de sus padres de acogida. Se notaba como si le faltara el aliento, y la boca se le había puesto terriblemente seca.

–Creo que me haré un té –dijo, desesperada por buscarse algo que hacer.

–Deja, ya te lo hago yo –replicó Liz, yendo a encender la hervidora–. Raffaele y tú tendréis mucho de que hablar.

A Vivi se le cayó el alma a los pies. Lo cierto era que sí, admitió para sus adentros, pensando en el hijo que habían concebido. Por más que quisiera, no podía ocultárselo. Winnie le había ocultado su embarazo a Eros, y eso había le acarreado un montón de complicaciones. Ella no cometería el mismo error. Rehuyendo la mirada inquisidora de Raffaele, tomó la taza de té que le tendía Liz y le dijo:

–Salgamos al jardín.

Capítulo 6

NO me puedo creer que le hayas contado a Liz lo de la boda –murmuró Vivi.

Se sentó en el banco que había bajo el cerezo en flor y dejó la taza de té a su lado.

–Y yo no me puedo creer que tú no se lo hayas dicho –repuso Raffaele–. ¿Acaso esperabas que el problema desapareciera si huías de él?

Vivi se sonrojó, cabizbaja, y apretó los dientes. No se enorgullecía de su comportamiento, pero es que la situación la había sobrepasado. Al encontrarse atrapada entre las exigencias de su abuelo y las de Raffaele, por no mencionar las de su propia conciencia y las expectativas de sus hermanas, había acabado haciendo como el avestruz, que esconde la cabeza en la arena para rehuir los problemas.

–Los preparativos de la boda siguen en marcha –le informó Raffaele.

–No puedo creer que quieras seguir adelante con esto después de las cosas que me dijiste la última vez que nos vimos –lo increpó Vivi con aspereza.

–La culpa de que hayamos llegado a esta situación es mía, por haber cruzado la línea de lo personal –murmuró Raffaele–. Sé que te ofendí con lo que te dije, y mi única excusa es que me enfadó que estuvieras viéndote con otro hombre.

–Rompí con Jude esa noche –masculló Vivi cansada–. Le dije que había conocido a otra persona y, aunque se mostró comprensivo, fueron un par de horas muy incómodas.

Mientras la escuchaba, Raffaele no pudo evitar fijarse en sus

finos muslos, enfundados en unos vaqueros ajustados, y en cómo se marcaban sus delicados pechos bajo el top que llevaba. De inmediato sintió que su entrepierna palpitaba de excitación y, al alzar la vista y posar sus ojos en los carnosos labios de Vivi, su mente conjuró una fantasía tan erótica, que un deseo casi irrefrenable se apoderó de él. En un intento por disipar esos pensamientos, se dio la vuelta y se alejó unos pasos, hasta el seto bajo que separaba el jardín de las tierras de cultivo que se extendía más allá.

–La granja como tal ya no está en funcionamiento, ¿no? –le preguntó a Vivi, preguntándose por qué lo excitaba de aquella manera.

–No. Los abuelos de Liz fueron la última generación de granjeros de la familia. De hecho, vendieron esas tierras antes de que ella naciera. Su marido, John, es fontanero, y viven de su trabajo. Les iba bien hasta que tuvo un infarto y pasaron una época bastante mala hasta que estuvo lo bastante recuperado como para empezar a trabajar de nuevo –le explicó Vivi con pesar.

Así era como habían empezado los problemas de Liz y John, con los problemas de salud de este y la merma que habían sufrido sus ingresos. Por eso habían ido retrasándose en los pagos de la hipoteca. Suspiró y bajó la vista a sus manos entrelazadas.

«¡Díselo!», la urgió su conciencia, «¡dile que estás embarazada y acaba con esto!». De todos modos, le extrañaba que Raffaele no hubiese sacado a colación esa visita a un médico que había planeado y al final no había tenido lugar. ¿Ya no le preocupaba que pudiera haberse quedado embarazada? ¿O sería, más bien, un signo de que en realidad no había tenido intención de estar a su lado si eso llegaba a pasar? Después de todo, ¿no le había dejado claro que se arrepentía de que lo hubieran hecho? Y todo eso de que había cruzado la línea de lo personal.

–¿Cómo supiste dónde estaba? –le preguntó sin andarse por las ramas.

–Se lo sonsaqué a Zoe –reconoció él–, pero estoy seguro de que solo me lo dijo para librarse de mí.

–¡Espero que no la alteraras! –dijo Vivi irritada.

–No. Me preguntó si podría llevarte de vuelta; me confesó que te echaba de menos.

–¿Y tú qué le dijiste?

–Que lo intentaría. ¿Qué otra cosa podía decirle? –contestó él, encogiéndose de hombros.

Vivi tragó saliva y trató de encontrar las palabras adecuadas para darle la «noticia». La verdad era que no había una manera correcta de decirlo, no había una fórmula mágica para edulcorar lo que tenía que decirle.

–Supongo que lo mejor es que te lo diga sin rodeos para acabar cuanto antes –murmuró–: estoy embarazada.

Raffaele se volvió hacia ella y se quedó mirándola con los ojos muy abiertos y el ceño ligeramente fruncido, como si no estuviera seguro de haberla oído bien.

–Estoy embarazada –repitió Vivi, rompiendo el silencio que se había hecho de repente–. He esperado hasta hoy para hacerme la prueba porque quería estar absolutamente segura del resultado.

Las facciones de Raffaele se tensaron.

–¿No hay ningún margen de error?

–No –murmuró ella, intimidada al ver que no hacía ningún tipo de comentario.

Un bebé… Raffaele se había quedado sin aliento, como si le hubieran pegado un puñetazo en el estómago. No estaba preparado para ser padre, se dijo apretando los labios. Había sido tan ingenuo como para pensar que aquello no pasaría, que la racha de buena suerte que había tenido hasta entonces continuaría. Y el que no hubiera sido así lo había dejado estupefacto. Vivi iba a tener un hijo suyo… ¡Y él que había pensado que aún pasarían varios antes de que se convirtiera en padre…! La sola idea le aterraba porque era muy consciente de que un hijo era algo que le cambiaba la vida a uno para siempre, no algo que se pudiera apartar a un lado para centrarse en sus metas y luego retomarlo cuando más le conviniera.

De hecho, siempre había pensado que escogería con mucho cuidado a la futura madre de sus hijos. Hasta tenía en su mente una lista de las cualidades que debería tener. No le gustaba correr riesgos, y Vivi suponía un riesgo para él a todos los niveles.

–¿Raffaele? –lo llamó ella en un hilo de voz, al ver que permanecía callado.

Sin embargo, aunque Vivi hacía que saltaran todas las señales de peligro en su cabeza, también lo excitaba muchísimo. Y, ¡*Dio mio*!,

era tan preciosa…, pensó escrutándola mientras aparcaba en un rincón de su mente esa lista de cualidades que buscaba en una mujer para convertirla en su esposa y en la madre de sus hijos.

Uno de los dichos favoritos de su padre era «*prima di agire, pensaci*» –«piénsatelo antes de saltar»–, y en aquel caso era consciente de que en lo referente a Vivi jamás había pensado en las posibles consecuencias antes de actuar. Y, sin embargo, cosa que le desconcertaba, siempre le parecía que cuando estaba con ella todo fluía con naturalidad.

–Bueno, por lo menos ese niño recibirá mi apellido pasado mañana, cuando nos casemos –murmuró.

La mente de Vivi era un hervidero de pensamientos.

–¿Eso es lo único que vas a decir? –le preguntó desolada–. No estoy grabando esta conversación, ni estamos en un juzgado; puedes ser sincero y decirme qué sientes en este momento.

Raffaele entornó los ojos.

–La sinceridad está sobrevalorada. La verdad es que no me lo esperaba, pero soy un hombre práctico: un hijo lo cambia todo. Estoy seguro de que hasta tú estarás de acuerdo en eso.

–¿Hasta… yo? ¿Tan irresponsable me crees?

Raffaele esbozó una media sonrisa.

–Bueno, quizá no irresponsable, pero sí podríamos decir que eres de la clase de personas a las que les gusta desafiar los convencionalismos.

Vivi rebajó un poco su hostilidad hacia él.

–Sí. Y mi hijo llevará mi apellido con tanto orgullo como el tuyo, pero no veo que el casarnos pueda…

Raffaele levantó una mano para interrumpirla.

–La ley protege las necesidades y los derechos de los niños; tenemos que casarnos para que nuestro hijo pueda convertirse en mi heredero legítimo.

Vivi frunció el ceño.

–¿Y eso es importante para ti?

Raffaele apretó los dientes.

–Sí, y un día también lo será para nuestro hijo.

Vivi lo miró sorprendida; parecía que hablaba en serio… Acababa de decirle que estaba embarazada, y lo primero en lo que había pensado era en la ley y en los derechos hereditarios de su

hijo, anteponiéndolo a cuestiones más importantes.

–El dinero no lo es todo –le dijo en un tono quedo.

–Es algo bastante más complejo que eso, y lo sabes –replicó Raffaele–. Como te estaba diciendo, está claro que tenemos que seguir adelante con la boda; lo contrario sería un desatino.

Vivi sopesó sus palabras y se movió incómoda en su asiento. La presión que sentía ante esa boda la agobio, y hacía trizas sus argumentos.

–No me esperaba esta actitud de ti –le confesó–. Pensaba que estarías furioso.

–¿Por qué? –inquirió él–. Los dos corrimos los mismos riesgos; ¿por qué perder tiempo lamentándonos por las consecuencias de nuestros actos?

Parecía que su perspectiva era, como le había advertido, eminentemente práctica.

–Podría haberme planteado abortar –dijo vacilante.

–Y sin duda yo nunca me habría enterado. Pero no escogiste ese camino. Estás siendo sincera y directa conmigo, y te lo agradezco –le contestó Raffaele–. Estamos juntos en esto.

–Sí –asintió Vivi, agachando la cabeza. Con el pelo recogido la curva de la nuca, al descubierto, le daba un aire tremendamente vulnerable–. La verdad es que me sentí incapaz de considerar siquiera la posibilidad de abortar solo con comprobar el cariño que le he tomado al hijo de mi hermana, Teddy. Y tampoco creo que fuera capaz de dar a mi hijo en adopción. Pero tampoco me imagino siendo madre…

–Yo tampoco me imagino siendo padre, aunque en muchos sentidos me he comportado como un padre con Ariana en los últimos diez años –le confesó Raffaele–. Yo no era más que un estudiante de veinte años cuando murió su madre, mi madrastra. Arianna tenía doce años y estaba en un internado. Me avergüenza admitir que en un principio intenté evadir esa responsabilidad, y hacía que pasara las vacaciones con compañeras del colegio, ignorando la necesidad que tenía de un hogar estable.

–¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

Raffaele parecía incómodo.

–Me envió una carta preguntándome por qué no la quería. «Cuando quieres a una persona», me dijo, «estás deseando verla».

Me sentí horriblemente avergonzado. Hasta entonces la había visto como una molestia por ser la hija de mi madrastra, no como a la hija de mi padre, no como a mi hermanastra. Y había seguido viéndola de esa manera incluso después de que hubiera muerto su madre y nuestro padre. En el internado se sentía muy sola e infeliz, y yo era su único pariente cercano. Tuve que aprender a ser un hombre de un día para otro, pero aprendí la lección. Desear que las cosas no sean como son no hace que las cosas cambien. Siempre es mejor afrontar los problemas sin ambages.

Vivi levantó la cabeza y esbozó una sonrisa entre divertida y triste.

–¿Eso es lo que soy para ti?, ¿un problema?

–Desde el primer momento en que te vi, me sentí atraído por ti –le dijo Raffaele sin vacilar–. Pero eras la amiga de mi hermana, y solo por eso debería haberme controlado.

Las pálidas mejillas de Vivi se tiñeron de rubor.

–Está visto que lo de controlarnos no se nos da muy bien a ninguno de los dos.

Raffaele la miró y sintió como una ola de deseo se extendía por todo su cuerpo, tensando sus músculos y acelerando los latidos de su corazón.

Los ojos de Vivi se encontraron con los él. Un calor húmedo pareció aflorar en cada centímetro de su piel, los pezones se le pusieron tirantes y la boca seca. Apartó la vista, pero su imagen permaneció en su mente, tan apuesto, con esa sensualidad que la abrasaba por dentro… Tragó saliva y apartó esos pensamientos a un lado. Tenían cuestiones más importantes en las que pensar, y esa falta de disciplina mental era un auténtico tormento para ella.

–Entonces, lo que propones es que sigamos adelante con la boda porque estoy embarazada y porque te parece que por cuestiones legales es mejor para nuestro hijo que nazca dentro del matrimonio para que sea legítimo –concluyó en un tono cansado.

–Y porque creo que deberías contar con mi apoyo durante todo el embarazo.

Vivi parpadeó y lo miró con incredulidad.

–¿Durante todo el embarazo? –repitió–. Mira, estoy dispuesta a tragar con lo de la boda, ¡pero después de eso no quiero volver a tener nada que ver contigo!

–Me temo que eso va a ser imposible, teniendo en cuenta que llevas en tu vientre un hijo mío –le dijo Raffaele tajante.

–De eso nada –replicó ella con vehemencia–. Podré apañármelas perfectamente bien sin ti durante el embarazo.

–Pero es que yo quiero estar a tu lado –insistió Raffaele.

–¡Venga ya, deja de hacerte el santurrón! –le espetó Vivi, levantándose irritada–. A lo mejor te crees que eso es lo que yo quiero oír. O que piensas que no podría arreglármelas sin ti. O puede que simplemente tengas una conciencia escrupulosa. ¡Pero no voy a dejar que me ates a ti solo porque me has dejado preñada!

Raffaele contrajo el rostro.

–No seas vulgar, por favor.

Vivi sacudió la cabeza y su cabello cobrizo brilló como el metal bruñido con los rayos del sol. El resentimiento encendió sus mejillas antes de que apartara la vista de Raffaele. Su vida sería una pesadilla si se permitiese acabar dependiendo de un tipo como él, que no sentía nada por ella, que solo quería estar a su lado durante los meses que durase el embarazo porque consideraba que era su obligación. Además, si no tenía cuidado, empezaría a sentir de nuevo apego hacia él, se dijo preocupada.

Con lo que le costaba ya mantener las manos lejos de él, ¿a qué más podría conducirla la fuerte atracción que sentía hacia él?

–Este bebé es de los dos, pero yo no te pertenezco.

–Mientras lleves a mi hijo en tu vientre, tengo un deber para con él y contigo –insistió Raffaele con aspereza–. Y que quiera ayudarte no significa que quiera controlarte. Lo único que quiero es que accedas, por lo menos, a seguir casada conmigo y a vivir conmigo hasta que nazca nuestro hijo.

Vivi se apartó de él indignada.

–¡Ni hablar! ¿Es que te has vuelto loco? Lo que habíamos acordado era que cumpliríamos con la ceremonia y luego cada uno se iría por su lado.

Raffaele gimió de pura frustración.

–Sí, pero ahora hay un factor muchísimo más importante en la ecuación: nuestro bebé –le recordó–. La situación ya no es la misma; nuestras prioridades tienen que cambiar.

–Bueno, pues ya han cambiado –proclamó Vivi, poniéndose a la defensiva.

No solo no apreciaba el sacrificio que estaba haciendo, sino que encima exigía aún más de ella. Allí estaba, luchando por mantenerlo a distancia y minimizar la interacción entre ellos, y él exigiéndole que se expusiera aún más.

–Estoy dispuesta a seguir adelante con la boda sin más discusión, pero eso no significa que esté dispuesta a sacrificar mi libertad durante todo el embarazo.

–¿Qué libertad crees que perderías si te vinieras a vivir conmigo? –le preguntó Raffaele–. ¿Es que piensas seguir bebiendo y saliendo con otros durante el embarazo? ¿Es esa la libertad que temes perder?

–¡Por amor de Dios, Raffaele! ¡Eso ni se me había pasado por la cabeza! –exclamó Vivi exasperada–. No pienso hacer nada que pueda dañar la salud del bebé, y ahora mismo la idea de salir con cualquiera me atrae tanto como lanzarme a una piscina de agua helada. Claro que la idea de vivir con alguien tan arrogante, crítico y dominante me atrae aún menos.

Raffaele resopló entre dientes. No estaba acostumbrado a recibir críticas, y desde su adolescencia se había visto a sí mismo como un buen partido.

–¿Y qué harás cuando no te encuentres bien? Porque no hay duda de que esos momentos llegarán. ¿En quién te apoyarás? ¿Quién cuidará de ti?

Vivi apretó los dientes.

–No necesito que me cuiden, ni a nadie en quien apoyarme –le espetó irritada, levantando la barbilla.

Raffaele se quedó mirándola impasible y resuelto, ignorando su enfadada contestación.

–Pero puede que en los próximos meses sí, y creo que es mejor que te apoyes en mí que en otros.

Ese argumento hizo palidecer a Vivi. Recordaba lo mal que lo había pasado Winnie en los primeros meses del embarazo. Y no quería ni pensar en cómo reaccionaría su abuelo cuando se enterase de que ella también se había quedado embarazada. Con lo desaprobador que se había mostrado cuando Winnie se había convertido en madre soltera, lo suyo tampoco le agradaría, aunque fuera a casarse con el padre del bebé antes de que naciera.

De hecho, la idea de tener que pedirle en algún momento del

embarazo ayuda a su abuelo, ya fuera económica o de otro tipo, le causaba un enorme rechazo y no haría sino socavar su orgullo. Tendría que apañárselas sola. Sin embargo, aceptar el apoyo de Raffaele, por mucho que le desagradase, siempre sería menos lacerante para su orgullo que pedir ayuda a su abuelo. Además, Raffaele era tan responsable como ella del hijo que llevaba en su vientre.

Raffaele, que se había quedado mirándola, estaba intentando recordar si alguna persona le había opuesto alguna vez tanta resistencia como ella. Le irritaba profundamente que se negara a entrar en razón, que se empeñara en negar que la beneficiaría seguir siendo su esposa durante el embarazo.

¿No se daba cuenta de que debería querer tener ese apoyo, esa seguridad? Mientras la miraba, le dio la impresión de que no solo parecía cansada, sino también muy delgada. Parecía que hubiera perdido peso. ¿Habría estado tan preocupada que había dejado de cuidar de sí misma? Normal que hubiera estado preocupada con su chantaje de despedir gente si no accedía a casarse con él, se dijo, sintiéndose culpable. La había presionado demasiado. No era de extrañar que se resistiese a verlo como alguien que pudiera apoyarla y con quien pudiera compartir cada etapa del embarazo.

–No confías en mí –murmuró Raffaele apesadumbrado.

–¡Ah, no te ofendas! –lo urgió Vivi, avergonzada–. No me fío de nadie más que de mis hermanas, de John y de Liz. Así me siento más segura y no tengo que preocuparme por acabar sufriendo una decepción… o que me hagan daño.

Vivi tenía los puños apretados. Raffaele la tomó de las muñecas y le acarició el dorso de ambas manos con los pulgares hasta que notó que la tensión de Vivi empezaba a disiparse.

–Yo no te decepcionaré, y tampoco te haré daño. Cuidaré de ti lo mejor que pueda, y cuando el bebé haya nacido recobrarás tu libertad.

Vivi alzó la vista sin querer, y sus ojos se encontraron con los de él. Se le subieron los colores a la cara y se le hizo un nudo en la garganta. Tragó saliva y sintió que acudían lágrimas a sus ojos.

Las manos de Raffaele, que seguían acariciando las suyas, la apaciguaban, pero seguía siendo el enemigo, y sería una tonta si lo olvidase siquiera por un segundo. Además, de lo que él no se daba

cuenta era de que, si volvía a perder el control sobre sus sentimientos hacia él, probablemente acabaría haciéndole daño.

–Me están entrando ganas de llorar –le confesó con voz entrecortada–. Y no sé por qué. Supongo que será porque mis hormonas están revueltas por el embarazo, o algo así.

–Tal vez. Me sentiré mejor cuando un médico te haya hecho un chequeo –le dijo Raffaele.

–Estoy tan cansada… –susurró Vivi temblorosa–. Tan cansada que sería capaz de quedarme dormida aquí de pie.

–Lo que estás es estresada –puntualizó Raffaele, rogando por que no le recordara que era él quien le había provocado ese estrés–. Tengo que hacer lo correcto, *bella mia*.

–Ya, pues yo no estoy de acuerdo –masculló ella.

–Jamás estás de acuerdo con nada de lo que digo –replicó Raffaele divertido–. Pero ahora mismo lo único que quiero es llevarte a casa, en Londres, y asegurarme de que te vea un médico. ¿Te parece bien?

En ese momento nada podía antojársele más atractivo que tumbarse en su cómoda cama, en su habitación, y asintió a regañadientes. En cuanto a lo de que la viera un médico, no le apetecía tanto, pero suponía que no le iría mal enterarse de lo que la esperaba, aunque por la experiencia de su hermana Winnie ya sabía que el embarazo no sería un camino de rosas.

–Y ya que estamos aquí, pensaremos en algún modo de hacer que tus padres de acogida puedan asistir a la boda –añadió Raffaele.

–No creo que puedan. Tienen demasiadas responsabilidades con los chicos que tienen ahora a su cargo.

–Algo se nos ocurrirá –insistió él, muy seguro de sí mismo.

Vivi se sintió mal consigo misma al pensar que, mientras que Raffaele estaba esforzándose por hacer lo que debía, a ella le estuvieran entrando ganas de abofetearlo. Se mordió la lengua, apretó los labios y no dijo nada. Probablemente era la mejor manera de lidiar con él.

Capítulo 7

SEGURO que no me queda demasiado ajustado? –insistió Vivi ansiosa, conteniendo el aliento y girándose a un lado y a otro para mirarse en el espejo.

No era la Vivi de siempre, tranquila e impertinente, pensó su hermana Winnie, preocupada. Parecía nerviosa, estresada. Tomó la botella de vino y le puso una copa antes de ir junto a ella. Eso la animaría un poco.

–Bueno, es un vestido de corte sirena –apuntó–. Se supone que tiene que ajustarse a tu figura.

Habían pasado la noche en casa de su abuelo, y estaban preparándose para la boda.

–Pero ayer tuvieron que soltarle un poco las costuras porque en la última prueba del vestido le quedaba muy justo en el pecho –comentó Zoe riéndose–. La modista estaba horrorizada, como preguntándose cómo se te podían haber ido precisamente ahí esos kilillos de más.

–Sí –masculló Vivi–. Se la notaba visiblemente irritada a pesar de esas sonrisas comprensivas.

Winnie le plantó la copa de vino en la mano.

–Toma, ahoga tus penas. Salta a la vista que has estado refugiándote en la comida –le dijo–. No deberías dejar que esto te afecte tanto.

–A ti te pasó igual –le recordó Vivi.

–Sí, pero no pude volver a casa después de la boda porque Eros tenía a Teddy. Tú no tienes ninguna obligación de quedarte después del banquete –apuntó Winnie.

Vivi palideció, e iba a tomar un sorbo de vino cuando se acordó

de lo que no podía olvidar más de dos minutos y volvió a bajar la copa. Estaba hecha un manojo de nervios y le molestaba el pecho por el corsé que llevaba bajo el vestido de novia. Nunca había tenido muchas curvas, pero la enfermera del médico al que había ido con Raffaele el día anterior le había dicho en un tono alegre que ensanchar un poco durante el embarazo era completamente normal, que el cuerpo cambiaba. A ella esos cambios no le alegraban nada, sobre todo porque estaban ocurriendo mucho antes de lo que había imaginado.

–¿Sabes?, el vestido es fabuloso –comentó Zoe con un suspiro, admirando la esbelta silueta de su hermana. Era un vestido con escote palabra de honor, y estaba adornado con bordados y piezas de encaje doradas–. Es increíble cómo resalta el color de tu pelo. Y además es muy llamativo.

–Y con la tiara y las joyas que te envió ayer Raffaele pareces una reina –murmuró Winnie con una sonrisa divertida–. Tan digna, tan elegante…

–Sí, ya –mascculló Vivi. Se volvió de nuevo hacia el espejo y miró con ojo crítico la tiara de platino y de diamantes que llevaba sobre el cabello recogido, y el collar y los pendientes de diamantes a juego–. No sé en qué estaría pensando Raffaele cuando se le ocurrió mandarme estas joyas tan caras para que las llevara en la ceremonia. Además, me siento rara sabiendo que son un legado de familia.

–Bueno, van a asistir a la boda varios parientes suyos –le recordó Winnie con sorna–. Querrá que les parezca lo más real posible. Supongo que esperan que la novia lleve las joyas de la familia.

Los parientes de Raffaele… Sin duda Arianna asistiría también, pensó Vivi distraídamente. ¿Cómo se comportaría con ella? No podía imaginarse a Arianna siendo desagradable con ella, y ella estaba dispuesta a pasar página. Ya hacía mucho del escándalo que había puesto fin a su amistad.

–Pues a mí todo esto me parece bastante real –les confesó Vivi con voz trémula.

Su tensión aumentó al imaginarse avanzando hacia el altar por el pasillo central de la iglesia del brazo de su abuelo delante de un montón de gente, porque solo ahora empezaba a darse cuenta de que iba a ser una boda de postín, de mucho postín.

No había prestado atención a los preparativos de la boda en sí. Era su abuelo quien se había hecho cargo, mientras que ella, desesperada por hallar una manera de escapar de aquello, había seguido comportándose como si nada de aquello fuera con ella. Y, en cualquier caso, teniendo en cuenta que aquella boda solo era una farsa, ¿por qué habría tenido que expresar sus preferencias u opiniones al respecto?, se había dicho.

Pero por desgracia esa falsa bravata la había abandonado la noche anterior cuando sus hermanas y ella habían cenado con su abuelo. Stamboulas Fotakis se había mostrado entusiasmado con el gran número de invitaciones que había enviado y con que la mayoría de esos invitados hubiesen confirmado su asistencia.

También estaba encantado con cuántas personas de alta alcurnia estaban impacientes por asistir al enlace de su nieta, y se había congratulado sin el menor pudor de los ilustres parientes del novio.

Al escucharlo hablar con ese entusiasmo desinhibido, Vivi había comprendido por fin el interés del anciano por que sus hermanas y ella se casaran con hombres con un alto estatus social. Su abuelo era un hombre de raíces muy humildes que se había labrado su fortuna, y estaba claro que para él el estar bien relacionado era muy importante.

Y por suerte para todos ningún medio de comunicación había establecido aún la conexión entre ella, que ahora llevaba el apellido Fox, con su verdadero nombre, Vivi Mardas, vilipendiado por los periódicos sensacionalistas dos años atrás.

Winnie le apretó la mano a Vivi para reconfortarla, pero al hacerlo contrajo el rostro y frunció el ceño.

–Tienes los dedos helados… ¿Dónde has dejado la copa que te he dado? Necesitas entrar en calor.

Miró a su alrededor y vio que Vivi la había dejado sobre la cómoda. Alargó el brazo para alcanzarla y se la tendió.

–No puedo –murmuró Vivi.

Winnie frunció el ceño.

–Solo es una copa. Y no se me ocurre más que una razón por la que no querrías bebértela. Pero… es imposible…

–Me temo que sí lo es. Estoy embarazada –les confesó Vivi, aliviada de haberlo dicho al fin.

–No puede ser… –insistió Winnie.

Zoe, sin embargo, que sabía más que Winnie del asunto, dedujo rápidamente cuándo había ocurrido.

–¿La noche que pasaste en casa de Raffaele? –inquirió con unos ojos como platos–. ¿Te acostaste con él? Pero si dijiste que te quedabas a dormir allí porque habías bebido mucho…

–Bueno, no esperarías que fuera a contarte la verdad en ese momento –repuso Vivi con las mejillas encendidas.

–¡Ay, Dios!, ¡Vivi! –exclamó Winnie dejándose caer en el borde de la cama mientras la miraba consternada–. ¿Estás esperando un hijo? ¿Es en serio?

–Sí –asintió Vivi–. Y no volveré a casa después del banquete. Raffaele está obsesionado con que es su deber cuidar de mí durante el embarazo, así que he accedido a vivir con él hasta que nazca el bebé.

–¡Pero si lo detestas! –murmuró Zoe con incredulidad.

–Bueno, no es tan malo –farfulló Vivi.

–¿Y cuándo piensas darle la buena nueva al abuelo? –inquirió Winnie con sarcasmo.

–Si lo hacéis vosotras por mí, os lo agradeceré. Como se lo diga yo, tendremos una pelea y no tiene sentido cuando voy a cumplir con mi parte del trato y voy a casarme con Raffaele, como él quería –apuntó Vivi–. Además, todo esto es culpa suya. Si no me hubiese obligado a ver a Raffaele de nuevo, esto jamás habría ocurrido –añadió, intentando justificarse.

–¿Tan irresistible encuentras a Raffaele? –inquirió Winnie con curiosidad.

Vivi se encogió de hombros, negándose a contestar a eso, pero las mejillas le ardían.

–Bueno, dice mucho en su favor que esté dispuesto a responsabilizarse del bebé y que quiera cuidar de ti –comenzó Zoe pensativa.

Vivi irguió los hombros.

–No necesito que nadie cuide de mí.

Winnie puso los ojos en blanco.

–Pero has accedido a permitir que Raffaele lo haga –apuntó. Se oyeron unos golpes en la puerta–. Nos llaman –dijo Winnie–. Hora de ir a la iglesia.

Cuando oyó los murmullos a sus espaldas, Raffaele supo que la novia había entrado en la iglesia y se volvió para echar un vistazo.

–*Porca miseria*! –murmuró fascinado al ver lo deslumbrante que estaba Vivi.

Ni siquiera le había hecho esperar, como hacían a menudo las novias, sino que había llegado justo a la hora. De algún modo u otro, siempre le sorprendía.

Estaba espectacular. El blanco vestido, con sus adornos dorados de encaje, resaltaba su piel de porcelana y su cabello cobrizo, y la tiara, los pendientes y el collar de diamantes la hacían brillar aún más. Dudaba que ninguna mujer de la familia, de las que habían lucido esas joyas en su boda antes que ella, la igualase en belleza, pensó, y su pecho se hinchió de orgullo.

No, viendo el hermoso rostro de Vivi y su exquisita figura, a nadie podría sorprender aquel repentino matrimonio. Hombres con una mayor fortaleza moral que él habrían sucumbido ante una criatura tan tentadora, se dijo, esforzándose por controlar el palpitante deseo que había aflorado en su entrepierna.

Cuando sus ojos se posaron en el sonriente Stamboulas Fotakis, que la llevaba del brazo, apretó los labios irritado. El viejo pagaría por haber amenazado a su familia. Ya tenía preparado su castigo, y le había tendido una trampa, seguro de que caería en ella. Eso le enseñaría a no volver a meterse con él.

Y el castigo que había ideado habría sido aún más despiadado si no fuera por el hecho de que el hijo que Vivi llevaba en su vientre sería también su bisnieto, lo que convertía a aquel desalmado vejestorio en parte de su familia. Además, ese día le entregaría aquel dosier tan peligroso para Arianna, anulando para siempre esa amenaza, y por todo eso estaba de muy buen humor, a pesar de que el viejo lo hubiese forzado a pasar por el altar.

A finales de año, sería padre y estaría en vías de divorciarse y volver a ser soltero de nuevo. Merecía la pena celebrar eso, ¿no? Ganaría un heredero sin la carga de una esposa, y no tendría que volver a casarse porque ya había cumplido con su deber de dar continuidad al linaje de los Mancini. Y podría recobrar su libertad y vivir su vida como quisiera. No era el futuro que había planeado, pero muchas veces la flexibilidad era la clave del éxito, y estaba

convencido de que a pesar de ese cambio de planes las cosas le irían bien.

Sin embargo, también tenía algunos motivos de preocupación. ¿Se las arreglaría bien Vivi con el bebé siendo madre soltera? ¿Sufriría su hijo por no ver todos los días a su padre? ¿Y él?, ¿se sentiría incómodo si Vivi volviera a casarse y su hijo tuviera que convivir con su padrastro? Porque estaba claro que una mujer tan atractiva como Vivi no permanecería soltera mucho tiempo…

La experiencia que él había tenido con su madrastra había sido muy desagradable, aunque también era cierto que su madrastra había estado enganchada a las drogas y había sido un desastre de persona en todos los sentidos. No había razón para pensar que Vivi no pudiera encontrar a un buen hombre, que pudiera ser también un buen padrastro.

Y, aun así, el imaginar a Vivi teniendo relaciones con otro hombre y que su hijo estuviese al cuidado de un extraño le revolvía las entrañas. Claro que, al contrario que Vivi, tenía que admitir que él era muy tradicional, muy convencional, y demasiado perfeccionista como para aceptar que su hijo pudiera no tener la infancia que él querría que tuviera.

Además, al divorciarse de ella iría contra la creencia que le había inculcado su padre de que el matrimonio era algo para toda la vida, aunque el segundo matrimonio de su padre no había sentado precisamente un buen ejemplo para él. Todos habrían sido más felices si se hubiera divorciado de su madrastra. De hecho, esa convicción de que en determinadas circunstancias el divorcio era la única opción sensata, había disipado la mayor parte de sus objeciones a esa solución.

Vivi, que no podía imaginar que Raffaele estaba planeando su separación y su divorcio, no miró en ningún momento hacia los bancos llenos de invitados que había a ambos lados del pasillo. Sus ojos se habían posado de inmediato en Raffaele, y no pudo evitar sino admirarse una vez más con sus viriles y apuestos rasgos, y con la sensualidad que emanaba su atlética figura.

Dentro de unos meses volvería a su vida normal, se recordó. Daba igual que con solo mirar a Raffaele una ola de calor estuviera subiéndole desde la pelvis. Daba igual que nunca hubiera imaginado que su vida fuera a dar ese giro. Ella sabía mejor que

nadie que la vida muchas veces la pillaba a una desprevenida, como había ocurrido con su embarazo.

Raffaele estaba esforzándose por comportarse de un modo civilizado, y ella haría lo mismo. Serían amigos y no discutiría más con él. Tendría un embarazo tranquilo, y probablemente serían unos meses bastante aburridos, pero prefería aburrirse a tener encontronazos con Raffaele un día sí y otro también, se dijo.

Las palabras del sacerdote calaron en ella durante la ceremonia, a pesar de que estaba intentando no prestar atención. Cuando Raffaele le puso el anillo no le vaciló el pulso. Siempre parecía tan seguro de sí mismo… No como ella, que tenía un montón de inseguridades que la asaltaban a menudo.

Sintió un cosquilleo en el vientre cuando levantó la cabeza para mirar a Raffaele. Le temblaban las rodillas. Serían amigos, se recordó, amigos que se llevarían bien y se comportarían como adultos durante los próximos nueve meses. Pero es que tenía unos ojos tan increíbles…, susurró una vocecilla en su mente.

–Estás preciosa, *bella mia* –le susurró, tomándola de la mano.

El organista empezó a tocar de nuevo la marcha nupcial cuando el sacerdote los declaró marido y mujer y los invitados prorrumpieron en aplausos. El espontáneo cumplido de Raffaele había hecho que se le subieran los colores a la cara a Vivi, que dejó de reprenderse por haberse quedado embelesada mirándolo a los ojos. Raffaele no tenía la culpa de que sus ojos fueran tan arrebatadores, y sus pestañas tan espesas y tan largas que cualquier mujer mataría por tener unas pestañas así. Y tampoco debía culparse a sí misma por reaccionar de ese modo a su atractivo. La culpa la tenían sus hormonas alborotadas.

Cierto que la atracción que sentía por él no desaparecería de un día para otro, se dijo, pero no era algo que no pudiera controlar. En adelante trataría a Raffaele como un amigo, y eso lo solucionaría todo.

Raffaele, en cambio, estaba llegando a una conclusión muy distinta, porque la seriedad de la ceremonia le había recordado los principios morales que le habían inculcado su padre y la educación que había recibido desde muy niño.

Vivi era ahora su esposa y pronto sería la madre de su hijo. Considerarla menos que eso, apartarse de ella como si solo hubiese

sido un error en su vida sería una falta de visión de futuro por su parte, además de una falta de respeto a ambos. Cuando menos, debería dar una oportunidad a su matrimonio…

Además, aún la deseaba. Y en cierto modo eso le enfurecía porque era algo que no le había pasado con ninguna otra mujer, cosa que le inquietaba. Normalmente, cuando conseguía llevarse a la cama a una mujer perdía el interés por ella y empezaba a buscar otras «presas» que supusieran un desafío mayor para él.

Pero con Vivi, en cambio, no le había pasado eso. De hecho, en ese momento se le iban los ojos sin querer, y se encontraba admirando lo bien que le sentaba el vestido, cómo resaltaba las curvas de sus senos y su bonito trasero. Lo volvía loco, y la necesidad de hacerla suya otra vez, de marcar su territorio, lo estaba abrasando por dentro.

La asió por la muñeca para girarla hacia él, y Vivi lo miró sorprendida y parpadeó. Un instante después, los labios de Raffaele se abalanzaban sobre los suyos. No fue un beso tierno, ni un beso discreto y formal para dejar constancia pública que ahora estaban casados. No, más bien fue un beso cargado de deseo, un beso posesivo para el que ella no estaba preparada, y menos delante de toda aquella gente.

Con los latidos de su corazón resonándole en los oídos y las piernas flojas, se apoyó en él, conmocionada por aquel asalto apasionado. Nunca hubiera imaginado que fuera a besarla de esa manera en el altar delante de cientos de personas, incluido el sacerdote. No era nada refinado, ni decoroso, pero… ¡Dios!, era un beso tan ardiente que no pudo evitar estremecerse de placer cuando la lengua de Raffaele se deslizó dentro de su boca, y desencadenó en ella una respuesta de lo más erótica que se extendió por todo su cuerpo.

Vivi aún estaba aturdida cuando, del brazo de Raffaele, recorrió el pasillo para salir de la iglesia. No se había esperado algo así de un hombre como él, tan frío, que siempre mantenía sus emociones bajo control. De hecho, aquel beso acababa de hacer saltar por los aires las expectativas que había tenido respecto a él, incluida su idea de que tuvieran una cómoda relación de amigos hasta el final de su embarazo. Raffaele se detuvo, y se encontró cara a cara con una sonriente Arianna. Arianna, su antigua amiga, y ahora además

su cuñada. Vivi esbozó una sonrisa también, aunque con cierto recelo.

No le quedaba otra que ignorar el hecho de que la hermana de Raffaele le había dado la espalda cuando había saltado el escándalo de la agencia. Aquello le había dolido, y ese dolor se había sumado a la humillación por la que la prensa la había hecho pasar. Claro que tampoco le sorprendía que Arianna se limitara a sonreírle como si nada hubiera pasado. Así era ella: cálida, nada crítica… y bastante ingenua respecto a algunas cosas. En fin, la verdad era que no quería estar enemistada con Arianna. Y si esta era capaz de aceptarla como esposa de su hermano, ¿no tendría que mostrarse ella igual de tolerante ahora que eran familia?

En la escalinata de la iglesia, la gente empezó a hacerles fotos, pero Raffaele no se detuvo, sino que le rodeó la cintura con su fuerte brazo y la condujo a la limusina que estaba esperándolos. Vivi apenas tuvo tiempo de saludar con una sonrisa a John y a Liz, que estaban en medio de la multitud junto a Zoe, antes de entrar en el coche, pero la conmovió que Raffaele hubiera cumplido su promesa de llevarlos a la boda sin decirle nada.

–¿Qué dijo tu abuelo cuando le dijiste que vas a venirte a vivir conmigo hasta el parto? –le preguntó Raffaele con curiosidad cuando el coche se puso en marcha.

Vivi contrajo el rostro.

–Aún no se lo he dicho –admitió. Y, al ver que él la miraba con incredulidad, enarcó las cejas, y se defendió añadiendo–: Si se lo hubiera dicho, habría tenido una discusión tremenda con él, y ya he tenido suficientes. Les he pedido a mis hermanas que sean ellas quienes le den la noticia. Winnie tiene mucho más tacto que yo.

Raffaele frunció el ceño.

–O sea, que tampoco sabe que estás embarazada –dedujo Raffaele, y apretó los labios, desaprobador.

–No era algo de lo que me apeteciera hablar con él cara a cara –le confesó Vivi incómoda, contrayendo el rostro.

–Pues se va a caer de espaldas cuando te vengas a Italia conmigo –contestó él impaciente.

Vivi frunció el ceño y lo miró vacilante.

–¿Por qué íbamos a ir Italia?

–Porque es allí donde vivo.

–Pero si tienes una casa aquí en Londres –apuntó ella.

–Sí, para cuando vengo de visita, o por negocios. Pero mi hogar está en Italia –le contestó Raffaele muy tranquilo–. No se me había ocurrido que pensaras que fuéramos a quedarnos aquí.

El enfado coloreó las mejillas de Vivi.

–¡Pero es que yo no quiero irme a Italia! –protestó.

–Pues lo siento –murmuró Raffaele. Aquello no era negociable–, pero mi banco está en Italia, y mi hogar también, y me gustaría que mi hijo naciera allí.

–Y como lo dices tú, pues ya está, ¿no? –le increpó Vivi. Sus ojos relampagueaban–. ¿Tengo que hacer lo que tú digas, sin rechistar?

–Ha sido muy poco realista por tu parte dar por hecho que querría quedarme en Londres durante todos los meses que dure tu embarazo.

–Pero es que yo quiero tener a mis hermanas cerca… ¡Y quiero un médico que hable inglés! –le espetó Vivi, temblando de furia–. Puede que te sorprenda, pero es la primera vez que voy a tener un bebé, y estoy nerviosa.

–Tu hermana mayor vive en Grecia, que no está lejos. Y Zoe puede venir a visitarnos cuando quiera. De hecho, también puede venirse a vivir con nosotros, si quieres –le ofreció Raffaele–. Vivo en un palacete, así que hay habitaciones de sobra. Y estoy seguro de que podremos encontrar una clínica donde hablen inglés, aunque puede que te interese aprender italiano.

–¡No, ahora mismo no quiero aprender italiano! –le espetó Vivi.

–Bueno, pero no puedes pasarte todo el embarazo de mal humor –contestó Raffaele–. Dudo que haya sido yo la única persona que te haya dicho que no a algo, y ese es el único crimen que he cometido.

–¡Deja de hacerme parecer una malcriada! –le increpó Vivi–. Me han negado muchas cosas a lo largo de mi vida. ¡Estoy acostumbrada a conformarme con las migajas!

Un brillo divertido asomó a los ojos de Raffaele ante la idea de que su magnífico hogar o su cómoda vida en Italia pudieran ser calificados de «migajas». Estaba convencido de que en toda su vida no encontraría otra mujer como Vivi, que lo miraba como mandándolo al infierno por atreverse a enfrentarse a ella. Sin embargo, no pudo sino preguntarse qué experiencias la habrían llevado a acostumbrarse a conformarse, como ella decía, con las

migajas. Le picaba la curiosidad.

–Bueno, parece que te va el melodrama –murmuró.

–No, no me va –lo contradijo ella de inmediato–. Y desde luego, ya que vamos a tener que pasar juntos los próximos nueve meses, no quiero pasarlos todo el tiempo discutiendo contigo. Somos adultos; podemos tener opiniones distintas y ser amigos, ¿no?

–¿Amigos y amantes? No me parece mal. ¿Amigos con derecho a roce? Eso tampoco me parecería mal –contestó Raffaele–. Lo que está claro es que algo platónico sí que no.

Vivi lo miró con los ojos muy abiertos. Otro detalle que no habían discutido antes de la boda y que ahora estaba llenándola de ansiedad.

–¿Por qué no?

–Porque te deseo demasiado y no pienso engañarte con otra mujer y faltar a los votos matrimoniales que he pronunciado –contestó Raffaele–. Ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa, Vivi. No es momento de juegos, mentiras ni medias verdades. Y, como tú has dicho, ya que vamos a tener que pasar juntos los próximos nueve meses, quizá podríamos intentar averiguar si podríamos hacer que funcione este matrimonio.

Vivi lo miró espantada.

–No… ¡no, yo no quiero eso! ¡Eso no entraba en nuestro acuerdo!

Vivi estaba en shock. Si convivían como una auténtica pareja de casados, podría empezar a intimar con él, y corría el riesgo de acabar bajando la guardia. Sería incapaz de compartir cama con él y alejarse de él tan contenta cuando el bebé hubiera nacido. No, sabía que intimaría con él, que querría más, que empezaría a pensar que Raffaele le pertenecía. Y no era así, no sería suyo de ninguna manera, no cuando aquello no era más que una farsa que duraría solo unos meses.

–Sé que ninguno de los dos queríamos esto –arguyó él–, pero hasta que nazca el bebé vamos a compartir nuestra vida.

–¡«Nuestra» no! –le espetó Vivi airada–. ¡No vamos a compartir nada, y mucho menos la cama!

Raffaele resopló y no dijo nada. Con ese silencio parecía estar burlándose de ella. Resultaba irónico que hasta su silencio la enfureciese aún más. ¿Cómo podía no decir nada después de la

bomba que había dejado caer? ¿De verdad esperaba que compartiese la cama con él?, ¿que considerara la posibilidad de hacer que aquel se convirtiera en un matrimonio de verdad? Estaba patidifusa y furiosa. ¿Por qué no había mencionado ninguna de esas aspiraciones antes de la boda? Porque era demasiado listo como para revelar sus intenciones antes de tiempo sabiendo que ella podría haberse echado atrás, concluyó con amargura.

–Ya hemos llegado –anunció Raffaele.

Su voz profunda y aterciopelada hizo que un cosquilleo recorriese cada centímetro de su cuerpo. Vivi miró por la ventanilla, y vio que se habían detenido frente al grandioso hotel que su abuelo había escogido para celebrar el banquete. Raffaele y ella habían discutido durante todo el trayecto desde la iglesia, pensó espantada. ¡De mucho había servido su propósito de mostrarse razonable y comportarse como una amiga con él!

¿Pero cómo iba a mostrarse razonable con alguien que no atendía a razones? Ella no era una santa, a veces era incapaz de cerrar la boca cuando debería, y siempre prefería decir lo que pensaba y cargar con las consecuencias, ¡pero es que Raffaele la sacaba de quicio!

Haciendo un esfuerzo por recobrar la compostura, se bajó de la limusina y sonrió cuando Zoe se acercó corriendo para ayudarla y evitar que se le estropeara el vestido. Entonces se acordó de lo que le había sugerido Raffaele, de que podría llevarse a Zoe con ella a Italia. Tenerla con ella sería un gran consuelo, pero… ¿cómo lo vería Zoe? Seguramente odiaría encontrarse en medio del conflicto entre Raffaele y ella. Sería cruel involucrar a su vulnerable hermana pequeña en una situación tan explosiva.

Poniéndose en su papel, comenzó a saludar con Raffaele a los invitados y se fijó en que su abuelo seguía siendo todo sonrisas. Winnie aún no debía haberle dado la noticia, porque Stam Fotakis no sonreía cuando algo estropeaba sus planes. De pronto cayó en la cuenta de lo egoísta que había sido al delegar en sus hermanas aquel desagradable deber. ¿Por qué tenía Winnie que lidiar con un problema que ella había creado?

Cuando Raffaele le puso una mano en la cadera para conducirla dentro, se apartó de él y le dijo:

–Tengo que hablar con mi abuelo.

–¿No puede esperar? –inquirió él.

–Me temo que no –respondió Vivi, y se acercó al anciano para preguntarle si había algún sitio donde pudieran hablar a solas.

Su abuelo asintió y la llevó a un saloncito privado dentro del hotel.

–¿Qué ocurre? –inquirió, después de cerrar la puerta.

Vivi inspiró profundamente.

–Lo que te voy a decir no te va a gustar.

–Bueno, suele pasar, y eso nunca te ha preocupado –apuntó el anciano con ironía.

–No voy a dejar a Raffaele después del banquete –le dijo ella con tirantez–. Estoy embarazada, y he accedido a vivir con él hasta que nazca nuestro hijo.

Los ojos de Stam relumbraron con un brillo gélido, y sus facciones se endurecieron.

–Te ha deshonrado.

–No, creo que lo justo sería decir que yo me he deshonrado a mí misma –masculló Vivi, haciendo un esfuerzo por mantener la cabeza alta y no esconderse tras excusas cobardes–. No puedo dar marcha atrás, pero al menos ahora estamos casados y el bebé nacerá dentro del matrimonio. Para Raffaele era muy importante, y creo que también lo es para ti.

–Mancini te ha deshonrado… –insistió su abuelo, sin escucharla–. ¡Le advertí que no se atreviera a tocarte!

–Por favor no montes una escena poniéndote a discutir con él, abuelo –le pidió Vivi–. Soy adulta, y esto es tan culpa mía como suya.

–Se aprovechó de tu inocencia –lo condenó su abuelo en un tono agrio.

Azorada, Vivi tragó saliva.

–Será mejor que volvamos con los demás –se apresuró a decir.

No tenía sentido que permanecieran allí más tiempo cuando ya le había dicho lo que le tenía que decir.

Winnie, que estaba esperando fuera, junto a la puerta del saloncito, porque los había visto entrar, agarró del brazo a Vivi cuando la vio salir detrás de su abuelo, que se alejó en dirección al

salón del banquete con una cara larga.

–¿Se lo has dicho? –le preguntó en voz baja.

–No era justo cargaros a vosotras con esto –murmuró Vivi a modo de disculpa–. Está furioso, pero se le pasará.

–Mientras no desate su ira sobre el novio… –dijo Winnie.

Habían entrado en el salón del banquete y se dirigían a la mesa principal cuando Arianna interceptó a Vivi.

–¿Crees que podríamos volver a ser amigas? –le preguntó, mirándola con cara de preocupación.

–Yo jamás te di de lado –apuntó Vivi.

–No debería haberle hecho caso a Raffaele –murmuró Arianna–. Es que… bueno, casi nunca se equivoca al juzgar a la gente. Pero parece que por una vez se equivocaba y era yo quien tenía razón –añadió con una sonrisa triste–. Perdóname, Vivi, por no haber luchado por nuestra amistad.

–No pasa nada; todos cometemos errores –dijo Vivi con afecto. A lo lejos vio que su abuelo estaba de pie frente a Raffaele, mirándolo furibundo–. Podemos volver a empezar ahora que somos familia.

–¡Tenemos tantas cosas que contarnos…! –exclamó Arianna, llena de emoción–. Estoy deseando saber cómo volvieron a cruzarse vuestras vidas. Debió ser amor a primera vista.

–Sí, eso debió de ser… –murmuró Vivi, optando por ser diplomática.

Vio que su abuelo se alejaba malhumorado de Raffaele. Y a juzgar por el gesto desafiante de Raffaele mientras lo seguía con la mirada, parecía que la conversación que habían tenido también le había enojado a él.

–Como Raffaele esperó al último momento para decirme que os casabais, ni siquiera he podido organizarte una despedida de soltera –se lamentó Arianna.

–Es igual; no me van mucho las despedidas de soltera –le confesó Vivi. Aquella era la menor de sus preocupaciones.

–Ven, te presentaré a Tomasso –la urgió Arianna, agarrándola del brazo–. Nos casaremos este verano.

–Pero… –murmuró Vivi aturdida, cuando Arianna prácticamente la arrastró tras de sí.

La llevó junto a un joven rubio, más o menos de la edad de Raffaele, que rodeó con su brazo la cintura de Arianna y sonrió a

Vivi cuando los presentó.

Tras dejarlos, antes de que nadie más pudiera distraerla, Vivi se apresuró a ocupar su sitio en la mesa principal, una mesa alargada al fondo de la sala. Por lo tenso que estaba Raffaele imaginó que, fuera lo que fuera lo que su abuelo le había dicho, lo había ofendido, y no pudo evitar culparse por ello.

Lo que le había dicho a su abuelo era la verdad: era una mujer adulta, y no había tenido una venda en los ojos cuando había decidido hacerlo con Raffaele. Y, a pesar de que sabía que su abuelo tenía una visión anticuada respecto a las jóvenes y el sexo, no había sido lo bastante avispada como para evitar que se enterara. Ahora Raffaele tendría que pagar por su error de cálculo y por que ella hubiera decepcionado a su abuelo con su comportamiento.

–¿Qué te ha dicho mi abuelo? –le preguntó a bocajarro.

–No creo que quieras saberlo –murmuró Raffaele, esforzándose por controlar su ira.

Stam Fotakis era un tramposo. Él había cumplido su parte del trato casándose con Vivi, pero el viejo se había negado a entregarle el dosier sobre Adriana, diciendo que había deshonrado a su nieta en vez de tratarla con respeto, como le había pedido.

De repente todo se le había complicado de nuevo, pensó, lleno de frustración. Había contado con que Fotakis le diera ese dosier una vez le hubiese puesto el anillo en el dedo a Vivi, pero estaba claro que el viejo pretendía continuar chantajeándole. No se había esperado ese giro de los acontecimientos cuando había urdido un plan para tenderle una trampa y dejar en entredicho la perspicacia para los negocios de la que tanto se jactaba. No había contado con que aún tuviera en su poder esa arma letal que era el dosier contra su hermana. Apretó los dientes irritado. Era demasiado tarde para dar marcha atrás; que fuera lo que tuviera que ser…

–Perdona –murmuró Vivi.

–¿Qué tengo que perdonarte? –inquirió él con aspereza–. Tú no has hecho nada malo; la culpa es mía.

Todo el mundo estaba sentado ya, y los camareros habían empezado a servir el primer plato.

Vivi parpadeó confundida.

–¿De qué hablas?

–Soy mayor que tú, y también tengo más experiencia. Fui un

imprudente.

–Y yo también, pero no hagamos una montaña de un grano arena –le aconsejó Vivi–. Mi abuelo pertenece a otra época, y siempre culpa al hombre en esa clase de situaciones, pero nosotros sabemos que eso no es así.

–¿No es así? –inquirió Raffaele.

Su mirada era tan intensa que a Vivi se le secó la boca y se sintió de repente algo mareada.

–Por supuesto que no –arguyó, esforzándose por centrarse–. Soy tan inteligente como tú, y los dos fuimos igual de irresponsables.

–Espero que no tengas pensado decirle eso a nuestro hijo algún día –apuntó Raffaele.

Vivi se sonrojó.

–¡Ni hablar!

Su abuelo se levantó en ese momento para pronunciar un breve discurso, interrumpiendo su conversación, y no volvieron a hablar hasta que no les sirvieron el segundo plato.

–Antes te he visto hablando sonriente con Arianna. Ha sido muy amable por tu parte, teniendo en cuenta cómo terminó vuestra relación –comentó Raffaele.

–Tu hermana siempre me ha caído bien –admitió ella–. Y estoy segura de que si cortó toda comunicación conmigo fue porque la presionaste a hacerlo.

–En ese momento pensé que estaba aconsejándole lo que era mejor para ella, y protegiéndola de una mala influencia.

–Los dos sabemos que Arianna hace siempre lo que le dices; por eso no le tengo en cuenta lo que pasó.

–Te tenía mucho cariño; me costó que me hiciera caso –le confesó Raffaele a regañadientes.

–Supongo que le dirías unas cosas horribles sobre mí –dedujo Vivi.

Raffaele contrajo el rostro.

–No volvamos sobre el pasado. Hice mal, lo reconozco, y te pido disculpas.

Vivi inspiró profundamente, preguntándose si alguna vez sería capaz de superar del todo el daño que le había hecho. ¿Por qué era tan sensible en lo que se refería a Raffaele? Al fin y al cabo, echando la vista atrás, apenas habían tenido relación dos años atrás.

Ella se había encaprichado de él, él la había besado, alimentando su ciego enamoramiento, luego la había juzgado erróneamente y había acabado apartándose de ella. La irritaba lo vulnerable que era.

Una mujer más fuerte, se dijo con desdén, ya habría olvidado un episodio tan breve e intrascendente. Pero ella, que siempre había protegido celosamente su corazón para que no le hicieran daño, y que había cometido el error de bajar la guardia con él, seguía sintiendo una profunda humillación, como una herida que no se hubiera cerrado del todo.

–Y a partir de ahora… ¿qué? –le preguntó.

–Muy sencillo… –comenzó él, con esa característica confianza en sí mismo.

–Esto de sencillo no tiene nada –lo interrumpió Vivi.

–Pues claro que sí: todo se reduce a algo muy sencillo –repuso él–: o me deseas… o no.

Y con ese desafío implícito Raffaele la dejó sin argumentos, a ella, que siempre había tenido una gran facilidad para argumentar, y sin aliento.

Capítulo 8

AGUANTA la respiración! –la urgió Zoe.

–¡Lo estoy haciendo! –protestó Vivi, haciendo otro intento de subirse la cremallera de los vaqueros.

Se había quitado el vestido de novia, y estaban cambiándose para abandonar el hotel. Al final se dio por vencida y se sentó en el borde de la cama.

–¿Qué narices les pasa a estos pantalones? ¡Hace un par de semanas me quedaban perfectos!

–Pues con lo ajustados que te quedan ahora serán muy incómodos para viajar –apuntó Zoe.

Vivi apretó los dientes.

–No puedo haber ganado tanto peso –se quejó–. Solo estoy embarazada de unas semanas.

–A lo mejor eres de esas mujeres a las que empieza a notársele enseguida y se hinchan como un globo –murmuró Zoe vacilante–. Deberías preguntarle a Winnie. Ella de eso sabe más.

–¿Como un globo? –repitió Vivi horrorizada–. ¡Vaya, muchas gracias, Zoe!

–Bueno, a lo mejor no. ¡Yo qué sé!, yo no he estado embarazada –se disculpó su hermana.

–¿Y qué me pongo? –exclamó Vivi, levantándose y quitándose los vaqueros, enfadada y llena de frustración–. Mandé todas mis cosas a la casa de Raffaele aquí, en Londres, porque creía que era donde íbamos a vivir estos meses, pero ahora probablemente estará camino del aeropuerto.

–Te dejaré la falda y el top que me iba a poner yo –le ofreció Zoe.

–La falda me quedará demasiado corta –replicó Vivi. De repente se le llenaron los ojos de lágrimas–. ¡Por amor de Dios!, ¿pero qué me pasa? ¡Estoy llorando!

–Será por las hormonas… ¿No te acuerdas de cómo se ponía Winnie cuando estuvo embarazada de Teddy? Lloraba a todas horas.

A Vivi le entraron ganas de tirarse en la cama y llorar amargamente por esos vaqueros que no le quedaban bien y por esa falda que le quedaría demasiado corta, pero en vez de eso inspiró profundamente para recobrar la compostura. No quería que Raffaele la viera así; no quería ponerse en ridículo delante de él.

Unos minutos después ya estaba vestida. Aunque la falda de Zoe era de tubo había podido subir la cremallera. Suerte que su hermana era un poco más ancha de caderas que ella… El top, en cambio le quedaba un poco corto y ajustado.

–¡Estoy horrible! –exclamó–. Entre esto y lo corta que me queda la falda, voy enseñando demasiado.

–Dudo que Raffaele se queje –la picó Zoe–. Tienes unas piernas fabulosas.

–En fin, supongo que es esto o ir por ahí desnuda –concluyó Vivi con un suspiro, apartando la vista de su estómago, antes plano y ahora ligeramente redondeado.

Su cuerpo no debería estar cambiando tan deprisa, pensó irritada. ¿Estaría comiendo lo que no debía? ¿Tendría que seguir una dieta especial por estar embarazada? ¿No sería que estaba un poco hinchada? Probablemente solo sería eso, se dijo para calmarse.

Como si no tuviera suficientes preocupaciones con Raffaele, que le había arrojado el guante con ese desafío humillante: «O me deseas… o no». Por supuesto que lo deseaba, ¡y bien que lo sabía él! Siempre se había sentido atraída por él. No era algo de lo que se sintiese orgullosa, pero era algo que no podía evitar y que no había disminuido ni un ápice. Aunque ahora que iban a pasar mucho tiempo juntos tal vez el roce y el desgaste diario diluyera ese deseo, pensó esperanzada mientras salían del ascensor al llegar al vestíbulo del hotel.

Winnie apareció en ese momento y se acercó a ellas.

–¿Por qué vas vestida con ropa de Zoe?

–No preguntes –contestó Vivi con una mueca–. ¿Dónde está

Raffaele?

–En el bar, con una rubia muy guapa llamada Elisa –respondió Winnie con las cejas enarcadas–. Según parece está deseando conocerte y convertirse en tu nueva mejor amiga.

–¿En serio? –inquirió Vivi sorprendida.

–Dice que siente que es su deber, como «amiga» de Raffaele, aconsejarte y ayudarte –le explicó Winnie, poniendo los ojos en blanco.

–¿Ayudarme?

–Sí, porque como provenimos de un estatus social distinto…

–Lo que me faltaba por oír… –mascულló Vivi, dirigiéndose al bar.

Tenía las mejillas encendidas porque sabía que vestida como iba no era precisamente el culmen de la elegancia. A Zoe le quedaba bien esa ropa porque era bajita, pero ella era bastante más alta, y ahora que estaba empezando a tener más curvas por el embarazo encontrar ropa adecuada iba a ser una pesadilla.

Sin embargo, ninguno de esos pensamientos ocupaba la mente de Raffaele cuando la vio entrar en el bar caminando con la gracia de una bailarina. Parecía una fantasía hecha realidad, pensó, excitándose como un adolescente. Pero es que tenía unas piernas preciosas, desde esos tobillos tan finos hasta los muslos bien torneados. Bajo el top se marcaban sus senos, que parecían un poco más generosos de lo que recordaba, pero, luchando como estaba por no dejar entrever su excitación, no entró a preguntarse el porqué. Apretó los dientes y la agarró de la mano para atraerla hacia sí.

–Vivi, quiero presentarte a Elisa.

Ella le lanzó una mirada que no pudo ser más breve, pero fue como si una ola la golpeara, haciéndola fijarse en cosas en las que no se quería fijar. Las luces del vestíbulo arrancaban destellos del corto cabello negro de Raffaele, una sonrisa adornaba sus sensuales labios, y ella se moría por tumbarlo en la moqueta, y besar su boca y cada centímetro de su piel. Le costó recobrarse de ese instante volátil de eróticas fantasías y centrarse en la mujer a la que le estaba presentando.

–Soy Elisa Andrelli –dijo la atractiva rubia. Cuando fue a besarla en ambas mejillas tuvo que ponerse de puntillas–. ¡*Dio mio*…!, ¡sí que eres alta!

–Uno ochenta con estos tacones –asintió Vivi, esbozando una

sonrisa vergonzosa–. Mis dos hermanas son más bien bajitas, así que de niña me sentí feliz cuando llegué a ser más alta que ellas. Así, como Winnie es mayor que yo, podía mirarla por encima del hombro cuando discutíamos.

–Siempre tan guerrera… –observó Raffaele divertido.

–Pues sí, así soy yo –murmuró Vivi.

Sintió vergüenza al ver que la rubia estaba mirándola de arriba abajo, pero levantó la barbilla con indiferencia.

–Conozco las mejores boutiques de ropa en Florencia –le dijo Elisa–. Podría aconsejarte qué comprarte para las ocasiones especiales.

–No necesito consejos a ese respecto–le contestó Vivi con una sonrisa forzada–, pero te lo agradezco –añadió, tratando de parecer sincera.

Raffaele la llevó aparte.

–No has sido muy amable –la increpó–. Sé que Elisa puede parecer condescendiente, pero su intención es buena.

Vivi se sonrojó, irritada. Estaba empezando a darse cuenta de cómo la afectaba todo lo que dijera Raffaele, en comparación con otras personas. Bastaba con que le hiciera una pequeña crítica para que le hirviese la sangre. Debería haber sabido que Raffaele se daría cuenta de que no estaba siendo sincera, pero no se había esperado que fuera a reprenderla por ello.

–¿Y quién es esta Elisa, si puede saberse?

–Nuestra vecina más próxima. Su historia es bastante triste: perdió a su marido, al que conocía desde niña. Murió de leucemia –le dijo Raffaele–. Creo que se siente sola. Después de haber pasado tantos años con su pareja, se ha encontrado con que no tiene apenas amigas.

–Vaya, qué mala suerte… –murmuró Vivi.

En adelante, se prometió, se abstendría de prejuzgar a personas a las que acababa de conocer. Había sentido antipatía hacia aquella mujer solo porque era guapa y parecía conocer a Raffaele bastante bien. ¿Pero por qué? Lo cierto era, admitió espantada para sus adentros, que se había vuelto tan posesiva con él como un perro con un hueso. «O me deseas… o no».

Al recordar esas palabras sintió que le ardían las mejillas y se puso tensa. No era tan tonta como para volver a cometer el error de

encontrarse sintiendo apego hacia Raffaele para que luego él acabara marchándose. El recuerdo humillante de lo que había ocurrido dos años atrás todavía permanecía en su mente como una advertencia. No, no lo deseaba y no iba a tener con él más interacción que la estrictamente necesaria, se dijo. En público, si se veía obligada a hacerlo, se comportaría como su esposa, pero de puertas para adentro no tenía por qué seguir interpretando ese papel.

Raffaele miró a Vivi, que se había quedado dormida junto a él durante el viaje en su jet privado y se levantó para echarle por encima una manta. Debería haber mencionado que había un camarote con una cama donde habría estado más cómoda. Tenía que empezar a preocuparse más por ella y pensar en antemano en esas cosas, se reprendió. Vivi era ahora su esposa, su responsabilidad, igual que el bebé que llevaba en su vientre.

Tenía ojeras y estaba muy pálida. Probablemente estaba agotada. Y él ni siquiera había concertado una cita en la clínica de Florencia en la que quería que conntrolaran su embarazo. Sí, tenía que empezar a ser más previsor, a pensar más en los cuidados que necesitaba y menos en acostarse con ella.

Cuando la zarandeó suavemente por el hombro, una media hora después, Vivi entreabrió los ojos, parpadeó y murmuró adormilada:

–¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

–Desde que despegamos. Acabamos de aterrizar.

Vivi abrió mucho los ojos y se levantó apresuradamente. Se calzó un zapato que se le había caído mientras dormía y se alisó un poco la ropa con las manos.

–¿Y ahora qué? –inquirió, intentando no parecer cansada del viaje.

–Un helicóptero nos llevará a mi *palazzo*. No tardaremos ni veinte minutos en llegar, y entonces podrás descansar y relajarte –le dijo Raffaele mientras se dirigían a la salida–. El Palazzo Mancini ha pertenecido a mi familia durante generaciones –le explicó, asiéndola del codo para ayudarla, cuando comenzaron a bajar la escalerilla del avión–. Siempre ha sido mi hogar.

–Mi abuelo también vive en una casa enorme, a las afueras de

Atenas –le dijo ella. No como sus hermanas y ella antes de que entrara en sus vidas–. Tengo muy pocos recuerdos de mis padres. Era muy pequeña cuando murieron, y Zoe no era más que un bebé, pero Winnie sí se acuerda de ellos.

–Debió de ser muy duro para vosotras –murmuró Raffaele.

Cuando llegaron al helicóptero, que estaba esperándolos a unos metros, ante la duda de cómo iba a hacer Vivi para subirse al aparato con los tacones que llevaba, optó por tomarla en volandas y la subió él mismo.

Aturdida por verse levantada como una pluma, Vivi ocupó el asiento más próximo y se abrochó el cinturón de seguridad. No le gustó el vaivén del aparato cuando despegaron, ni disfrutó del vuelo con las náuseas que tenía mientras Raffaele, como si fuera un guía turístico, se dedicaba a señalarle los edificios más emblemáticos cuando lo último que quería era mirar nada.

–Y allí está el *palazzo*… Desde ningún sitio se aprecia mejor su belleza que desde el aire –insistía en torturarla Raffaele en sus explicaciones mientras ella se esforzaba por no vomitar–. No estás mirando, Vivi… ¿Por qué no estás mirando?

–¡Porque tengo náuseas! –le espetó ella irritada.

El desconcierto de Raffaele era tan palpable que casi resultaba cómico. Cuando este alcanzó una bolsa de papel por si tenía que vomitar y se la dio, Vivi se sintió culpable. No sabía por qué se irritaba con él por las molestias que tenía cuando los dos eran responsables de su embarazo.

–Perdona –murmuró, rogando por que no tuviera que hacer uso de la bolsa delante de él.

Gracias a Dios unos minutos después el helicóptero volvía a posarse en tierra firme. Cuando se bajaron del aparato suspiró aliviada, aunque seguía con náuseas.

–Deberías haberme dicho que no te encontrabas bien –le dijo Raffaele mientras la conducía al coche que estaba esperándolos.

–Es la primera vez que me pasa, y como dijiste que sería un vuelo corto no quería parecer una quejica –contestó ella–. De todos modos, no debería haberme puesto como me he puesto contigo hace un momento.

–Estoy empezando a acostumbrarme –apuntó él, encogiéndose de hombros–. Sueles hablar sin pensar…

En otras palabras, la tonta era ella, dedujo Vivi, sintiendo lástima de sí misma. Solo cuando el coche estaba aproximándose al palacete se dio cuenta de lo enorme que era. Ocupaba toda la colina. Ahora entendía que Raffaele le hubiera dicho que podría haberse llevado a Zoe con ella si hubiera querido, pensó, abrumada por la grandiosidad de las estatuas que adornaban la fachada y los jardines que estaban atravesando. Y esa incomodidad no disminuyó cuando el mayordomo, Amadeo, les abrió la puerta y entraron en el inmenso vestíbulo, decorado con espectaculares frescos, donde fueron recibidos por el resto de los miembros del servicio, dispuestos en línea.

Vivi se temía que en algún momento alguien le dijera que allí estaba fuera de lugar y le pidiesen que se marchase de allí. No era lo bastante sofisticada. No tenía una doncella, ni una asistente personal, pero Raffaele le presentó uno a uno a los miembros del servicio.

Era muy instructivo ver la pompa y la ceremonia que rodeaba la vida de Raffaele, y que, según parecía, para él era algo completamente normal. Y era lógico, porque se había criado en aquella enorme casa con todas esas personas a su servicio, pero ella sería incapaz de acostumbrarse a vivir así. En cuanto su matrimonio terminara, volvería a su día a día con profundo alivio.

Pero antes tenía que hablar con Raffaele sobre esa idea suya de que aprovecharan esos meses que iban a pasar juntos para dilucidar si podrían hacer que ese matrimonio funcionara.

Raffaele necesitaba una esposa acorde con su palacete, no una empleada con un título de marketing, una joven que se había quedado embarazada por accidente y que solo podría codearse con gente como él por ser la nieta de un hombre muy rico, excéntrico, controlador y pendenciero.

–¿Quieres descansar un poco? –le preguntó Raffaele, como si fuera una anciana, mientras subían las escaleras.

–No, me gustaría darme una ducha, cambiarme de ropa y comer algo –le contestó ella–. No soy una frágil damisela, Raffaele, solo estoy embarazada y un poco más cansada de lo habitual.

–Pero antes tenías náuseas –le recordó él.

–Eso es normal –replicó Vivi. No quería que la viera como a una persona débil que necesitaba que la cuidaran.

–Bueno, la verdad es que yo de embarazos no sé nada.

Cuando Raffaele se detuvo y abrió las puertas de un dormitorio gigantesco con una cama con dosel sobre una tarima se quedó boquiabierta.

–Madre mía… Este sitio es como un museo… ¿O es que se visita y esta habitación es parte del recorrido?

–No, es mi dormitorio –le contestó Raffaele. Aquella no era la reacción que había esperado de ella–. ¿No te gustan los edificios antiguos?

–Sí, pero se me hace rara la idea de vivir en uno –admitió ella, preguntándose por qué estaba mostrándole su dormitorio.

–Ven, te enseñaré dónde está tu habitación para que puedas ponerte cómoda –le dijo, conduciéndola hasta una puerta que se comunicaba con una habitación contigua.

Aliviada de que fuera a tener su propio dormitorio, también fue un alivio descubrir al entrar que no parecía salida de un museo. La decoración era más sencilla y menos recargada.

–Es preciosa –dijo.

Una breve sonrisa asomó a los labios de Raffaele y sus ojos se iluminaron.

–Nadie ha ocupado esta habitación desde que murió mi madrastra, así que la he redecorado y reamueblado para ti.

–O sea, que nunca pensaste que pudiéramos quedarnos en Londres –dedujo ella.

–No, ya te lo dije. Este es mi hogar, y espero que con el tiempo también llegue a serlo para ti –le dijo Raffaele.

A Vivi le resultaba difícil creer que de verdad quisiera eso. Al fin y al cabo solo se había casado con ella por dinero, y en un principio su intención había sido que sus caminos se separaran una vez hubieran pasado por el altar.

Según Raffaele su embarazo lo había cambiado todo, pero no lo esencial: que no había deseado nunca que permanecieran casados, y que no eran en absoluto compatibles como pareja. Y nada iba a cambiar eso, se dijo. Se sentía extrañamente vacía, y triste, pero supuso que lo único que le pasaba era que estaba cansada y que la intimidaba aquella casa tan opulenta.

–¿A qué hora se sirve la cena? –le preguntó.

–A las ocho, pero he pedido que te suban un tentempié. Te lo

traerán pronto.

Apenas se había marchado Raffaele cuando llamaron a la puerta y entró una criada joven con una bandeja. Le dijo que se llamaba Sofi y que iba a ser su doncella. Por suerte hablaba inglés. Le llevaba una tortilla y una ensalada que parecían deliciosas. Sofi la dejó comiendo, y pronto sintió que se le pasaban las náuseas. Unos minutos después, regresó Sofi, que le llevaba unas toallas limpias, y le mostró el vestidor. Había deshecho su equipaje, y colgado y guardado su ropa. Vivi se fijó en que las perchas del armario estaban forradas y que en los cajones había saquitos de plantas aromáticas.

La vida allí era como otro mundo, se dijo, nada que ver con cómo vivía la gente normal. Cuando Sofi volvió a marcharse, se echó en la cama para descansar un poco, y acabó quedándose dormida. Cuando se despertó, vio que estaba atardeciendo y, adormilada como estaba, se preguntó cómo podía ser que se sintiera tan cansada todo el tiempo, hasta que al instante siguiente recordó el motivo y se llevó una mano al vientre.

Pasaban de las siete, y al acordarse de que Raffaele le había dicho que la cena se servía a las ocho se apresuró a prepararse. Se desvistió, entró en el cuarto de baño y se metió en la ducha. En cuanto pudiera iría a una peluquería para alisarse el pelo, se dijo. No había tenido tiempo antes de la boda, con lo estresante que había sido todo. El pelo liso le sentaba mejor, y aunque estuviera embarazada no tenía por qué renunciar a ser un poco coqueta.

Cuando salió del baño, envuelta en una toalla, se encontró con que Sofi había regresado, por si necesitaba algo, le dijo, y añadió que sabía hacer distintos peinados y maquillar. Resultó ser una peluquera muy habilidosa, porque hizo un verdadero milagro con su pelo rizado, y Vivi se miró maravillada en el espejo cuando hubo acabado el elegante recogido que le había estado haciendo.

A ella los recogidos siempre se le habían dado fatal, y las veces que se lo había recogido había acabado pareciendo el mocho de una fregona.

Le dio las gracias a Sofi, y cuando se quedó a solas corrió al vestidor y agarró el único vestido largo que tenía, el que se había puesto el día que sus hermanas y ella habían conocido a su abuelo. Confiaba en que fuera lo bastante formal para no desentonar en

aquel ambiente tan lujoso.

Bajó con cuidado las escaleras porque se había puesto zapatos de tacón, y el mayordomo, Amadeo, le dio la bienvenida cuando llegó al comedor. Al entrar, descubrió, consternada, que se había equivocado al haberse puesto tan elegante. Raffaele también se había cambiado, pero llevaba unos vaqueros gastados y una camiseta blanca.

–Esto lo dice todo sobre nosotros –observó azorada, señalando su vestido con un ademán desdeñoso–. Tú vas informal y yo me he vestido de tiros largos.

–¿Qué es lo que dice eso sobre nosotros? –inquirió Raffaele–. Yo solo di por hecho que después de un día tan largo preferirías ponerte algo cómodo… como yo.

–Pero normalmente te vistes más formal para cenar, ¿o no? –insistió Vivi, decidida a que entendiera a dónde quería llegar.

–Bueno, sí –concedió él a regañadientes.

Vivi levantó la barbilla y avanzó hacia él, deteniéndose a unos pasos.

–Pues entonces no tienes por qué vestirte así solo por mí –le dijo.

Raffaele reprimió un suspiro y se preguntó por qué nunca, nunca acertaba con Vivi. Había intentado ser atento, pero de algún modo solo había logrado avergonzarla.

–Me estoy empezando a cansar de tu actitud derrotista y negativa –le dijo–. Comprendo que estás en una situación que no has escogido, pero a mí me pasa lo mismo y por lo menos estoy intentando que a los dos nos sea lo más leve posible.

Vivi, que no se había esperado ese reproche, se puso roja como una amapola.

–Eso no es verdad –protestó.

–Sí que lo es. Malinterpretas todo lo que hago, me guardas rencor, me juzgas…

–¿Por vivir en un palacete, como un príncipe? –le espetó ella, poniéndose a la defensiva.

–Nací y crecí aquí; esta es mi vida. ¿Esperas que pida perdón por eso? –le gritó Raffaele.

Su voz restalló como un látigo en sus oídos. Nunca lo había visto alzar la voz. Por el rabillo del ojo vio que Amadeo, el mayordomo,

salía discretamente, y Vivi no pudo sentirse más humillada.

–Ya he tenido bastante –le dijo, irguiendo los hombros y dirigiéndose a la puerta.

Sin embargo, Raffaele la siguió y se interpuso en su camino como un muro infranqueable.

–No. Por una vez en tu vida vas a escucharme.

–¡Y un cuerno! –le espetó ella, furiosa–. No voy a consentir que me hables en ese tono.

–Maldita sea, escúchame –masculló Raffaele, luchando por no perder los estribos.

Vivi le dijo de un modo muy grosero a dónde podía irse, lo esquivó y salió corriendo como alma que lleva el diablo. Subió las escaleras aún más deprisa, se metió en su dormitorio y se quedó plantada en medio de la habitación, jadeante. La puerta se abrió detrás de ella y se giró rígida como una vara.

–Vamos, Vivi, no podemos comportarnos así –le dijo Raffaele–. Mira, siento haberte gritado, pero es que hay veces que me sacas de quicio.

–Ya. Parece que ocurre con mucha frecuencia –murmuró ella. La disculpa de Raffaele la aplacó un poco, y la alivió que ya no parecía enfadado–. No sé por qué.

–¿No lo sabes? –inquirió él, enarcando una ceja–. Lo haces para mantener las distancias conmigo.

A Vivi le inquietó que pudiera interpretar sus motivaciones con tanta facilidad, que se hubiera dado cuenta de que estaba intentando evitar intimar con él.

–Así nos evitamos problemas –balbució desconcertada.

–No ahora que estamos casados y que viene un bebé en camino –replicó Raffaele–. Las chispas que saltan entre nosotros podrían provocar una hoguera.

Vivi se tensó aún más.

–Habla por ti –masculló.

Raffaele nunca había conocido a una mujer tan terca como ella. Se acercó, plantándose delante de ella, y solo entonces se dio cuenta de que Vivi estaba temblando y de la ansiedad que había en sus ojos.

–Vivi… Yo jamás te haría daño –murmuró con voz trémula, horrorizado de ver que estaba mirándolo con miedo.

–Es que… antes… cuando me has gritado… –dijo ella en un hilo de voz, aunque no estaba segura de que eso hubiera sido lo que la había hecho reaccionar así–. Es una reacción instintiva que tengo desde niña cuando algún hombre me grita. En los hogares de acogida en los que estuve aprendí que a veces los gritos iban seguidos de golpes y si no te quitabas de en medio rápidamente podías llevarte alguno.

–Te juro que no volveré a gritarte jamás –le dijo Raffaele, acariciándole la mejilla con una mano temblorosa–. Jamás. No tenía ni idea de que hubieras pasado por algo así.

–Es algo de lo que no me gusta hablar –admitió ella con voz entrecortada, agitada por aquella conversación que estaban teniendo y porque de repente se encontrase en su dormitorio.

Raffaele la había acusado de guardarle rencor y de juzgarlo, de levantar muros constantemente entre ellos, y la abrumaba que no se hubiera equivocado en nada de eso. La había calado, admitió, sintiéndose culpable. La había puesto frente al espejo, negándose a permitir que continuara escondiéndose tras esas excusas vacías, y todo eso la hacía sentirse muy incómoda. Eso era lo que la había hecho salir corriendo, admitió abochornada para sus adentros.

–Lo entiendo. Pero, si es algo que desencadena ese miedo en ti, creo que es algo importante, que deberías haberme contado –murmuró Raffaele. Le acarició el labio inferior con el índice, y sintió de inmediato cómo su entrepierna palpitaba de deseo–. Créeme, tengo muchos defectos, pero jamás te haría daño –le aseguró.

Como si hubiera pulsado un botón, se disipó la tensión de Vivi, y esta le sonrió vacilante.

–Perdóname por todo este drama… –le dijo–. Aunque cuando Amadeo te oyó gritar también se quedó tan patidifuso como yo y se quitó de en medio antes que yo.

Raffaele sonrió vergonzoso.

–Creo que nunca antes me había oído gritar. Soy un hombre muy calmado.

–Hasta que me conociste a mí…

–Hasta que te conocí, *bella mia* –murmuró Raffaele, inclinando la cabeza.

Vivi sabía que estaba a punto de besarla, y sabía que debería

apartarse, pero no se movió, y sintió que una ola de calor afloraba en su vientre solo con imaginar ese beso.

Capítulo 9

LOS labios de Raffaele descendieron sobre los suyos para besarla con una sensualidad explosiva. Jamás había experimentado nada igual. Era justo lo que su cuerpo necesitaba, por más que se negara a reconocerlo. Una ráfaga de deseo la sacudió, y sintió que sus pechos se hinchaban y que sus pezones se endurecían, al tiempo que su sexo se humedecía.

¡Y todo por un simple beso!, se dijo asombrada, mientras se apretaba contra el cuerpo musculoso de Raffaele. Quería más, mucho más… Quería que la poseyera, y la perturbó la fuerza del deseo que despertaba en ella.

–¡*Per l'amor di Dio*…! ¡Te deseo tanto…! –susurró Raffaele.

Le tiró de los tirantes del vestido, y se lo bajó para dejar al descubierto sus pechos con los pezones sonrosados suplicando su atención. La hizo caminar hacia atrás, la empujó sobre la cama y se colocó a horcajadas encima de ella. Cerró su boca hambrienta sobre uno de aquellos tentadores pezones, más excitado de lo que nunca había estado.

–Me encantan tus pechos… –murmuró.

Allí tendida, Vivi se dio cuenta de repente de que estaba dejándole hacer, de que Raffaele estaba bajándole del todo el vestido con manos decididas y ella no se lo estaba impidiendo. «Pero es que no quiero que pare…». Esas palabras acudieron solas a su mente, y era como si su cerebro no las pudiera ignorar. Enredó sus dedos en el corto cabello negro de Raffaele y se estremeció, excitada por cómo le lamía los pezones y luego se los mordisqueaba suavemente. Quería más, muchísimo más…

Aquello no era más que sexo. No había nada de malo en utilizar

a un hombre para obtener placer. Los hombres llevaban utilizando a las mujeres durante siglos. ¿Por qué no podía ser al revés por una vez?, se dijo, agarrándolo por la cabeza para unir de nuevo sus labios a los de él en otro apasionado beso.

Los besos de Raffaele eran tan adictivos…, pensó levantando las caderas para ayudarle a que le acabara de quitar las braguitas. No podía creerse lo que estaba haciendo, pero no podía parar. Y entonces sintió el peso del cuerpo de Raffaele, inclinándose de nuevo sobre ella, y la envolvió su aroma, tan viril, mezclado con el olor de su colonia. Había algo en él que la volvía loca cuando lo tenía tan cerca.

Sus manos descendieron por la espalda de Raffaele hasta llegar a las caderas, y luego volvieron a subir, tirándole de la camisa para sacársela de los pantalones. Encontró los botones y los desabrochó torpemente. Cuando empezó a tirarle de nuevo de la camisa, por fin Raffaele captó el mensaje y se la quitó y la arrojó a un lado. Al ver su torso desnudo, con esos músculos tan bien definidos, a Vivi se le hizo la boca agua.

Debajo de esos elegantes trajes de ejecutivo que llevaba era todo músculo y piel firme y bronceada. Le encantaba su cuerpo. Le gustaba mucho, muchísimo… Aquel pensamiento le sorprendió de tal manera, que abrió los ojos y se quedó mirándolo, parpadeando.

–¿*Che cosa*…? –inquirió él con esa voz aterciopelada, parpadeando también, contrariado.

–No es nada –balbució ella.

No era justo que un hombre tuviese unas pestañas tan largas y espesas, había pensado el día que lo había conocido. Pero es que además sus ojos eran arrebatadores, y esos rasgos tan masculinos y atractivos…

El corazón le martilleaba contra las costillas, y cuando la mano de Raffaele subió por la cara interna de su muslo, un cosquilleo de deseo la recorrió. La acarició, suavemente, de un modo casi juguetón, haciendo que su espalda se arqueara y sus caderas se despegaran de la cama. Era un deseo tan fuerte que no podía controlarlo ni luchar contra él. No podía sofocar esas llamas y volver a ser la chica inocente que había sido una vez.

–Si hay algo que te preocupe, deberías decírmelo –murmuró Raffaele mirándola a los ojos.

No podía creerse que Vivi no estuviese intentando detenerlo, y sentía curiosidad por saber qué había provocado aquel milagroso cambio.

–Lo que me preocupa es que estás hablando demasiado –se quejó Vivi–. Vas demasiado despacio…

De ninguna manera iba a decirle la verdad, que a veces la fascinaba de tal modo, que se convertía en una mujer a la que despreciaba, una mujer débil, sin capacidad alguna de autocontrol.

–No, esta noche será como debería haber sido nuestra primera vez y no lo fue –le dijo Raffaele con decisión.

–Pero si la primera vez… estuvo bien –protestó ella.

–Estuvo bien, sí, pero fue todo demasiado apresurado, demasiado apasionado…, como un par de adolescentes haciéndolo por primera vez –arguyó Raffaele.

Era evidente que eso lo había herido en su orgullo.

–¡Jamás harás lo que te pido!, ¿verdad? –se quejó Vivi irritada.

–Probablemente no –asintió Raffaele, con un brillo divertido en los ojos.

Sus labios se abalanzaron de nuevo sobre los de ella. Le avergonzaba admitir que la primera vez que lo habían hecho él había perdido el control por completo. Esa vez solo un terremoto conseguiría distraerlo de su propósito.

Deslizó la mano por el muslo de Vivi, deleitándose en el tacto de satén de su piel y en lo húmedo que estaba su sexo. Quería hacer algo que no había hecho la vez anterior, algo que la volviera loca. El día que lo habían hecho por primera vez había sido un egoísta, acostumbrado como estaba a que las mujeres con las que se había acostado antes que con ella hacían todo lo posible para complacerlo. Él jamás había sentido la necesidad de impresionar a una mujer dándole placer, y esa novedad, ese desafío, lo excitó aún más.

Cuando Raffaele inclinó la cabeza sobre la parte más íntima de su cuerpo, Vivi se quedó paralizada.

–¡No!, ¡no hagas eso! –gimió, toda vergonzosa, de solo pensar en lo que iba a hacer.

Vivi cerró los ojos, diciéndose que podía soportarlo y que probablemente Raffaele sabía lo que estaba haciendo. Era una de las ventajas de ser un amante experimentado, se dijo, aunque le

hervía la sangre solo de imaginarlo con otra mujer… ¿Pero por qué reaccionaba así?, se preguntó anonadada. Raffaele no le pertenecía. Aquello no era más que algo temporal, y cuando su bebé hubiera nacido…

Una intensa explosión de placer aturdió su mente, arrancando un gemido ahogado de su garganta. Fue como si el tiempo se detuviera, y las emociones que la recorrían se fueron agolpando en su interior, haciéndola tensarse más y más. Levantó las caderas, y el calor que ardía en su pelvis se extendió por todo su cuerpo. Un gritito escapó de sus labios, y la vista se le nubló al alcanzar el orgasmo, un orgasmo que la dejó sin aliento.

Raffaele le sonrió y la besó apasionadamente mientras los últimos coletazos de placer aún se extendían como un eco por todo su ser. Vivi le rodeó con sus brazos, y la inquietó la apremiante necesidad que sentía de estrecharlo contra sí.

–Eres increíble, *tesoro mio*… –murmuró Raffaele.

Nadie le había dicho antes que era increíble, y los ojos se le llenaron de lágrimas, lágrimas de emoción. Raffaele hizo que le rodeara la cintura con las piernas y se hundió en ella con una certera embestida. Tenerlo dentro de sí era una sensación exquisita, pensó mientras el interior de su cuerpo se expandía para acomodarse a él, y fue en aumento con la gloriosa fricción que provocaba cada vez que Raffaele sacudía sus caderas contra las suyas cuando comenzó a moverse. El corazón le latía muy deprisa, y pequeñas oleadas de placer empezaron a sacudirla de nuevo hasta que se encontró jadeando, moviéndose al unísono con él, al borde de la locura. La deliciosa tensión que estaba acumulándose en su pelvis era cada vez mayor, igual que su excitación, y sintió que perdía por completo el control sobre sí. Pronto otro orgasmo la sacudió y sintió como si una bola de fuego estallara en su interior, disparando ráfagas de placer por todo su cuerpo. Gritó, extasiada, y Raffaele, que estaba tenso como la cuerda de un arco, se estremeció cuando él también alcanzó el clímax.

Se quitó de encima de ella, pero, para su sorpresa, la atrajo hacia sí y la rodeó con sus brazos.

–Acabamos de demostrar que, si nos damos una oportunidad, este matrimonio podría funcionar–dijo jadeante.

Y, así, de un plumazo, Vivi pasó de estar maravillosamente

relajada a que le entraran ganas de golpearlo en el pecho con ambos puños. Por el tono de su voz sabía que Raffaele estaba sonriendo, pero no quería levantar la cabeza y ver esa sonrisa. ¿En qué momento había olvidado qué clase de persona era Raffaele en realidad? Siempre tenía intenciones ocultas y acababa de recurrir al sexo para intentar hacerla caer en la trampa de esa idea suya de que se dieran una oportunidad.

Debería haber mostrado más capacidad de autocontrol; debería haberle parado los pies cuando había empezado a besarla, se reprendió irritada. Pero jamás conseguía comportarse de forma sensata cuando Raffaele estaba por medio. Siempre la pillaba desprevenida porque era calculador e inteligente, y siempre actuaba con un objetivo en mente.

–Solo ha sido sexo –masculló incómoda–. No significa nada.

Raffaele apretó los dientes, irritado.

–Claro que significa algo. Eres mi esposa. Esto es un comienzo – le dijo con arrogancia.

–Pero es que yo no he dicho que estuviera de acuerdo con eso de que demos una oportunidad a este matrimonio –le dijo Vivi casi en un susurro. Estar teniendo aquella conversación cundo estaba desnuda en la cama con él la hacía sentirse muy, muy incómoda–. Creo que es una tontería. Acordamos que seguiríamos casados hasta que naciera el bebé, y me parece que eso es más que suficiente.

Raffaele se incorporó, apoyándose en el codo para mirarla.

–¿Pero qué tienes que perder? –apuntó–. Ocurra lo que ocurra, vamos a pasar juntos los próximos nueve meses. Si esto funciona, pues funciona, y si no, pues no.

–Jamás funcionará –le aseguró Vivi.

–Pero al menos podrías intentarlo. Tampoco te cuesta nada.

Vivi palideció y cerró los ojos con fuerza. Raffaele intentaba parecer razonable, y estaba intentando hacer que se sintiera mal por negarse. Pero lo que no sabía, lo que era imposible que comprendiera era que solo estaba tratando de protegerse a sí misma, que no quería que le hicieran daño.

¿Y si se daban esa oportunidad y ella empezaba a ilusionarse y de repente un día él decidía que después de todo no quería seguir adelante con aquel matrimonio? ¿Y si solo estaba manipulándola? Al fin y al cabo, había estado dispuesto a llegar a extremos

insospechados para convencerla de que se casase con él y sacarle dinero a cambio a su abuelo, aunque no lo necesitaba porque ya era inmensamente rico.

¿No sería más bien que, ya que tenían que pasar los próximos meses juntos, había pensado en aprovechar la ocasión para procurarse también sexo? ¿Podría ser que solo estuviera tratando de utilizarla? ¿O estaría paranoica? Raffaele podía elegir entre otras muchas mujeres, mucho más sofisticadas que ella, se dijo, razonando con más calma. Y aunque ahora era un hombre casado, aún habría muchas mujeres dispuestas a acostarse con él porque era rico, joven y muy, muy guapo.

Además de que era increíble en la cama, añadió para sus adentros, y notó que se le subían los colores a la cara. ¿Por qué iba a querer utilizarla solo para satisfacer sus necesidades? No, decidió finalmente, lo más probable era que fuera en serio al proponerle que le dieran una oportunidad a aquel matrimonio. Y, si iba en serio, la cobardía, el temor a que le hicieran daño, no era una buena excusa. Tendría que buscarse otra mejor.

Inspiró profundamente, abrió los ojos y alzó la vista hacia él.

–No sé, es que… no me siento cómoda en esta casa. Es tan… pomposa.

–Puedes hacer los cambios que quieras –le dijo Raffaele, sorprendiéndola con esa respuesta–. No ha habido una señora de la casa desde que murió mi madre, hace más de veinte años, y el servicio se rige por las mismas normas que cuando vivía mi abuela.

–¿Y tu madrastra no hizo ningún cambio? –le preguntó Vivi.

–Siempre estaba drogada, o en rehabilitación, o de compras –contestó él con aspereza.

–No te caía bien, ¿eh?

–¿Cómo podría haberme caído bien? No quería a mi padre, ni a mí… ni siquiera a su propia hija. Lo único que le interesaba era el dinero de mi padre y vivir bien, nada más. La recuerdo gritándole a mi padre que quedarse embarazada y haber tenido a Arianna había sido un tremendo error.

Vivi contrajo el rostro y no dijo nada, pero dedujo que la infancia de Raffaele, aunque su familia hubiese sido rica, no había sido tan idílica como ella, ingenuamente, había dado por hecho. Él la había juzgado mal, sí, pero ella había hecho lo mismo porque

solo se había fijado en cosas tan superficiales como su entorno y su dinero, admitió avergonzada.

–Y si tan horrible era, ¿por qué no se divorció tu padre de ella?

–Porque era de las personas que creían que el matrimonio es para siempre, pero además sospecho que se sentía incapaz de afrontar que había cometido un terrible error al volver a casarse tan pronto tras la muerte de mi madre. Se sentía solo, y aún no había pasado la etapa del duelo. No estaba en condiciones de tomar una decisión de ese calibre. Creo que ni siquiera creía que existieran mujeres tan corrompidas como la madre de Arianna. Mi padre era muy joven cuando se casó por primera vez; no tenía mucha experiencia en lo que se refería a las mujeres.

–Entonces, ¿has dicho en serio lo de que si quisiera podría hacer cambios aquí, en esta casa? –inquirió Vivi, volviendo al principio de su conversación.

–Pues claro; es tu nuevo hogar. Si vamos a vivir aquí como una familia de verdad, quiero que te sientas cómoda.

–No pongas la carreta por delante de los bueyes –le advirtió Vivi–. A veces resultas avasallador.

–Y yo creo que en el fondo es algo que te gusta de mí –arguyó Raffaele, inclinándose para tomar sus labios con un beso que hizo que la recorriera un cosquilleo de placer.

Vivi se apartó, rodando sobre el costado. Temía que pudieran volver a sucumbir al deseo si se quedaba cerca de él.

–No creo que podamos funcionar como pareja –le dijo–. No tenemos mucho en común.

–Bueno, yo diría que la química que hay entre nosotros y que vayamos a tener un bebé ya es un buen comienzo –apuntó Raffaele con una sonrisa seductora.

–Está bien, nos daremos una oportunidad –claudicó Vivi a regañadientes. Y se apresuró a bajarse de la cama cuando él intentó atraerla hacia sí–. Voy a darme una ducha y a comer algo. Me muero de hambre.

–En la primera casa en la que me acogieron la mujer era un encanto, pero su marido era un borracho –le explicó Vivi con expresión sombría–. Fui testigo de unas escenas de una violencia

horrible, porque muchos días, cuando volvía a casa por las noches pegaba a su mujer. Yo estaba en el rellano del piso de arriba, oyéndole gritar, y rezaba por que no le hiciera mucho daño. Una noche entró en mi cuarto, se sentó en mi cama y me dijo que ya era muy mayor…

–¿Qué edad tenías? –la interrumpió Raffaele con voz ronca, enfurecido de solo imaginar que hubiera tenido que pasar por esas experiencias de niña.

–Trece, aunque no estaba muy desarrollada –murmuró ella–. Intentó tocarme y chillé –añadió estremeciéndose–. Entonces acudió su esposa y… bueno, después de aquello los servicios sociales me sacaron de allí.

–Confío en que en el siguiente sitio al que te mandaran estuvieras mejor –dijo Raffaele, espantado con lo que le estaba contando.

Estaba empezando a pensar que, en comparación con lo que había pasado Vivi, su madrastra, a la que tanto había detestado, no había sido tan mala. De hecho, probablemente la indiferencia de su madrastra hacia él lo había protegido de sus excesos cuando estaba drogada.

Vivi, en cambio, que había sido separada de sus hermanas porque resultaba difícil encontrar a una familia que quisiera acoger a las tres, se había encontrado completamente sola y sin nadie en quien apoyarse.

–Bueno, esa primera familia de acogida fue lo más malo que me ocurrió y, para ser sincera, tampoco fue tan terrible. De las tres, Zoe fue la que lo pasó peor. Por eso es como es –le dijo Vivi. De repente se sentía algo incómoda; no solía hablar de esas malas experiencias con nadie–. ¿Cómo diablos hemos acabado hablando de esto?

Raffaele reprimió una sonrisa. Había descubierto cómo sacar a Vivi de su caparazón, y no iba a revelar cuál era su secreto. Irónicamente, aquello era algo nuevo para él: preguntarse qué movía a otras personas a ser como eran. Fuera del mundo de los negocios, en el que la norma era analizar al contrincante, nunca había entablado una relación lo suficientemente cercana con nadie como para preocuparse por los motivos por los que hacían lo que hacían, o por qué pensaban como pensaban. Hasta la fecha Arianna había sido la única excepción a esa regla y ahora Vivi se había

convertido en la segunda. Si consiguiera que Vivi aceptara sus consejos, que lo escuchara… Pero no, era tan terca como una mula.

Ahora que estaba de siete semanas empezaba a notársele el embarazo, y se quejaba de ello porque al parecer a su hermana Winnie no se le había notado tan pronto. Además, tenía náuseas varias veces al día, aunque le quitaba importancia porque se suponía que era algo que conllevaba el embarazo. Todavía no había a un médico a que le hiciera una revisión, y decía que tampoco le hacía falta.

Él había comprendido que lo más inteligente era ocultarle su preocupación porque Vivi consideraba que, como hombre que era, no tenía que opinar sobre su embarazo, pero al menos había conseguido convencerla para que esa tarde fuera a hacerse una ecografía a la consulta de la obstetra más prestigiosa de Florencia. Por suerte Vivi tenía mucha curiosidad por ver al bebé en la ecografía, y él se había agarrado a eso para convencerla.

Vivi, que se sentía somnolienta aunque estaban sentados a la sombra, bajó la vista y miró con el gesto torcido su tripa, cada vez más visible por encima de los pantaloncitos del biquini que llevaba puesto. Estaba hinchándose como un globo, como había predicho Zoe, y no había nada que pudiera hacer. Y, sin embargo, se negaba a dejar que su embarazo le impidiera disfrutar al máximo de su nueva vida. Aquel pensamiento, algo desconcertante, la hizo sonreír, y paseó la mirada por los hermosos jardines bañados de sol que rodeaban la piscina privada del *palazzo*. La vista que se extendía más allá era aún más espectacular: hectáreas y hectáreas de campiña, con suaves colinas de viñedos, olivos y naranjos. Todo aquello era propiedad de los Mancini, que en la antigüedad habían sido señores feudales. De hecho, el padre de Raffaele había usado el título de duque toda su vida, aunque él no lo hacía, puesto que la ley ya no reconocía los títulos de la antigua nobleza.

Sin embargo, eso no impedía que los miembros del servicio se refirieran a él como «*il duca*» y a ella como «*la duchessa*», ni cambiaba el modo en que mucha gente veía a Raffaele y lo reverenciaba por la nobleza de su linaje. De hecho, ya no le sorprendía ese aire altivo, digno y aristocrático que antaño la había puesto de los nervios.

Era fin de semana y Raffaele estaba en casa. Por eso le

encantaban los fines de semana, porque podía tenerlo solo para ella. ¿Demasiado posesiva? Sí, se había vuelto muy posesiva, admitió para sus adentros algo azorada. Raffaele satisfacía todas las expectativas que ella tenía de lo que debía ser un marido, como si se hubiera tomado una poción mágica que lo hubiera dotado de todas esas cualidades.

No, no existía el hombre perfecto, se recordó, pero, si existiera, Raffaele estaría entre los primeros puestos de la lista de hombres perfectos del mundo. Al principio le había sorprendido lo mucho que le preocupaba que estuviera cómoda.

Ella, por su parte, había cambiado algunas cosas en el *palazzo*, cosas que probablemente llevaban haciéndose de la misma manera cien años. Ya no comían en el gigantesco comedor, rodeados de sirvientes que iban y venían, sino en una sala más pequeña y en un ambiente más relajante.

También había pedido que los menús fueran menos elaborados porque los dos comían de un modo bastante frugal, y había desterrado prácticas pasadas de moda como que el servicio se pusiera en línea para dar la bienvenida a Raffaele cuando llegaba a casa, y ni siquiera él se había dado cuenta de ese cambio.

Poco a poco estaba devolviendo la vida diaria en el Palazzo Mancini al siglo xxi. Sin embargo, en un principio el mayor desafío había sido encontrar algo con lo que ocupar su tiempo mientras Raffaele estaba en el banco.

Le había sorprendido descubrir que el *palazzo* sí abría al público una vez por semana, día que Raffaele siempre pasaba en el apartamento que tenía en la ciudad. Admiraba el hecho de que, a pesar de ser un hombre que valoraba mucho su intimidad, veía como un deber abrir las puertas del hogar de sus antepasados a los turistas, así como a historiadores y restauradores interesados en visitarlo.

Vivi se había quedado en el *palazzo* uno de esos días de visita, en vez de irse con él, para ver cómo se gestionaban esas visitas guiadas, y se le había caído el alma a los pies al comprobar que eran un desastre, porque los miembros del servicio, que no sabían nada de historia, arquitectura, pintura o escultura, se las veían y deseaban para responder las preguntas de los visitantes, mientras que el pobre Amadeo los atormentaba con un aburridísimo relato

sobre la historia de la familia.

Vivi había decidido hacerse cargo del asunto, contratando a un joven historiador para que escribiera la historia de la familia Mancini, y también a guías profesionales. Estaba pensando que podrían montar una tienda y una cafetería al final del recorrido porque había un montón de salas a las que no se les daba ningún uso, y todos esos planes la tenían muy ocupada.

Para su sorpresa, Raffaele le había dado carta blanca, y aunque al principio le había preocupado que estuviese cargándose con demasiado trabajo, al final había acabado dándose cuenta de que disfrutaba con aquello y que necesitaba sentir que tenía un propósito en su día a día, igual que él.

También había salido de compras con Elisa y Arianna, y había descubierto que se llevaba muy bien con la primera después de todo. Además, Raffaele y ella habían cenado varias noches con Tomasso y Arianna, que vivían juntos en una bonita casa en la ciudad.

Zoe había estado allí de visita unos cuantos días, y le había relatado, aunque sin demasiada preocupación –cosa que le había sorprendido–, los planes de boda que su abuelo le había dicho que tenía para ella. Le había dicho que, si tenía que vivir unos meses, como ella, como una princesa en un palacio en el extranjero, por ella no habría ningún problema.

Winnie y Eros también habían ido a visitarlos y se habían quedado un fin de semana, y Vivi se había quedado un poco contrariada cuando su hermana mayor le había dicho que durante su embarazo no había tenido tantas náuseas como ella.

Puso la mano cariñosamente sobre su vientre, preguntándose si el bebé sería una niña. Había leído en algún sitio que las embarazadas tenían más náuseas cuando el bebé era niña.

–Te estás durmiendo –murmuró Raffaele, acariciándole el dorso de la mano con sus largos dedos–. Anda, volvamos dentro. Tienes que prepararte para ir a la ecografía.

Vivi levantó la cabeza, y cuando sus ojos se encontraron con los de él una ráfaga de deseo la sacudió. Cada vez que miraba a Raffaele se despertaba en ella ese deseo que no podría reprimir. Pero solo porque era fabuloso en la cama, se dijo, nada más. Era perfectamente normal que provocara esa reacción en ella.

Ahora compartían cada noche la cama con dosel de Raffaele, que era mucho más cómoda de lo que parecía, y disfrutaban del cuerpo del otro. El sexo entre ellos era una diversión sana, nada más. Y hacían algunas cosas que tiempo atrás la habrían escandalizado, pensó, sonriendo para sus adentros. Porque lo más increíble de Raffaele, se dijo mientras la ayudaba a levantarse de la tumbona, era que, a pesar de que parecía convencional y conservador, en la cama era un salvaje, y maravillosamente desinhibido.

–Parece como si estuvieses a kilómetros de aquí –le dijo Raffaele mientras subían las escaleras para ir a su habitación–. ¿En qué piensas?

Vivi se sonrojó y, por toda respuesta, le sonrió vergonzosa.

–¡¿En serio?! –exclamó Raffaele, y de inmediato notó que se excitaba–. Si esto es cosa del embarazo y las hormonas, *bella mia*… espero que comprendas que probablemente quiera tener otro hijo tan pronto como podamos.

–¿Y pasar otra vez por las náuseas y todo lo demás? Ni hablar… ¡Te contentarás con uno y punto! –le espetó Vivi riéndose.

Mientras se besaban, ya en la intimidad de su habitación, Raffaele se dio cuenta de que Vivi había colmado de dicha su vida, y aquella revelación le maravilló, porque era una sensación que no había experimentado desde que había dejado atrás su infancia.

La obstetra escudriñó la pantalla mientras deslizaba el transductor por el vientre de Vivi, embadurnado con gel. ¿Habría visto algo malo?, se preguntó Vivi, preocupada, mientras Raffaele le apretaba la mano.

Pero la mujer, al ver lo inquieta que parecía, le sonrió y, señalándole la pantalla, le dijo:

–Aquí tiene a un chico muy sano, y detrás está su gemelo, que puede, o no, ser otro chico. No se puede ver bien, así que no puedo decirle qué sexo tiene.

–¿Otro bebé? –musitó Vivi con incredulidad–. ¿Quiere decir… que hay dos?

–Gemelos –le confirmó Raffaele, con voz algo temblorosa–. Vamos a tener gemelos. La doctora Fanetti sospecha que por eso

estás teniendo tantas náuseas. Y también explicaría por qué el embarazo parece estar desarrollándose más rápido de lo normal.

El rápido latido del corazón de los dos bebés inundó la sala y Vivi volvió a apoyar la cabeza en la camilla, aún aturdida. Gemelos… Dos bebés… Se había quedado muda. Y eso que hasta ese día le había costado hacerse a la idea de que iba a tener uno solo…

–Esto es tan emocionante… –murmuró Raffaele cuando salieron del edificio a la calle, bañada por el sol–. Nunca había habido gemelos en mi familia.

–Pero un embarazo de gemelos conlleva mayores riesgos –le recordó ella, nerviosa.

La doctora le había hecho toda una serie de indicaciones, y le había advertido de que debía cuidarse mucho más ahora que sabían que estaba embarazada de gemelos. Su barriga se pondría más grande que la de una mujer con un embarazo normal, estaría más cansada, y había una probabilidad mayor de que se produjese un parto prematuro.

–No salgo de mi asombro. Dos bebés y no uno… Es un salto descomunal, pasar de no tener hijos a tener dos.

–Contrataremos a varias niñeras –la tranquilizó Raffaele–. Y si hace falta le pediremos a la doctora que te haga más chequeos, más pruebas y más ecografías. Tomaremos todas las precauciones necesarias.

Vivi, en lo que estaba pensando era en que no sabía cómo podría criar a dos bebés ella sola, y estaba empezando a alegrarse de haber accedido a la propuesta de Raffaele de que le dieran una oportunidad a su matrimonio. Y de momento las cosas iban muy bien.

La había conmovido lo emocionado que se había mostrado Raffaele ante la noticia de que iban a tener dos bebés. ¿Cómo podría ignorar eso? Cualquier mujer valoraría esa emoción en el futuro padre de sus hijos. Raffaele le estaba brindando todo su apoyo, y era algo que nunca se hubiera esperado. La verdad era que muchos de los detalles que estaba teniendo con ella no se los había esperado.

Le llevaba flores a menudo, le hacía pequeños regalos… Estaba empezando a comprender por qué Arianna sentía la adoración que

sentía por su hermano mayor, y se daba cuenta de que, igual que él la había juzgado erróneamente dos años atrás, ella había hecho lo mismo con él. Y la verdad era que le sorprendía la rapidez con que la había prejuzgado en aquella ocasión, cuando por lo general era tan cauto en todos los sentidos.

–Podríamos salir a celebrarlo esta noche –le propuso Raffaele.

Se llevó la mano de Vivi a los labios, y se la besó mientras la miraba embelesado.

–Mírate, no puedo creérmelo –lo picó Vivi–: cuando creías que solo venía uno en camino te quedaste de piedra, y ahora que son dos…

–…me parece un milagro –concluyó él alegremente.

–¡Pues sí que te gustan los niños!

La sonrisa de Raffaele no podría ser más viril ni más encantadora.

–Si son nuestros, una mezcla de nosotros dos… sí, me encantan.

Vivi resistió a duras penas el impulso de pararse en medio de la calle y besarlo. No era una persona muy efusiva –nunca lo había sido–, pero había algo en Raffaele que hacía que le entraran ganas de lanzarse sobre él y estrecharlo entre sus brazos.

«¡Venga!, ¿por qué no lo reconoces? Estás coladita por él», se dijo. Sí, no podía negarlo. La hacía sentirse tan hermosa, irresistible y especial… Dos años atrás se había encaprichado de él por las razones más superficiales: su atractivo físico, su sofisticación, su encanto… Ahora, dos años después, buscaba algo más en un hombre y Raffaele estaba a la altura en todos los sentidos. No se avergonzaba de su amor por él. De hecho, amar a Raffaele la hacía sentirse completa, como si hubiera cerrado el círculo de las inseguridades que la habían perseguido hasta adolescencia, el miedo a encariñarse demasiado con alguien aparte de sus hermanas.

De vuelta en el *palazzo*, cuando se bajaron del coche apareció Amadeo corriendo y le soltó una parrafada en italiano a Raffaele, que miró a lo lejos, donde el mayordomo le señalaba. Había un helicóptero allí posado, y el piloto estaba de pie, junto al aparato.

–Ha venido tu abuelo –le dijo Raffaele a Vivi, volviéndose hacia ella.

Vivi enarcó las cejas.

–Vaya… eso sí que no nos lo esperábamos.

Raffaele resopló entre dientes.

–Y probablemente estará furioso, así que deja que me ocupe yo.

–¿Por qué iba a estar furioso? –inquirió ella sin comprender.

–Por ciertas medidas que tomé, a modo de venganza, por algo que él me hizo. Algo que, ahora que somos familia, reconozco que no fue muy buena idea –admitió Raffaele–. Tú sube a descansar; ya me ocupo yo.

–No, es mi abuelo y un viejo cascarrabias –replicó Vivi–. No voy a dejar que lidies tú solo con él.

Raffaele contrajo el rostro.

–Vivi… hay cosas que no sabes, y este no es el mejor momento para que las descubras. Mantente al margen… por favor.

Aturdida por esa confesión, Vivi palideció, pero no replicó y lo siguió en silencio. ¿Qué era lo que no sabía? ¿De qué no quería que se enterara? Al entrar en la casa Raffaele se separó de ella al pie de la escalera y se dirigió al salón. Vivi lo vio alejarse y permaneció un momento allí de pie, vacilante, hasta que lo vio desaparecer tras las sólidas puertas de madera. Se acercó hasta ellas y oyó a su abuelo gritándole a Raffaele que por su culpa había perdido millones de libras. ¿Millones de libras? Pero… ¿cómo podía ser eso? ¿Y qué era lo que había hecho Raffaele que había provocado que perdiera todo ese dinero? Vivi inspiró profundamente, abrió la puerta y entró…

Capítulo 10

DECIDME ahora mismo qué está pasando aquí –les dijo Vivi, adentrándose en el salón.Raffaele y su abuelo se volvieron hacia ella. Stam Fotakis estaba rojo de ira.

–¡Que he pedido millones de libras gracias a tu marido! Me tendió una trampa –gruñó.

–Una trampa que no habría funcionado si usted no hubiera estado vigilando todos mis movimientos en los mercados financieros y comprando acciones de las empresas que yo compraba –apuntó Raffaele.

–Pero… ¿por qué ibas a hacer algo así? –le preguntó Vivi a su abuelo.

–Porque es un genio de las finanzas. No soy el único que lo hace –gruñó el anciano, enfadado–. Solo que me tendió una trampa, sembrando pistas falsas para hacer que comprara acciones envenenadas y he perdido un montón de dinero.

–Explícate –urgió Vivi a Raffaele, y apretó los labios, impaciente.

–Mostré interés por una compañía que sabía que estaba a punto de quebrar, y ahora que se ha hundido tu abuelo me culpa por el dinero que ha perdido –replicó Raffaele.

–Y lo hiciste deliberadamente –murmuró Vivi palideciendo, aturdida por su comportamiento.

–No ha sido más que un tirón de orejas –se defendió Raffaele, con un gesto exasperado de desdén–. Tu abuelo aúlla como un lobo herido de muerte, pero lo que ha perdido no es nada en comparación con su fortuna.

Vivi seguía mirándolo anonadada.

–¿Pero por qué has hecho algo así? ¿Por qué no le advertiste? Sé

que no debería haberte estado espiando, pero, si sabías que lo estaba haciendo, ¿por qué no te limitaste a encararte con él? ¿Por qué querías que perdiera dinero?

Su abuelo, intuyendo en lo que podía derivar aquella conversación, decidió que era preferible batirse en retirada antes de que quedara al descubierto un secreto que lo desacreditaría a ojos de su nieta.

–Déjalo, Vivi –le dijo–. Lo hecho, hecho está.

–No. No puedes venir aquí hecho una furia y ponerte a gritar sin dar explicaciones –lo increpó Vivi. Apartó los ojos de él y miró a Raffaele–. Y también espero una explicación tuya de por qué le has hecho a mi abuelo lo que parece que le has hecho –le dijo.

Raffaele se paseó por el salón, airado, deteniéndose junto a la ventana antes de volverse hacia ella con semblante sombrío.

–Pensaba… pensaba decírtelo, pero cuando todo esto comenzó no me atrevía a contarte ciertas cosas que podrían hacer daño a mi hermana.

–¿A Arianna? –inquirió Vivi, cada vez más confundida–. ¿Qué diablos tiene que ver Arianna con todo esto?

Raffaele apretó los labios.

–Tu abuelo recopiló un dosier con información muy dañina sobre los mayores errores que Arianna ha cometido en su vida y me amenazó con entregárselo a la prensa. Ese dosier contiene detalles muy embarazosos que enfurecerían a la familia de su prometido, que es muy tradicional. Tenía miedo de que ese dosier destruyese su futuro junto a Tomasso.

Lo que estaba oyendo espantó a Vivi.

–¿Pero por qué harías algo así? –inquirió, volviéndose hacia su abuelo. Sin embargo, al mismo tiempo que decía esas palabras le pareció que las piezas encajaban, que aquello, por horrible que pareciera, tenía mucho sentido–. ¡Chantajeaste a Raffaele para que se casara conmigo! ¡Los dos me mentisteis! Los dos dejasteis que creyera que no era más que un trato entre vosotros por dinero. ¿Cómo pudiste chantajearle con hacer daño a Arianna, abuelo? Ella jamás me hizo ningún daño…

Raffaele miró asombrado a Stam Fotakis, que bajó la cabeza, lleno de vergüenza, y rehuyendo la mirada de su nieta.

–Era la única manera que tenía de forzar a Raffaele a que se

casara contigo, Vivi. Tenía que pagar por el daño que le había hecho a tu reputación. No es que me gustara usar eso para presionarle, pero estaba dispuesto a hacerlo por tu bien.

–¿Por mi bien? –repitió ella en susurro, estremeciéndose por el rechazo que le causaban sus palabras–. Chantajeaste a Raffaele amenazándole con destrozarle la vida a su hermana. Es repugnante e imperdonable. ¿Y dónde está ahora ese dosier? Confío en que lo hayas destruido.

–Aún no –intervino Raffaele–. Tenía que habérmelo dado el día de la boda, pero se negó a hacerlo. Pretendía seguir chantajeándome con él, y yo me negaba a dejar que continuara manejándome a su antojo.

–¡Faltaste a nuestro trato, Mancini! –lo increpó Stam, enfadado–. Dejaste embarazada a mi nieta.

–Fue usted el que hizo que nuestros caminos volvieran a cruzarse –le espetó Raffaele–. A usted también le toca pagar los platos rotos. Y ahora le ha hecho daño a Vivi, y eso no se lo puedo perdonar.

Vivi se quedó mirándolos con incredulidad. Todo lo que acababa de oír la estaba haciendo sentirse asqueada.

–Los dos me habéis hecho daño, y me habéis decepcionado –los increpó.

Su abuelo había acusado a Raffaele de haber faltado a su «trato». No podía creer que lo hubiera llamado así, y sus palabras resonaron en su cabeza mientras abandonaba el salón y se dirigía a las escaleras.

Su matrimonio había sido un trato entre los dos; el más cruel de los tratos. ¿Cómo podía haber olvidado esa realidad? Porque la había olvidado, había relegado a un rincón de su mente el hecho de que Raffaele solo se había casado con ella para conseguir un beneficio económico.

Aunque, a pesar de saber qué clase de persona era, esa explicación nunca le había parecido que tuviera mucho sentido, la había aceptado y no la había cuestionado. Y, por tanto, cuando había escondido la cabeza en la arena como un avestruz, porque eso era lo que había hecho, era culpa suya que ahora la dura realidad le hubiese dado una bofetada.

Su abuelo había chantajeado a Raffaele para que se casase con

ella, lo había obligado a convencerla si no quería que destruyese el futuro de Arianna. Ella sabía lo mucho que Raffaele quería a su hermana, y que habría hecho cualquier cosa para evitar que le hicieran daño.

Y ella, sin pensarlo siquiera, le había perdonado que hubiera intentado chantajearla con despedir a otros empleados de Hacketts Tech. Al final esa preocupación se había esfumado cuando se había quedado embarazada, y ese había acabado siendo el motivo por el que había aceptado casarse con él. Sin embargo, no había puesto freno a sus incipientes sentimientos por Raffaele, unos sentimientos de los que llevaba tanto tiempo renegando. En el fondo siempre había querido a Raffaele, y cuando por fin habían sellado sus votos ante el altar, había preferido no hacer demasiadas preguntas incómodas respecto a qué lo había llevado de vuelta a su vida.

Un trato… Esa era la base del matrimonio con el que era tan feliz. No era precisamente una base sólida para una relación con hijos de por medio. Se sentó a los pies de la cama, sintiéndose como una muñeca de trapo a la que habían zarandeado tanto que parte del relleno se le había salido. Le sobrevinieron unas fuertes náuseas y corrió al cuarto de baño. Después de vomitar en el inodoro tiró agua, se agarró al mueble del lavabo para incorporarse y se enjuagó la boca y se lavó la cara con manos temblorosas.

Empezaba a darse cuenta de que se había mentido desde el principio, en un afán por mantener su orgullo intacto, negándose a admitir cuánto amaba a Raffaele. Era horrible verse obligada a aceptar que el hombre al que amaba, el padre de sus bebés, seguía sin confiar en ella y no había sido capaz de contarle la verdad.

Y la verdad era que la verdadera víctima era él. No, eso no debía haberle sentado nada bien a Raffaele, con lo orgulloso que era. Verse forzado a hacer algo que no quería iba en contra de su naturaleza, pero se había sacrificado por el bien de su hermana. ¿Por qué eso hacía que lo amara aún más, cuando debería odiarlo por todo aquello? Angustiada, apretó las palmas frescas de sus manos contra sus mejillas, húmedas por las lágrimas, intentando contener los sentimientos encontrados que la embargaban.

La puerta del dormitorio se abrió de repente y en el umbral de la

puerta apareció la oscura silueta de Raffaele.

–Tu abuelo se ha ido. Va a devolverme el dosier. Lo destruiré, y confío en que así acabará todo –murmuró con voz ronca–. Gracias.

Vivi tenía los ojos enrojecidos, y el contraste con su pálido rostro hacía que se le notara aún más. Se la veía tan frágil y vulnerable en ese momento que a Raffaele le entraron ganas de tomarla en volandas y envolverla en una manta para protegerla. Pero por desgracia no podía protegerla de los errores que él había cometido y que ahora estaban volviéndose en su contra, pensó con pesadumbre.

–¿Por qué me das las gracias? –inquirió Vivi.

–A tu abuelo le avergonzó que supieras lo que había hecho, que había estado chantajeándome.

–¿Sabe Arianna algo de esto?

–No, no le he dicho nada –respondió él–. La habría destrozado. Debería haberla vigilado más cuando era una adolescente, haberme asegurado de que no se metiera en situaciones con las que no sabía lidiar. La culpa de que le pasaran esas cosas es mía.

–En nuestro matrimonio tú eras la víctima, pero dejaste que siguiera creyendo que lo era yo –murmuró Vivi con un nudo en la garganta–. En todo este tiempo ni siquiera me dejaste entrever que estabas… atado de pies y manos. Puede que no lo creas, pero, si me lo hubieras contado, habría intervenido.

–Al principio no confiaba en ti. Seguía equivocado con respecto a cómo te había prejuzgado –admitió Raffaele con tristeza–. Había hecho que Arianna te diera la espalda. ¿Por qué iba a pensar que sentirías la menor compasión por ella?

–Entiendo que pensaras eso… al principio –puntualizó Vivi–, pero… ¿tenías pensado contarme en algún momento la verdad?

Raffaele dio un respingo, bajó la mirada y apretó los labios.

–Probablemente no –admitió, desconcertándola con ese inesperado arranque de sinceridad–. Sabía que te disgustaría, y no quería que te sintieras mal.

–Pero merecía saber la verdad, aunque me hubiera sentido mal –apuntó Vivi–. Fue injusto que no me lo contaras.

–Al principio accedí a este matrimonio por ese dosier sobre Arianna –le dijo Raffaele–, pero mucho antes de que pasáramos por el altar descubrí que tenía muchas otras razones para casarme

contigo.

–No, solo había una: que estaba embarazada –le recordó Vivi.

–Esa era la razón número uno, pero había más –replicó él–. Razón número dos: era incapaz de tener las manos quietas cuando estaba contigo. Razón número tres: llenas mi mundo de luz. Razón número cuatro: hace dos años metí la pata y no estaba dispuesto a correr el riesgo de perderte otra vez.

Vivi frunció el ceño. Sus mejillas tenían algo más de color.

–¿En qué metiste la pata?

–Eras la chica de mis sueños, y me estaba enamorando de ti, pero entonces saltó aquel escándalo del burdel en los periódicos y reaccioné de la peor manera. Pensé que había sido un ingenuo contigo. Nunca me había sentido tan atraído por nadie. Saqué conclusiones apresuradas sin pararme a analizar las pruebas. Y me alejé de ti cuando debería haber tenido el valor de confiar en mi instinto y permanecer a tu lado.

–¿Te estabas enamorando de mí? –repitió Vivi en un hilo de voz–. ¿Hace dos años?

Raffaele asintió y los ojos de ella se llenaron de lágrimas que rodaron por sus mejillas.

–Aquel escándalo nos hizo mucho daño.

–Sí, mucho daño –asintió él, acuclillándose frente a ella y tomándola de ambas manos–. Y por eso no quería contarte lo del chantaje de tu abuelo. ¿Qué era un pequeño chantaje en la familia cuando podía estar con la mujer a la que quiero? Porque te quiero, Vivi… Te quiero tanto que no tengo palabras para expresarlo, *amata mia*.

–¿De verdad me quieres? –balbució ella.

–Me temo que sí –bromeó él–. Estoy loco por ti y jamás te dejaré marchar –le aseguró, levantándose y tirando suavemente de ella para que se levantara también–. El día en que te volví a ver, me di cuenta de que la atracción que sentía por ti seguía ahí, pero estaba tan preocupado por lo del dosier de Arianna… Y supe con certeza que era amor cuando me sentí feliz al saber que estabas embarazada. Jamás me había sentido tan feliz. Ni siquiera sabía que podía llegar a sentir una felicidad así –le confesó, mirándola a los ojos con amor–. Has puesto mi mundo patas arriba.

–¿En serio? –inquirió ella juguetona, rodeándole la cintura con

los brazos.

–Ya lo creo. Ahora soy mucho más flexible. Ya no me enojo si algo interrumpe mi rutina –admitió él con una sonrisa divertida–. Por las mañanas llego tarde al trabajo porque no me voy de casa hasta que te has despertado, para volver a hacerte el amor. Y vuelvo a casa más temprano porque te echo de menos. Y ya ha habido varios días que he venido a almorzar a casa. Antes, para ser sincero, era un adicto al trabajo, un tipo bastante gris. Por eso te decía que llenas mi mundo de luz, porque antes de que tú llegaras era oscuro y aburrido.

–No sabía que sentías todo eso por mí –murmuró ella dichosa.

–Lo único que quiero es hacerte feliz, compensarte por todo lo malo que has pasado –le dijo Raffaele con emoción–. Nunca había pensado que pudiera querer tanto a alguien.

–Yo también te quiero. Y hace dos años yo también sentí que estaba enamorándome de ti –le confesó Vivi–. Cuando te apartaste de mí me dolió, y por eso cuando volviste a mi vida trataba de mantener las distancias todo el tiempo. No quería acabar otra vez con el corazón roto.

Raffaele le acarició la mejilla.

–Siento mucho el daño que te hice. Y, si te sirve de consuelo, yo también estaba dolido después del escándalo, y por eso reaccioné tan mal. Esta vez no quería fastidiar las cosas, y por eso no te conté lo del chantaje.

–Pero deberías haberlo hecho –insistió Vivi–. Se supone que una esposa debe ser para lo bueno y para lo malo.

–Lo sé. Le he dicho a tu abuelo que es un casamentero de primera. Irónicamente, le enfureció, pero lo decía en serio: Winnie y Eros están locos el uno por el otro, lo vi el día de nuestra boda. Y ahora, aquí estamos nosotros, otra pareja bien avenida.

–Pero al principio nadie lo habría dicho –replicó Vivi.

–La verdad es que es un misterio –contestó él con humor–. Tenemos una magia especial, *amata mia* –murmuró, y tomó sus labios con un apasionado beso que la dejó sin aliento–. ¿Dejamos esta conversación para otro momento?

–¿Estás intentando evitar el tema?

–Se llama negociar –le respondió él divertido–. Y para que lo sepas, es algo se me da muy, muy bien.

Vivi se rio y lo agarró de la corbata para llevarlo hasta la cama con ella.

–A mí hay otras cosas que se me dan bien… –le susurró.

–Lo sé –asintió Raffaele mientras ella le quitaba la chaqueta, la corbata, y empezaba a desabrocharle impaciente los botones de la camisa–. Y soy todo tuyo.

Hicieron el amor con pasión, olvidadas ya todas las preocupaciones ahora que se habían sincerado el uno con el otro. Y más tarde, cuando yacían el uno en brazos del otro, Vivi pensó en todas las pistas sobre su amor que Raffaele le había ido dando y que ella, por su terquedad, se había negado a ver. Pero ahora por fin confiaba, y dejó que la dicha que sentía la inundara mientras soñaba con un futuro aún más feliz.

Epílogo

DIECIOCHO meses después, Vivi estaba sentada con su hermana Winnie en el cuarto del *palazzo* que usaban como habitación para los niños. Winnie, que estaba de visita con su familia, estaba dándole el pecho a Cassia, la nueva hermanita de Teddy. Era una niña preciosa, de rizos negros, aunque no tan adorable, en opinión de Vivi, como sus gemelos, Matteo y Andrea, dos chicos muy traviesos, que ya tenían un año y andaban por allí, gateando.

Habían nacido un poco antes de tiempo, por cesárea, pero muy sanos. El embarazo había sido más difícil que el parto en sí, y había tenido que pasar en cama el tercer trimestre, con muchos dolores de espalda y de caderas, pero ahora que ya había pasado estaba disfrutando de la maternidad y ayudando en todo lo que podía a Arianna, que se había quedado embarazada al poco de casarse. Su amistad había resurgido, aunque se sentía más unida a Elisa.

Sus hermanas iban a visitarla con frecuencia, y quizá la mayor sorpresa del pasado año había sido la transformación de Zoe, que se había vuelto mucho más fuerte. Ni Winnie ni ella podrían haber imaginado ese cambio, pero les alegraba enormemente ver que ya no necesitaban preocuparse por ella.

Además, el resentimiento de su abuelo hacia sus maridos se había ido diluyendo, y su actitud había mejorado significativamente. Vivi, sin embargo, seguía algo molesta con él. Ella había perdonado a Raffaele, porque sabía que se había comportado como se había comportado por proteger a Arianna, pero le costaba perdonar a su abuelo por cómo lo había tratado.

Eros, al casarse con Winnie, había conseguido recuperar la isla de su familia y había descubierto que tenía un hijo, pero a Raffaele

su abuelo lo había chantajeado de una manera horrible. Sin embargo, invitaban al anciano a las reuniones familiares porque, si algo tenía de bueno era que adoraba a todos sus nietos y disfrutaba siendo parte de sus vidas.

Siempre aparecía cargado de juguetes inapropiados para los pequeños, como un fabuloso tren eléctrico que les había regalado a sus gemelos, y que no podrían usar hasta que fueran bastante más mayores. Pero al menos estaba esforzándose por encontrar su lugar en la familia.

Winnie era quien mejor se llevaba con él, y Zoe no tenía ninguna discusión con él porque, tal y como se habían desarrollado los acontecimientos, al final su abuelo no había tenido la ocasión de presionarla, como había hecho con Winnie y con ella, para que hiciera lo que él quería.

Vivi estaba muy ocupada ahora que era esposa y madre. Su vestidor estaba ahora lleno de vestidos para acudir a los eventos sociales a los que acompañaba a Raffaele, y en cuanto al *palazzo*, había convertido en todo un éxito las visitas guiadas. Además, se había involucrado en el trabajo de una asociación benéfica para ayudar a niños con la que antaño había colaborado la madre de Raffaele. Y, como le encantaban los desafíos, cuanto más ocupada estaba, más contenta estaba.

Winnie puso al bebé en la cunita, sonrió a la niñera, que estaba jugando con los otros tres niños, y acompañó a Vivi al piso de abajo.

–¿Crees que Zoe vendrá este fin de semana? –le preguntó esperanzada.

–Habrá que esperar a ver. Ya sabes lo ocupada que está –murmuró Vivi, y bajó los últimos escalones más deprisa al ver a Raffaele entrando por la puerta con una sonrisa.

Cada vez que lo veía el corazón le daba un brinco y se sentía más ligera que una pluma, como si ni nada ni nadie pudiera volver a hacerle daño. Y era una sensación maravillosa después de tantos años sintiéndose insegura y desconfiando de los demás. Aquello le hizo recordar la terapia psicológica que había recibido Zoe hacía unos años. Tal vez a ella también le habría ido bien someterse a ese tipo de terapia, pero Winnie y ella habían estado tan volcadas en Zoe, que ninguna se había preocupado por las inseguridades que les

habían provocado las desagradables experiencias que habían vivido en su niñez.

Raffaele estaba charlando con su hermana, pero una y otra vez sus ojos se desviaban hacia ella y la miraba con amor. Eros, que estaba fuera, en la piscina, entró en ese momento y todos conversaron un rato antes de separarse para cambiarse para la cena.

Raffaele subió a ver a sus hijos, y Matteo y Andrea gorjearon entusiasmados al ver aparecer a su padre y gatearon hacia él. Vivi lo observó mientras los tomaba en brazos. Le había sorprendido lo buen padre que se esforzaba por ser, bañándolos cuando podía, jugando con ellos… Le había contado con tristeza que su padre nunca se había volcado así con él, aunque había admitido que habían sido tiempos distintos, que su padre se había criado en un ambiente muy estricto y formal.

Cuando se fueron a su habitación para vestirse, Raffaele la atrajo hacia sí para besarla y le susurró:

–Hoy estás guapísima, *amata mia*…

Vivi le acarició las mejillas con ambas manos, deslizando los dedos por la ligera sombra de barba que rodeaba sus labios.

–Yo siempre te veo guapísimo –le contestó con sinceridad. Raffaele se sonrojó ligeramente, y Vivi sonrió divertida para sus adentros porque sabía que le incomodaba que se hiciera siquiera mención a ese atractivo suyo de estrella de cine–. Pero lo que más me gusta de ti es que eres todo mío.

–Y a mí me gusta oírtelo decir, *bella mia* –murmuró Raffaele, haciéndola retroceder hasta la cama y tumbándola con él en ella–. Eres tan posesiva como yo.

–Somos tal para cual –le susurró Vivi feliz, y se rieron mientras se desvestían el uno al otro.

–Te quiero… –murmuró, y tomó sus labios con otro beso apasionado.

Vivi le dedicó una sonrisa radiante y mirándolo a los ojos le dijo:

–Pues yo te quiero aún más.

–Eres muy competitiva, ¿eh? –comentó Raffaele riéndose.

Y se hizo el silencio cuando empezaron a besarse de nuevo, demostrando una vez más lo felices que podían hacerse dos personas que se compenetraban tan bien.